



Una novela  
de Martina Minkoff

*¿Te acuerdas  
de mí?*

# ¿TE ACUERDAS DE MÍ?

*Una novela de Martina Minkoff*

© 2016. Martina Minkoff. Todos los derechos reservados.

# Tabla de contenido

## HACE DIEZ AÑOS

### DIEZ AÑOS DESPUÉS

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.
- 4.
- 6.
- 7.
- 8.
- 9.
- 10.
- 11.
- 12.
- 13.
- 14.
- 15.
- 16.
- 17.
- 18.

### Sobre la autora

## HACE DIEZ AÑOS

Como un día más, a las dos menos un minuto de la tarde la fachada del centro de enseñanza secundaria General Sagasta ofrecía una pacífica estampa. Era el comienzo del verano y solo se escuchaba el gorjeo de los pájaros; una suave brisa estival estremecía las hojas de los enormes árboles que cubrían con sus copas la fachada del edificio. El cielo lucía de un profundo azul, ausente de nubes. Sí, sin duda una idílica estampa, que como todas las cosas bellas, tenía los segundos contados. A las dos en punto sonaron la estrepitosas campanadas que señalaban el fin de las clases. Un tropel de adolescentes se precipitaron desde la puerta principal escaleras abajo, entre gritos y empujones, causando un estruendo de mil demonios. Cualquiera diría que, en lugar de terminar la jornada escolar, se había declarado un incendio entre las vetustas paredes del instituto Sagasta. Entre los cientos de estudiantes que bajaban a empellones la corta escalinata se encontraba Javier Cortés, a simple vista uno más del montón, aunque decir

eso sería incorrecto. En primer lugar Javier, Javi, no parecía contagiarse de la algarabía general, y caminaba cabizbajo y con aire taciturno. Y definitivamente decir que Javi era uno más se quedaba corto: Javier era el alumno estrella del instituto, pues gozaba de la admiración de sus compañeros (especialmente de sus compañeras), el respeto del profesorado, un expediente admirable y un físico imponente para alguien que acababa de rebasar su decimoséptimo cumpleaños. Sin embargo, y a juzgar por su gesto apesadumbrado, nadie hubiera juzgado a Javier como un chico afortunado. Para él no era un día más. De hecho, estaba siendo un día muy, muy malo.

-¡Javi!, ¡Eh, Javi, tío! –ese era Guillermo Fuste, Guille para los profesores, pero más conocido por Rata para todos los demás. Rata esperaba a su amigo pacientemente desde hacía una hora en la acera de enfrente, pues siempre se saltaba la última clase. A diferencia de Javi, los estudios no eran lo suyo. Ni los estudios ni ninguna otra cosa, aunque él, haciendo gala de su inequívoco optimismo, le quitaba hierro al asunto mediante un práctico eufemismo. Decía que “aún no había encontrado su vocación”.

-¡Javi! ¡Aquí! –hasta que Rata no silbó con los dedos, provocando que se giraran varias cabezas, su amigo no se dio por aludido. Javi se aproximó a él con el rostro serio, algo raro en él, pues siempre se le iluminaba el rostro con el encuentro, aunque se vieran todos los días.

-Vaya careto que traes, tío, estás en las nubes. Ay –Rata se tensó- ¿No habrán salido las notas de química?

-Sí... no.

- ¿En qué quedamos?

-Sí, sí, han salido, pero no es eso.

Rata pasó por alto la segunda parte de la respuesta.

-¿No te habrá caído?

-No, no, claro.

Javi tampoco le confesó su propia nota, sobresaliente, que era lo que acostumbraba a sacar en todas las asignaturas. Fue un gesto compasivo para que Rata no se sintiera mal con su calificación, pregunta que se veía venir.

-¿Y a mí? ¿Te has fijado en mi nota?

-Sí, tío, lo siento... te ha caído.

Rata bajó los hombros en señal de derrota. Aquel suspenso a final de curso, y en el último año de secundaria, significaba que no se podría presentar a selectividad la semana siguiente y que tendría que esperar a hacerlo en septiembre. Ante sí tenía un verano en la biblioteca y entre libros, pero no solo de química, ya que no era esa la única asignatura que esperaba suspender. Javi se apresuró a consolarlo:

-Pero no te preocupes, yo en verano te ayudo y en septiembre apruebas seguro, ¿eh?

Rata no tardó ni un segundo en animarse. El pesimismo no formaba parte de sus características, y él, a su manera, se creía un triunfador. Esa uno de los rasgos que Javi más admiraba en su amigo y una de las tantas razones por las que seguían siendo, a pesar de las obvias diferencias, inseparables.

-Bueno, bueno, vamos a lo tuyo –insistió Rata-. Si obviamente no son las notas, ¿qué te pasa?

-No es nada. Bueno... lo de siempre.

-Ya. Y “lo de siempre” mide calculo que uno setenta, es rubia natural, y tiene unas tetazas que...

-Eh, eh, para el carro. Vale, sí, es eso.

-Bueeeeno, ¿y qué narices te pasa ahora con ella? O mejor, ¿qué le pasa a Bebé? ¿Su papá se niega a comprarle el Jeep último modelo para irse a esquiar?

Era obvio que al Rata la chica en cuestión no le causaba la menor simpatía. Tampoco se negaba en ocultarlo, por mucho que Javi bebiera los vientos por ella. Y la chica en cuestión no era otra que Bárbara Bustamante, más conocida por Bebé en el instituto debido a sus iniciales. Bebé era también la estrella del instituto. En otras palabras, la versión de Javi en femenino: ambos eran exitosos, sociables, y gozaban de un físico que despertaba envidias y suspiros a partes iguales. Pero también había diferencias: Bebé no alcanzaba ni de lejos el expediente académico de Javi, aunque jamás



suspendía una asignatura. Las malas lenguas aseguraban que su padre, uno de los abogados más prestigiosos de la ciudad, tenía a todo el profesorado en el bolsillo, no se sabía muy bien si por medio de sobornos o de amenazas. Esa era la segunda diferencia notable: Bebé formaba parte de una familia rica, mientras que los padres de Javi eran simples funcionarios que tenían que hacer cábalas para llegar a fin de mes. Y la tercera diferencia entre los adolescentes, la más marcada, residía en sus personalidades: Javi era humilde y siempre estaba dispuesto a echar una mano a sus compañeros (ya fuera dejando sus apuntes, chivando una respuesta o quedándose unas horas extra en el entrenamiento de baloncesto, de cuyo equipo era el capitán), mientras que Bebé era altanera y se podía mostrar despectiva con todo aquel que no compartiera su estatus social, o sea, la gran mayoría de estudiantes del instituto. En palabras de Rata, era una niña pija que se lo tenía creído. Aunque era para creérselo: con su melena rubia, piel perfecta y rasgos angelicales, Bebé parecía una joven promesa de Hollywood antes que una niña mimada y la hija de un rico abogado.

-No te pases, colega, sabes de sobra que no tiene edad para conducir.

-Venga, vale, tienes razón. Entonces, ¿Qué pasa? ¿No tendrá algo que ver con la fiesta?

Rata había dado en el clavo. En apenas una semana finalizaban las clases y los estudiantes de último curso celebraban su paso a la universidad con una fiesta por todo lo alto. Se iba a celebrar en el Manhattan, la discoteca de moda en la ciudad, local que había sido elegido por votación unánime. Los estudiantes habían puesto todas sus ilusiones en la noche indicada, y también habían invertido buena parte de sus ahorros en los preparativos. Para todos, fuera del grupo que fueran, aquel iba a ser el acontecimiento del año, y hasta de sus vidas, pues la fiesta marcaba el fin de una etapa y el comienzo de otra muy diferente, que a muchos los llevaría a decir adiós a sus amigos para irse a otras ciudades o incluso otros países para incorporarse a la vida universitaria. Si bien la mayoría de jóvenes iban a acudir a la fiesta en pandilla, unos cuantos tenían planeado hacerlo en pareja, entre ellos Javi. Este no se hizo más de rogar. Soltó el bombazo.

-Me ha dicho que va a ir con Iván.

-¿Con Iván? ¿Iván el viejo?

-¿A cuántos Ivanos conoces tú?

-¡Con Iván el viejo! ¡Si será pu... pusilánime!

“¿Pusilánime?” Javi quedó aturdido por la elección de vocablo de su interlocutor. Y es que a diferencia de Rata, él no había visto por el raballo del ojo que la Sra. Ugarte, la profesora de lengua española e inglés, se aproximaba peligrosamente hacia ellos pedaleando en bicicleta.

-Qué, señor Fuste, ¿ampliando vocabulario? –comentó con sorna la profesora cuando llegó a la altura de la pareja.

-Eso mismo, profe, eso mismo. “Pusilánime: dicese de la persona que muestra poco ánimo y falta de valor para emprender acciones...”

-¡Lástima que no haya puesto tanto interés en el último examen de comentario de texto! ¡Las notas salen mañana!

Y con ese “mañana” que no presagiaba nada bueno colgado en el aire, la Ugarte se alejó pedaleando en la bicicleta que, como ella, había visto mejores tiempos. Rata no se dejó amedrentar con la advertencia de la Ugarte. Un cate más, un cate menos, no iba a marcar la diferencia en su ya de por sí nefasto expediente académico. Así que retomó la conversación con Javi más o menos por donde la había dejado.

-O sea, que al final te deja plantado y se va con Iván el viejo.

-Eso me ha dicho hoy después de la clase de historia.

-Joder, qué putada. ¿Y te ha dicho por qué?

-No. Ella tendrá sus razones.

-Claro. Razones como una espalda tan ancha como el quicio de una puerta y un metro noventa de estatura.

-Joder, Rata, que obsesión tienes calculando la altura de la gente.

Rata tenía sus motivos. Aunque, al igual que Javier, tenía diecisiete años (de hecho lo adelantaba por varios meses), se había quedado desde hacía tiempo estancado en el proceso de crecimiento, lo cual, aunque por pudor no lo

expresara abiertamente, le tenía francamente preocupado. En secreto no hacía más que compararse con el resto de chicos de su edad. Javi, sin ir más lejos, ya le sacaba casi una cabeza, y lo peor es que también se quedaba atrás en lo que se refería al resto de su cuerpo: Rata era delgaducho y desgarrado, de extremidades demasiado largas en proporción al tronco, a cuyos lados los brazos le colgaban como dos ramillas a punto de desquebrajarse. Al menos, su físico enclenque armonizaba a la perfección con un rostro aniñado y lampiño, aunque también despierto, vivaz y simpático. Un penacho de pelo negro, espeso y ensortijado, le sobresalía grotescamente en el cogote, en un intento infructuoso de parecer más alto. Aunque no llevara gafas, lo cierto es que más que a un adolescente en plena pubertad Rata recordaba precisamente a eso, a lo que le había valido el apodo: un ratón de biblioteca, por mucho que esta última precisamente no era el lugar que más frecuentara. Tampoco las clases, ya que aprovechaba cualquier ocasión para escapar de las aulas. Lo suyo eran las calles, pasear por el barrio saludando y parándose a charlar con cualquier vecino o conocido, e interesarse genuinamente por sus negocios, sus familias, sus desdichas o sus alegrías. Rata era un chico muy querido por todos, hasta por los profesores, aunque en todo fuera un desastre. Cuando el barrio se le quedaba corto, cosa que a menudo le sucedía, tomaba un autobús al azar, sin rumbo preestablecido, y disfrutaba perdiéndose durante horas en áreas hasta entonces por él desconocidas, mucho mejor si contaban con callejuelas estrechas y zigzagueantes, negocios que ofrecían productos exóticos, rostros extraños de razas para él remotas y acentos ignotos, sumamente atractivos. Se sentía entonces como un explorador en un territorio ignoto. Pero otras veces hacía justo lo contrario y se refugiaba en el ámbito que para él era más familiar: el obrador de su padre, que era panadero. Ahí Rata, entre sacos de harina, rodillos para amasar y hornos de leña, a esas horas apagados, encontraba su remanso de paz, el lugar perfecto para leer cómics ya ajados por el tiempo e imaginar que él también era un superhéroe de bíceps y pectorales de hierro. O simplemente se colocaba los auriculares y escuchaba en penumbra música, la que fuera, pues no le hacía ascos a ningún género. Durante horas se dejaba llevar por la melodía y divagaba –más bien fantaseaba- sobre su futuro



incierto. ¿Qué le esperaba? Estaba claro que no iba para estrella de rock, ni futbolista de élite, ni ingeniero, ni científico, ni un largo sinfín de profesiones que requerían estudios o ciertas aptitudes innatas de las que él carecía. Su futuro estaba ahí mismo, entre las paredes del pequeño obrador de su padre, al que le vendría bien una mano. Rata no veía con resignación ni pesadumbre este futuro: a diferencia de sus amigos tenía ya una profesión y un sueldo asegurados, y por eso se consideraba un chico con suerte.

-Bueno, el caso es que ya lo tiene decidido: irá con Iván el viejo, así que te guste o no vas a ser mi parejita –Javi, ya más animado, le guiñó un ojo a su amigo y ambos se echaron a reír.

-Oye –el Rata le siguió el juego– pues déjame decirte que tú estás más bueno que Iván el viejo. Ella se lo pierde. Lo que voy a presumir yo de pareja en la pista de baile.

Rieron de nuevo, definitivamente más animados. Rata optó entonces por despotricar contra terceros, algo que no era su costumbre, solo en casos extremos, como por ejemplo, el presente.

-¿Qué verá Bebé en ese tipejo? ¡Si es una momia!

Javi se mostró no obstante más conciliador:

-Hombre, va para médico, su familia está forrada, tiene coche, está cachas, luce moreno todo el año...

-Vale, vale, me hago una idea.

Iván “el viejo” era solo tres años mayor que los estudiantes de instituto, una diferencia abismal a esas edades. En efecto casaba con la escueta descripción que de él acababan de hacer Rata y Javi, pero además de eso, Iván era mucho más. Su físico atlético y vida privilegiada eran tan solo una coraza que escondía a un chico en realidad muy similar a ellos mismos, pero claro, las obvias diferencias –y sobre todo la rivalidad por el corazón de Bebé- los alejaban de manera irreconciliable. Si uno de ellos hubiera hecho el esfuerzo entonces impensable de acercamiento, hubieran descubierto que podían llegar a ser grandes amigos.

-Oye, oye, se me ocurre un plan... -Rata puso una cara que recordaba al

personaje pérfido de alguna película.

-Miedo me das.

-No, en serio... creo que podría funcionar. Tú quieres ir a la fiesta con Bebé, ¿no?

-Hombre, siento romperte el corazón pero...

-¿A toda costa?

-Sí, lo reconozco –Javo se llevó la mano al pecho en un gesto muy teatral, pero era cierto. Daría lo que fuera por asistir con ella.

-Se me ocurre algo.

-Pues suelta.

-Mejor te lo cuento en la panadería. Mi padre acaba de hornear la última tanda de ensaimadas del día, y todavía estarán calentitas. ¡Vamos pitando!

Rata apretó el paso dejando a su amigo rezagado y perdido en la incertidumbre. Rata, unos pasos por delante, lo apremió:

-¡Vamos, que es para hoy!

.....

-Vamos, que es para hoy.

El gesto hastiado de Nuria, tras la cortina del probador, era muy diferente al de Rata. Llevaba diez minutos esperando a que su amiga Adela se decidiera a salir del cubículo para mostrarle el vestido de fiesta que ella misma le había elegido. Eso sin contar todos los modelos que colgaban de las perchas del probador y a falta de espacio, de los brazos de Nuria. A ella le encantaba ir de compras, pero aquello estaba siendo demasiado. Así que a falta de algo mejor que hacer, se había pasado la larga espera mascando chicle y compitiendo con ella misma para ver si podía lograr una pompa cada vez más grande.

Tras el último “pop” de otra pompa rosa y gigante, Nuria no aguantó más, y dejando en el suelo los vestidos que portaba en el suelo (y ganándose una mirada desaprobadora de la dependienta), descorrió la cortina. El gesto de aburrimiento le mudó en uno de grata sorpresa:

-¡Wow! ¡Estás increíble!

Y era cierto. Su amiga Adela Tomás, aunque en esos momentos se estaba haciendo un lío monumental con el entramado de tirantes a las espaldas y se encontraba en una posición ridícula, lucía despampanante.

-No sé, Nuria, no me aclaro con estas tiras...

-Déjame que te ayude, tonta -las manos expertas de Nuria consiguieron colocar en un santiamén los tirantes en su sitio, y Adela quedó por fin de cara al espejo.

-¿De dónde has sacado ese tipazo?

Pero Adela no lo tenía tan claro. Ni con el vestido ni mucho menos con lo de “tipazo”. Su ceño

fruncido tras las gafas así lo confirmaban. No estaba acostumbrada a vestir ropa ni elegante ni sexy, y la imagen que le ofrecía el espejo le parecía simplemente desconcertante. Estaba pasando por la difícil etapa de los complejos: acostumbrada a ser un palo durante la infancia, no llegaba a conciliarse con las curvas e insinuaciones que mostraba ahora su cuerpo, y se esforzaba en ocultarlas bajo lo que ella denominaba su uniforme de batalla: camisetas y sudaderas holgadas y lo suficientemente largas para cubrirle el trasero, y vaqueros informes y desgastados. Todo en colores grises y neutros. Tan solo se permitía un toque de color luciendo deportivas llamativas y originales, de las que ya contaba con una buena colección. Lo hacía en un intento de que la gente solo se figurara en sus pies, y parecía funcionar. En algún momento, cuando comenzara la carrera de psicología, habría de analizar a fondo todo aquello. El caso es que, para su tranquilidad, sus compañeros de clase e incluso los profesores apenas reparaban en ella, y había logrado pasar los años del instituto totalmente desapercibida. Era una posición muy cómoda. Por eso ahora se encontraba tan incómoda en ese vestido demasiado sexy y ajustado, y sobre todo muy revelador. La pieza de satén negro se ceñía armónicamente a su cuerpo hasta los tobillos, y la espalda quedaba totalmente descubierta, con la excepción de un conjunto de tirantes finos que se entrelazaban desde los omoplatos hasta el comienzo del trasero.

-Que, que no, tía, esto no me va –volvió a insistir Adela.- Lo veo demasiado, demasiado... provocativo.

-¡Pues de eso se trata, de provocar! ¡Infartos de miocardio, si hace falta! A más de uno lo vas a llevar a urgencias...

-No seas tonta.

-Que sí, hasta al guaperas de Javi, que solo le hace ojitos a la boba de Bebé, lo vas a dejar alelao...

-Que más quisiera. Eso no lo consigo ni Conagua de Lourdes.

-Qué cosas tienes, hija, ni falta que te hace. Eres un bombonazo, que lo sepas.

Pero Nuria definitivamente no lo sabía. Hecha un mar de dudas y ante la insistencia de su amiga, se aferró a otras excusas con tal de no tener que llevarse el vestido.

-Y esta espalda al aire, ¿qué sujetador me pongo yo con esto?

-Pues no te pongas y punto, tú puedes. Mírame a mí, voy a tener que usar lo menos tres pares de calcetines para conseguir algo de volumen.

Nuria, Nuria Ferrer, tenía algo de razón. Aunque ella y Adela no fueran tan diferentes físicamente (ambas eran menudas y tirando a bajas), Nuria era extremadamente delgada y totalmente plana. Envidiaba las incipientes curvas de su amiga, pero tampoco tenía ningún complejo. Más bien todo lo contrario: si Adela se desvivía intentando pasar desapercibida, todo lo en apariencia de Nuria era una llamada de atención. Vestía colores llamativos, prendas exóticas y asimétricas, grandes pañuelos de tonos vivos. El resultado era excéntrico pero original y desenfadado. Aquello era lo que en el instituto le había ganado el apodo de Punky, una alusión a Punky Brewster, el personaje de la serie infantil norteamericana de los ochenta que, aunque antigua para los estudiantes de secundaria, aún seguían reponiendo ocasionalmente en algún canal. A Nuria lo del apodo, lejos de ofenderla, le gustaba. De hecho a Adela, que era de las pocas personas que seguían llamando a Nuria por su verdadero nombre (se conocían desde el jardín de infancia y le costaba hacerse a la idea de cambiar un nombre por otro), le

recordaba constantemente que le podía llamar Punky, que “molaba más”. Aquel era precisamente uno de esos momentos:

-Nuria, ya que sacas el tema, aún no me has dicho qué vas a llevar tú: si necesitas relleno es que será justito, ¿no?

-Punky.

-¿Eh?

-Que me llames Punky. Y no recurras a tus técnicas de psicóloga novata para sacarme información.

Ya te he dicho que es top secret.

-Bueeeeno, Punky, lo que tú digas, Punky –Adela se había puesto a hacer poses delante del espejo, pero por mucho que emulara a las estrellas de cine en la alfombra roja, aquello no acababa de convencerla. Sobre todo al espalda. Poco más y el trasero le quedaba al aire. Intentó no pensar en el numerito que eso podría causar en la fiesta e intentó sonsacarle algo más a su amiga- ¿Y el pelo? Al menos podrás decirme algo del pelo.

-Vale, eso sí. Me lo voy a recoger en dos moñetes muy altos. Cada uno de un color: fucsia y azul, creo, aún no lo tengo decidido. Y me los voy a adornar con unas horquillas vintage que encontré en el rastro. Quedará muy cool.

El estilo escogido por Punky no sorprendió en absoluto a su amiga. Y es que en lo que se refería a su look, como ella misma habría dicho, el pelo era definitivamente la gota que colmaba el vaso.

Hubiera resultado imposible adivinar que su tono original era castaño claro, puesto que en ocasiones había lucido toda la gama del arcoíris en la cabeza. Y lo mismo se podía decir de los estilos, peinados y cortes, tan variables como efímeros, y es que tan pronto se decidía por un flequillo cortísimo sobre las cejas que, en cuanto crecía unos centímetros, recogía sobre la frente en forma de voluminoso tupé. En ese momento el tono era un malva pálido, rozando el blanco. Tenía una habilidad pasmosa para hacerse recogidos, moños y trenzas, y si en el momento dado la longitud del pelo no le llegaba, recurría a la ayuda de postizos, de los que tenía una buena colección. Aún no le había dado por hacerse ningún piercing o tatuaje, pero

Adela estaba segura de que todo llegaría. “¿No te dicen nada tus padres?”, le preguntaba a menudo Adela. No, por supuesto que no. Los padres de Punky era ambos profesores de matemáticas en la universidad, y a Nuria, a pesar de ser la hija única del matrimonio, nunca le habían prestado demasiada atención. Siempre andaban enfrascados en complejas discusiones ininteligibles, o preparando clases y conferencias, o viajando a otras universidades, a menudo en el extranjero. Adela estaba segura de que todo aquella pirotecnia de colores y formas era una desesperada llamada de atención dirigida a sus padres, asunto que, como lo de sus deportivas, se ocuparía de profundizar cuando empezara la carrera de psicología.

Si los padres de Nuria Ferrer se hubieran esforzado en conocer más a su hija, como Adela la conocía, hubieran descubierto a una persona no solo llena de vitalidad y energía (o “hiperactiva”, término que habría usado Adela haciendo ya sus pinitos en psicología), sino también a una muchachita que escondía una naturaleza romántica y soñadora. En eso coincidía plenamente con Adela, y por eso entre otras cosas había entre ellas tanta afinidad a pesar de las notorias diferencias. Nuria era dulce, piadosa y comprensiva, y todo lo demás (los gustos excéntricos, el pelo, la vestimenta, y la actitud en ocasiones temeraria), formaban parte de un escudo, de una coraza que Punky se había fabricado minuciosamente desde que tenía uso de la razón. Su naturaleza a menudo voluble no impedía que tuviera las cosas muy claras: quería hacer un curso de cosmetología y ni loca se planteaba el pasar a la universidad, como hubieran deseado sus padres. Ya se sabe, en casa del herrero, cuchillo de palo. Y no es que Nuria no sacara buenas notas: su expediente no era brillante como el de Adela pero abundaban los notables y algún que otro sobresaliente, como en arte. Y todo sin hacer el mínimo esfuerzo. Nuria era despierta y espabilada, hacía gala de una memoria prodigiosa, y simplemente escuchar atentamente lo que el profesor decía en clase para luego plasmarlo en el examen le garantizaba una buena calificación.

Adela, que definitivamente había desechado el vestido, estaba comenzado a desvestirse, tarea si cabía más compleja que la de ponerse la prenda.

-Bueno, lo que sea que te pongas te quedará como un guante, con lo delgadita que estás. Algún día me vas a tener que contar cómo lo haces.

-Si ya lo sabes, ¡bailando! –para ilustrar sus palabras, Punky se puso a dar frenéticos pasos de baile al son de una música imaginaria. En verdad era una buena bailarina y no le importaba qué música sonara en la pista: desde flamenco hasta heavy metal, era siempre la primera en mover el esqueleto sin importar lo que los demás pensarán- ¡Que llega la reina de la pista! Y hablando de eso, ¿con quién vamos a ir a la fiesta?

-¿Que con quién vamos a ir? Qué cosas tienes, tía, pues solas, iremos solas. Tú y yo. So-las.

-Bueno, bueno, me queda claro –Punky frenó su grotesca danza para alivio de Adela. Menos mal que las dependientas quedaban al otro lado de la cortina del probador– Hija, yo lo decía por si a última hora algún despistado se atrevía a pedirnos salir...

-Algún desesperado, dirás.

-Oye, eso dilo por ti, bonita, que más de uno se mataría por tener a “esto” como acompañante –Punky acompañó sus palabras de una pose sexy y ambas amigas se echaron a reír.

-Lo siento, colega, pero no lo creo... además que lo de ir acompañadas es muy ñoño, ¿no? Solo los pijos del instituto irán en parejita.

-Es verdad, y nosotras somos más cool.

-Pues eso.

Las dos amigas quedaron unos segundos en silencio. Y es que internamente, y a pesar de sus palabras, ambas desearan que alguien (aunque ese “alguien” distara mucho de ser un príncipe azul y formara parte de, por ejemplo, el club de ajedrez) tuviera el valor de pedirles ser sus acompañantes. En concreto Adela soñaba con que Javi, el chico más guapo y encantador del instituto, se decidiera por ella, idea tan remota como imposible, puesto que ni siquiera la conocía. Punky sacó a Adela de sus cavilaciones:

-Bueno, ¿al final te lo quedas o qué?

-¿Esto? –obviamente se referían a vestido, que Adela aún llevaba puesto ya



que no había manera de quitárselo. Temía tener que llamar a los bomberos.

-Que no. No me veo yo con esta facha. ¿Además has visto el precio? –Adela tomó entre los dedos la etiqueta, en la que por aún no había tenido el valor de fijarse- Mi madre no se lo podría permitir ni con el sueldo de un mes.

-O sea, que te busco un modelito que parece sacado de la última colección de Michael Kors, y me lo pagas así –Punky, además de experta esteticista alternativa en ciernes, parecía una enciclopedia andante del mundo de la moda.

-Ya encontraré algo, ten fe.

De momento no les quedaba otra opción que dejar en las manos de la dependienta toda la colección de vestidos que Adela se había probado, causando por centésima vez una mirada censuradora.

-Anda ayúdame quitándome esto, que si no no salimos de aquí. A ver, aquí, en la espalda...

.....

-A ver, aquí, en la espalda...

Las hermanas Bustamante tomaban el sol en la lujosa piscina de su casa.

Concretamente quien lo

tomaba era Bárbara, mientras que su hermana mayor, Belinda, completamente vestida, se dedicaba a untarle loción en la espalda. Bebé lucía un bikini mínimo, de color blanco, que dejaba muy poco a la imaginación. Belinda, por el contrario, vestía el chándal que usaba en el gimnasio, sudadera incluida, a pesar del calor que apretaba ya para estar solo a las puertas el verano. Mientras le extendía una generosa loción de crema por la espalda –la delicada piel blanca de Bárbara era propensa a quemarse- admiraba con envidia el tipazo de su hermanita, mientras que ella, que se pasaba horas enteras en el gimnasio, nunca a llegaba a ver ningún resultado. Para no dejarse llevar por pensamientos tan negativos, Belinda se interesó por la vida de Bebé, sin duda más estimulante que la suya:

-Oye, ¿y ya has decidido con quién vas a ir a la fiesta? –Belinda no había asistido a su propia fiesta de final de curso en el instituto, que había tenido

lugar hacía cuatro años. La causa había sido el sinfín de complejos que desde niña la atormentaban: se veía demasiado gorda, demasiado fea y demasiado patética para enfundarse grotescamente un vestido de fiesta, y tampoco tenía con quién ir. Así que optó por quedarse en casa autocompadeciéndose, a base de una maratón de comedias románticas y acompañada por un sendos cuencos gigantes de palomitas y helado de chocolate. Lo recordaba como si hubiera sido ayer mismo. De hecho, parecía haber sido en efecto ayer mismo, porque en todos esos años nada había cambiado. No había perdido ni un kilo aunque se pasara horas sudando la gota gorda en la cinta corredera, y a los veintiuno, nunca había salido con un chico.

-Sí, con Iván –dijo Bebé indiferente, sin cambiar de postura.

-¿Con Iván? ¿Pero no te lo había pedido ya Javi? –Belinda solo conocía a Javi de vista y por referencias, pero le parecía un chico muy simpático, encantador. La pareja perfecta para su hermana pequeña. Con Iván, por desgracia, estaba muy familiarizada. Y no le gustaba en absoluto.

-Sí, me lo pidió hace unos días, pero me lo he pensado mejor y le he dicho que no.

-¿Y se puede saber por qué? –Belinda estaba en ascuas, aunque ya se me imaginaba las razones de su hermana. Podía llegar a ser muy superficial, y aquello la sacaba de quicio.

-A ver, no me malinterpretes. Javi es muy majo, y guapo, de hecho me gusta más que Iván, pero Iván...

¿Qué no la malinterpretara? Belinda no pudo contenerse, y respondió con un tonillo cínico que Bebé no llegó a captar:

-Iván es mayor, está cachas, está en la universidad y te dejará con su flamante coche en las mismas puertas de la fiesta... como si lo viera.

-Ah, y no te lo he dicho... -Bebé salió de su marasmo y le brillaron los ojos producto de una pueril ilusión.

-¿Qué? –aquello no auguraba nada nuevo. Seguramente otro de los caprichos de su hermana. Y no se equivocaba.

-Su padre le va a comprar un coche nuevo. Un BMW descapotable, creo. Aunque no me hagas caso, no entiendo mucho de coches. Es por las buenas notas de final de curso. Iván va en camino de convertirse en todo un cirujano.

-Vaya, pues me alegro –Belinda no se alegraba en absoluto. ¿Sería posible? Aquel niño con su misma edad, apenas veintiuno, iba a tener un cochazo que a la mayoría de los mortales les llevaría el sueldo de una vida conseguir. Pero no debería pensar así, se reprochó a sí misma con una punzadita de remordimientos. No ella, que vivía rodeada de lujos, aunque no tanto de atenciones. Esas las acaparaba todas Bebé, siempre había sido así. Ya estaba acostumbrada. ¿De dónde le vendría ese amargura que rozaba la envidia? Ella no era rencorosa. ¿No sería que en secreto anhelaba que un chico apuesto y elegante como Iván, aunque fuera un engreído, se fijara por fin en ella en vez de en su hermana, para variar? No, no, y no. Conocía bastante bien a Iván: los padres de ambos era buenos amigos y se movían en el mismo círculo de amistades, repartidas en el club de campo y en el vecindario, el más exclusivo de la ciudad. Iván, siempre acompañado por sus padres, había estado en varias ocasiones en su casa, tomando en té o los cócteles que preparaba magistralmente Trini, la asistente de la familia Bustamante. E invariablemente se había mostrado frío, petulante y estirado. Definitivamente era un niño pijo, y demasiado mayor para Bárbara. Aunque estaba como un tren, eso había que reconocerlo. La clase de chico que nunca se fijaría en ella. De hecho, solo tenía ojitos para su hermana pequeña y solo parecía bajar de su particular pódium dorado cuando esta hacía aparición en el salón. Los padres de ambos celebraban el buen gusto del chico, todos veían con beneplácito aquella posible relación, que no haría sino traer más prestigio a las dos familias. Aquello apestaba a matrimonio concertado.

-Me muero de ganas de llegar a la fiesta en el descapotable, ¡todas se van a poner verdes de envidia!

Esta vez Belinda estalló:

-¿Pero cómo puedes ser tan... tan...?

Por suerte la madre de las chicas irrumpió en el jardín, dejando en el aire una

frase que no auguraba un buen final.

-¡Chicas, quedan cinco minutos para que la comida esté lista! Trini te ha hecho tu comida favorita, Bárbara: ¡*spaghetti alla carbonara*! –la madre de las chicas imitó entonces el acento italiano de una manera engolada y afectuosa.

-¡Mamá, sabes perfectamente que no puedo comer pasta! ¡Quedan solo unos días para la fiesta, me voy a poner como una foca y no voy a caber en mi vestido blanco! –protestó Bebé haciendo un mohín infantil.

Belinda puso los ojos en blanco. Ni una sola de sus piernas cabría en el vestidito tamaño Barbie al que se refería su hermana.

-Oh, ¿ese te vas a poner al final?

-Sí, mami.

-Excelente elección. ¡Estarás monísima!

-Claro, mami. Eso si no te da por atiborrarme a espaguetis y salsas.

-Bueno cariño, tú come lo que quieras y el resto se lo dejas a tu hermana.

Madre e hija, frente a frente, parecían un calco la una de la otra, con apenas unas diferencias aparte de la edad. Alicia, la madre de Bárbara, lucía una cuidadísima melena rubio platino más corta que su hija, a la altura del hombro, que le caía en una esmerada cascada ondulada. Pero tanto la piel como los ojos verdes eran del mismo tono que los de su hija. Como ella, la madre también era también alta y esbelta, y sabía realzar su figura con carísimos trajes a medida y vestidos clásicos en tonos suaves y tejidos exquisitos. Apenas necesitaba maquillaje pues gozaba de un cutis perfecto, y tampoco se engalanada con joyas, aunque nunca prescindía de los diamantes, colocados discretamente a modo de pendientes y en el anillo de compromiso, que no se había quitado desde que el señor Bustamante le había pedido matrimonio, hacía varias décadas. La suya era una belleza si no despampanante como la de su hija, sí contenida y sumamente elegante, natural, aunque Belinda sospechaba que el secreto de la lozanía de su madre y de un cuerpo que hubiera envidiado más de una quinceañera residía en complejos tratamientos estéticos y cremas faciales que parecían lograr lo

imposible. El perfeccionismo y pulcritud de su madre se reflejaba hasta en la manicura, que se hacía religiosamente en el salón de belleza más chic de la ciudad una vez a la semana.

La señora Bustamante no trabajaba pero parecía estar siempre ocupadísima entre partidos de bádmiton, sesiones de spa, visitas a la peluquería, té con las amigas, y clases de yoga, de idiomas o de cocina –que nunca ponía en practica- ; en definitiva un sinfín de compromisos sociales que no le dejaban ni un respiro. Por eso Trini era su mano derecha, y podría decirse que también la izquierda; era mucho más que una simple asistenta a cargo del mantenimiento de la casa y la cocina, y puesto que llevaba con los Bustamante desde el nacimiento de Belinda, era considerada una más de la familia. Quizá por eso se había contagiado del afán de los demás miembros de la familia por contentar y satisfacer todos los caprichos de la benjamina: cocinaba sus platos favoritos, se aseguraba de que sus cereales predilectos jamás faltaran el desayuno, y reponía asiduamente el champú de fresa que a Bebé tanto le gustaba (y que gastaba a litros). En ocasiones hasta le dejaba un bombón de chocolate y menta sobre la almohada, como había oído decir que hacían el algunos hoteles. Por supuesto, la almohada de Belinda lucía siempre vacía.

Mientras madre e hija charlaban animadamente sobre los pormenores de la fiesta, salió al jardín el padre de las chicas, que acababa de llegar de su bufete de abogados. Así lo delataba su impecable traje de raya diplomática y el beso fugaz que dio a su mujer en la mejilla. El señor Bustamante parecía un galán de cine, y el correr del tiempo, igual que a su mujer, apenas había hecho mella en él. El único vestigio del discurrir de los años se encontraba en su pelo: la cabellera morena en otros tiempo, lucía ahora veteada de canas, pero igualmente frondosa que cuando era joven. La porte erguida y la figura autoritaria completaban la viva plasmación del éxito.

-¡Si está aquí mi chica favorita! -dijo refiriéndose exclusivamente a la pequeña de la casa.

-Yo también me alegro de verte, papá –comentó con amargura Belinda, lo suficientemente bajo para que nadie pudiera oírla.

Tras dirigir a Bárbara una sonrisa repleta de dientes blanquísimos, reparó por fin en la mayor de sus hijas:

-Belinda, hija ¿tú no deberías estar estudiando?

-No, papá, ¿recuerdas?, ya estoy de vacaciones. Aprobé todo.

-Errr, claro, claro que acuerdo –mintió descaradamente su padre.

Belinda le dedicó a su padre una mirada seria, de ojos tan oscuros como los suyos. De él había heredado, además de eso, el pelo moreno e hirsuto, también las facciones rotundas, mucho más prominentes que las delicadas de su madre. Pero hasta ahí llegaban los parecidos. Aquello había sido a todas luces un injusto reparto de genes. Belinda se había esforzado sobremanera en parecerse remotamente a alguno de los miembros de su familia, y hasta había estudiado derecho, igual que su padre, en un vano intento de ganarse su aprobación y respeto. A diferencia de su hermana, era buena estudiante, pero no brillante. Si tenía un expediente académico, aunque no admirable, sí decente, era porque lo había logrado a base de tesón, constancia y mucho esfuerzo, como todo en su aún corta vida. Belinda repartía su tiempo entre la biblioteca de la facultad y el gimnasio, aunque los resultados en cualquiera de los dos ámbitos habían sido estériles. Apenas paraba en casa, pero para qué, tampoco, pensaba con tristeza, la iban a echar demasiado en falta.

Y es que en el caso de Belinda nada parecía haber sido suficiente para obtener el ansiado amor de su padre; eso, como el físico agraciado, había sido destinado solo a Bárbara. Pero Belinda no le guardaba rencor a su hermana. Aún recordaba con cariño cuando ambas eran pequeñas y por la noche Bárbara tenía pesadillas: la pobre se deslizaba en su cama muerta de miedo y Belinda la acunaba entre sus brazos y le susurraba que no se preocupara, que todo cambiaría, que vendrían para ella días maravillosos llenos de luz. Aquello, sin saberlo, resultó ser toda una profecía. También recordaba cómo más tarde, un poco más mayores, se invirtieron los roles: Bárbara consolaba a Belinda cuando a esta le daba una de sus lloriqueras y repetía entre ataques de hipo que era gorda, fea, que nadie la quería y que se iba a morir sola. Bárbara entonces abrazaba a su hermana mayor y en la cama, rodeadas de cojines y peluches, la consolaba y le decía con ternura

que algún día encontraría al príncipe azul que supiera apreciarla y verla como realmente era. Qué pena que eso no se hubiera cumplido, y no iba en camino de hacerlo. El caso es que pocos conocían aquella faceta dulce y tierna de Bárbara, y hasta su hermana dudaba de que hubiera existido realmente y no fuera uno más de sus sueños imposibles. Con el transcurso de los años su hermana había cambiado mucho, no tanto físicamente (siempre había parecido una princesita de pelo rubio y ojos azules, cristalinos), sino sobre todo en su manera caprichosa y egoísta de comportarse. Había sido en parte por culpa de sus padres, que la habían mimado y consentido en exceso, quizá cegados por la belleza externa de su hija. Si se hubieran fijado más en su primogénita quizá hubieran apreciado, como nadie lo había hecho hasta la fecha, que tras los kilos de más y una apariencia desastrosa, y especialmente tras la maraña de pelo y las gafas gruesas, había unos bonitos ojos almendrados, oscuros, de mirada cálida y bondadosa.

El señor Bustamante, para salir del atolladero en el que él mismo se había metido, se dirigió de nuevo a Bébé. La noticia que le traía era además el motivo principal de que se encontrara en el jardín, en lugar de en el piso de arriba, en su oficina, repasando papeles y casos antes del almuerzo.

-Cariño, ya lo tengo todo arreglado, acabo de hablar con Mario, el padre de Iván. Pasará a recogerte antes de la fiesta. Vendrá en el coche nuevo, van a ir a recogerlo ese mismo día.

-Muy bien, papá. Gracias, papá. ¿Sabes de qué color es?

-¿De qué color es qué, princesa?

-Pues el coche papá, qué va a ser.

-¡Ah! Blanco, creo que es blanco.

-¡Guay! ¡A juego con mi vestido!

Belinda, testigo de la conversación, estaba segura de haber encontrado al fin la dieta infalible: todo aquella escena le estaba quitando el apetito. Ella parecía ser la única que consideraba patética la situación: Bárbara estaba encantada con lo de la fiesta y de haberse convertido en moneda de cambio, y sus padres seguro que estaban entusiasmados con la idea de tener a un



futuro médico en la familia. Belinda estaba segura de que serían capaces de lo impensable con tal de tener más prestigio y escalar varios peldaños en el estatus social. ¡Incluso vender a su propia hija! Se reprochó por exagerar una vez más: al fin y al cabo su hermana estaba feliz con aquella situación, por muy retorcida que a ella le pareciera.

La señora Bustamante, que se había escabullido tras la puerta acristalada a una petición de Trini, volvió a aparecer justo a los arbustos de rosas:

-Bárbara, querida, no te quedes mucho rato al sol –obvió el hecho de que Belinda se encontraba bajo el mismo sol y sudaba a mares, corriendo el riesgo de deshidratarse.- Te he dicho mil veces que hace que salgan manchitas y envejece.

-Sí, mamá.

El señor Bustamante le dio la razón a su mujer:

-Haz caso a tu madre y sigue sus truquitos de belleza, como ves no le fallan. ¡Vaya mujeres guapas que tengo en la familia! –obviamente, dejaba a su hija mayor fuera de la ecuación.

Bárbara contestó apáticamente antes de echarse la última cabezadita:

-Sí, papá.

.....

-Sí, papá.

Mario Torrenueva acababa de explicarle a su hijo Iván los pormenores de la fiesta de la hija menor de su amigo, el señor Bustamante. Padre e hijo irían a buscar al concesionario el coche nuevo, un BMW último modelo, blanco y descapotable, y más tarde Iván pasaría a recoger a Bárbara a la residencia de los Bustamante.

Iván intentaba prestar atención mientras ponía orden en su cuarto. Acababa de terminar el curso y debía organizar y archivar los apuntes que no usaría en todo el verano. Le gustaba ser metódico, ordenar sus notas pulcramente según fecha y asignatura, cada cual en su carpeta y apartado correspondiente. Pero con su padre sermoneándolo en su cuarto no podía concentrarse. “El duro trabajo

acarrea sus frutos”, acababa de decirle. Y el fruto que Iván iba a obtener por sus buenas notas y por ser un chico excelente, no era otro que un flamante coche nuevo y una cita con Bárbara, la hija de los Bustamante y también vecina, pues ambas familias vivían en impresionantes chalets en la misma urbanización de extrarradio. A ver, no podía quejarse, era consciente de que la mayoría de chicos de su edad solo veían coches como aquél en revistas o en series de televisión. Pero puestos a elegir, él hubiera escogido algo más práctico y sobre todo menos llamativo. No le atraía la idea de que se tratara de un descapotable: llevaría siempre la capota, no le gustaba exhibirse y le aterraba convertirse en el centro de atención. Pero en eso, como en todo en su vida, él no tenía poder de decisión. Tampoco su palabra hubiera tenido valor en el asunto de la fiesta de adolescentes a la que debía ir con Bárbara, que era la hija de unos de sus mejores amigos de sus padres. Pero tampoco con eso había protestado. A Iván le gustaba, como a todos, el físico arrollador de la pequeña de los Bustamante. Además, dejarse ver con ella era una señal inequívoca de prestigio y estatus social, algo muy importante para su familia, a la que siempre se esforzaba en contentar. Bebé, además, era divertida, habladora y sociable, pero también... también caprichosa, agotadora con sus demandas y sobre todo tremendamente infantil, inmadura. Seguro que él se llevaría mejor con Belinda, que no solo era de su misma edad sino al igual que él, más callada y reservada. ¿Por qué sus padres no la habrían elegido a ella como posible pretendiente? Pues porque Belinda odiaba a Iván, de eso estaba seguro. En las visitas de los Torrenueva al chalet de los Bustamante, ella, en sus breves apariciones, se había mostrado siempre fría, altanera y despectiva. ¿Qué le habría hecho él para merecer ese trato? No tenía ni idea, y los apuntes revueltos que le aguardaban sobre la mesa no le iban a proporcionar respuesta. Así que se centró en la idea de la fiesta e intentó ser positivo, pero no podía.

Hacía mucho tiempo que no salía por ahí a divertirse pero... a saber con qué capricho le saldría Bárbara esa noche. A Iván le costaba seguir el frenético ritmo de exigencias de Bebé: ahora se le antojaba un helado, ahora un bolso que había visto un escaparate, luego ir al cine, o a jugar al tenis, o de nuevo ir de compras, y en el momento más inesperado tenía que escaparse al baño

a retocarse la larga melena. Era... apabullante, extenuante, y a Iván lo que más le gustaba era la calma.

Pocos, o más bien nadie lo sabía, pero bajo esa apariencia de Ken de playa (labrado a base de salidas a esquiar organizadas por sus padres y de compras que él aborrecía en las boutiques más exclusivas de la ciudad) se escondía un chico tranquilo, taciturno, de talante sosegado, que se esforzaba por complacer a los demás, no solo a Bebé, sino sobretodo a su padre. De hecho había comenzado la carrera de medicina obedeciendo a sus deseos, porque sabía que eso era lo que a él le haría feliz. Mario Torrenueva era un afamado cirujano; muchos pacientes recorrían largos trayectos para someterse a sus procedimientos. A Iván también le gustaba la faceta de la medicina que conllevaba prestar un servicio a los demás, restablecerles la salud y devolver la alegría a sus vidas. Pero más que a las personas, Iván amaba a los animales. Deseaba ser veterinario. Y siendo más precisos, veterinario rural: soñaba con mudarse al campo, lejos de la ciudad y el bullicio, las fiestas y compromisos de sociedad que regularmente organizaban sus padres, y asistir a los animales de granja, quizá, por qué no, hasta montar la suya propia. Algún día, quizá algún día... tan abstraído estaba Iván con sus sueños y cavilaciones que no se percató de que su padre seguía a su lado, aleccionándole sobre la importancia de comportarse como un perfecto caballero en la fiesta a la vuelta de la esquina:

-Iván, hijo, que te estoy hablando.

.....

-Adela, hija, que te estoy hablando.

A Isabel Alvarado no le quedó otro remedio que interponerse entre la pantalla del ordenador y su hija Adela, que en ese momento estaba buscando vestidos de fiesta por Internet. La madre supuso que la salida de su hija con su amiga Nuria para hacerse con un modelo con el que asistir a la fiesta de fin de curso había sido infructuosa.

-Vale mamá, ahora te estoy escuchando.

Y es que, tras el fiasco en el probador, el vestido al que acababa de echarle el

ojo en una página web resultaba igualmente impensable: ni el sueldo mensual de su madre llegaría para comprar el pespunte del bajo. Aquella era una misión imposible. A ese paso acabaría apareciendo en la fiesta en pijama. Isabel, la madre de Adela, había sido hasta ese momento ama de casa, pero se había visto forzada a buscar trabajo de la noche a la mañana: su marido, Julio Tomás, le acababa de presentar el solicitud de divorcio. De hecho hacía ya varias semanas que no aparecía por casa. Aquello estaba siendo un trago difícil para madre e hija, pues ninguna de las dos lo veía venir. No obstante sospechaban que la razón del súbito cambio en su padre tenía nombre de mujer y no era otra que su secretaria. El padre de Adela había sucumbido así a uno de los tópicos sobre los hombres desencantados en la crisis de la mediana edad. Y aunque se viera obligado a pasar una pensión a su familia, la economía doméstica se iba a ver bastante mermada. Isabel, que no tenía estudios, había comenzado a trabajar a cargo de Pura, una encantadora ancianita que no podía valerse por sí misma y cuyos hijos andaban dispersos por toda la geografía del país. Iba a su casa todos los días, hacía la comida y se encargaba de las tareas domésticas, se aseguraba de que tomara la medicación adecuada y la asistía en aquellas cosas que Pura no podía hacer por sí misma. Pero sobre todo, se volcaba dándole el cariño y la atención que sus hijos en ese momento no podían proporcionarle. Apenas unos días en compañía de Pura habían bastado para que Isabel encontrara la vocación que no había hallado en toda una vida: quería ser auxiliar de enfermería, y tras el verano compaginaría su trabajo en casa de Pura con las clases en la universidad. A su edad, aquello era un reto. Pero una buena formación universitaria le abriría nuevas puertas, daría sus frutos, y sobre todo la enriquecería como persona fortaleciendo su autoestima. Isabel lo sabía y por eso valoraba tanto la oportunidad que se le había presentado a su hija.

-Te he preguntado que si has rellenado ya todos los formularios de la beca.

-Sí, mamá, ayer los entregué en administración.

-Vale. ¿Y lo del seguro médico? ¿Has preguntado todo eso? Tenemos que asegurarnos de que hay asistencia internacional...

-No, mamá, pero no te preocupes, que hay tiempo de sobra.

-Y sacar dólares, llamar a la residencia para asegurarte la plaza, comprarte un buen juego de maletas, algo de ropa... ¡Ay! –la alarma apareció en el rostro de Isabel –¿Y el pasaporte? ¿Lo tienes al día?

¿No se te habrá caducado?

-No mamá, que no está caducado. Además de eso y lo del visado se encargan también en administración.

En definitiva, Isabel estaba más entusiasmada con lo de la beca que su propia hija, que sentía ilusión y temor a partes iguales. A Adela, dadas sus notas excelentes, le habían otorgado una beca para cursar estudios de psicología en una prestigiosa universidad norteamericana. Iba a trasladarse allí a mitad de verano, una semanas antes de que comenzaran las clases, para disponer de tiempo de adaptarse al lugar antes de meterse de lleno en la vida académica. Aquella había sido la mejor noticia que madre e hija habían recibido en mucho tiempo. Suponía una gran oportunidad para Adela, del tipo que su madre nunca había tenido, y en el momento presente representaba un gran desahogo en lo que al tema económico se refería: los americanos costeaban todo, desde los desorbitados costos de las matrículas hasta el alojamiento y una parte destinada al transporte. Pero para Adela suponía sobre todo un cambio radical en su vida. No es que la suya fuera la más excitante del mundo, pero se sentía cómoda en su casa y en su pequeño cuarto, en el anonimato del instituto, con su amiga Nuria... ay, cuánto la echaría de menos. Tendría que decir adiós a todo eso, y seguramente en muchos momentos se sentiría sola, en una cultura ajena y rodeada de desconocidos. A ella, a diferencia de su madre, no le preocupaban los trámites agotadores y el papeleo, sino el giro vital que iba a dar su existencia al instalarse a miles de kilómetros de su casa. Su ilusión se veía a momentos empañada por el miedo y la incertidumbre. ¿Y si aquello era un error? ¿Cómo sería su nueva residencia? ¿Y las clases en inglés? ¿Y el horario, y en definitiva su nueva rutina? Aunque había visto fotos de la preciosa universidad por Internet, no podía imaginar estar allí en persona. ¿Haría nuevos amigos? ¿La verían como a una extraña, como a un bicho raro? ¿Y

los chicos? ¿Se fijaría por fin alguien en ella? ¿Conocería a ese alguien especial con quien tanto había soñado? Seguramente no. El viaje supondría un cambio radical, sí, pero tampoco obraría milagros. Isabel en ese momento pareció leerle el pensamiento a su hija:

-No estarás pensando en algún chico, ¿no?

Adela no contestó.

-Mira que no puedes echarte novio ahora, sería una locura. Las relaciones a distancia están condenadas al fracaso, y más cuando se es tan joven como tú.

De nada sirvió que Adela, incómoda por el giro que había dado la conversación, balbuceara torpemente que no tenía novio y estaba remotamente lejos de tenerlo. Pero su madre (era obvio que el tema de los hombre era su particular talón de Aquiles), estaba embalada:

-Y ni se te ocurra rechazar la beca por quedarte aquí con un chico ¡Ah, eso sí que no, ni loca!

En ese momento la que parecía fuera de sí era ella. Con el arrebato se le había desordenado la melena y su mirada reflejaba miedo. Seguramente estaba pensando en su marido, en breves ex marido, y las tantas y tantas oportunidades que había desaprovechado en nombre de su matrimonio. Adela la tranquilizó tomándola de las manos y con un escueto “Mamá, no te preocupes. No hay ningún chico de por medio. Iré a Estados Unidos”. Pero internamente, valoró a la cuestión. De una manera hipotética. Si alguien, alguien digamos como... Javi, sin ir más lejos, le propusiera quedarse y rechazar la beca en nombre del amor y de un futuro juntos, ¿qué haría? Sabía la respuesta, aunque ni en miles de años ni sometida a una tortura china la verbalizaría. Se quedaría. Por él, sí.

Isabel Alvarado se tranquilizó. Poniéndose a la altura de su hija, le quitó amorosamente las gafas y le retiró el espeso flequillo que le llegaba hasta las pestañas. La miró a los ojos con cariño:

-Ojitos de agua- dijo. Era algo que le repetía a su hija desde que era niña. La pronunciada miopía de Adela tenía sus ventajas: las dioptrías le otorgaban una mirada ensoñadora y perdida. El resultado, si se sumaba el color

verdosos de los ojos, era de una cualidad en efecto acuática. La madre, fijándose entonces en la ventana aún abierta en el ordenador, que mostraba un vestido carísimo, atribuyó una razón equivocada el aire taciturno de su hija. Seguro que estaba pensando en qué ponerse para la dichosa fiesta que le tenía sorbido el seso y por eso no le dedicaba el tiempo que debería los preparativos del viaje. Pobrecilla... era normal, cosas de la edad. Se le ocurrió entonces un plan infalible para conseguir algo original, diferente y lo que era mejor, gratis, que Adela pudiera lucir orgullosa en su noche especial. Se lo comunicó a su hija.

-Tengo una idea...

A Adela se le iluminó el rostro de puro entusiasmo y por fin apartó de su mente todas las tribulaciones. Abrazó a su madre mientras esta le contaba el plan.

-¡Es una idea genial!

.....

-¡Es una idea horrible! ¿Cómo se te ocurre que yo, que yo...?

Javi no supo cómo acabar la frase y se metió otro bocado enorme de ensaimada en la boca. Rata, que también mascaba a dos carrillos, le miraba impasible y con los ojos muy abiertos. Él seguía pensando que se trataba de un plan perfecto y estaba convencido de que al final su amigo claudicaría; tiempo al tiempo.

Los chicos se encontraban en la cocina de la casa de Rata. La familia Fuste vivía en un pequeño piso justo encima de la panadería de su padre, lo cual resultaba muy conveniente para todos, sobre todo para los tres chicos Fuste, que al llegar del colegio y antes de subir a casa arrasaban con lo que pudieran llevarse de la última horneada del obrador: napolitanas de chocolate, bollos suizos, croissants aún calentitos o ensaimadas, como era el caso aquel día. Javi a menudo se sumaba a esta deliciosa costumbre. Él vivía a solo un par de manzanas de distancia. Al ser vecinos, habían acudido al mismo jardín de infancia del barrio desde que eran unos renacuajos, y desde entonces se habían hecho inseparables, aunque no podían ser más opuestos.



Rata podía ser imprudente, rozando lo temerario, Javi sin embargo era la personificación del sentido común. Javi solía mostrarse callado y reservado; Rata era un deslenguado que podía hablar sin parar durante horas. El primero adoraba los deportes y practicaba todos los que podía en cuanto se daba la ocasión, al segundo parecía que los balones le dieran sarpullidos. Y eso por no hablar de las diferencias en el ámbito académico y en lo físico... En una cosa desde luego coincidían: ambos se pirraban por todo aquello que saliera del horno de Guillermo Fuste padre. Esa era una de las pocas similitudes, pero lo cierto es que Javi y Rata, precisamente por ser tan diferentes, se complementaban armónicamente y las habilidades del uno suplían las carencias del otro, o viceversa. En esta ocasión el físico y magnetismo de Javi, unidos a la astucia de Rata, podían obrar milagros, como conseguir que la chica de los sueños del primero se decidiera por él en la fiesta.

-Tú piénsatelo, tío, me dijiste que harías cualquier cosa con tal de que Bebé...

-Ya, ya sé lo que dije –le interrumpió Javi, ya que ha habido cuenta de su ración de ensaimadas y se sacudía las migas de la camiseta- pero de ahí a usar a alguien, y romperle el corazón...

-Hala, “romperle el corazón”, tampoco te pases, tío.

Mientras los chicos no parecían llegar a un acuerdo, Lucas y Matías, los gemelos y hermanos menores de Rata, no se perdían un detalle de la conversación, aunque lo disimularan haciendo que leían cómics en la mesa de la cocina. Javi y Rata se habían instalado junto a la encimera, lo más apartado posible de ellos para que no fisgonearan, pero dadas las reducidas dimensiones de la cocina, el intento había resultado infructuoso. También los gemelos se estaban dando un festín de ensaimadas, como delataban sus rostros traviesos embadurnados de azúcar. En ese momento irrumpió en la cocina Beatriz, la madre de Rata, que había dejado la comida en el horno.

-¡Cuántas veces os he dicho que no os pongáis morados de bollos antes de comer!- reprendió a los gemelos- ¡Que luego no me coméis nada!

-Es que estamos escuchando a los mayores –se excusó Lucas.

-Sí, es que están hablando de chicas –le apoyó Matías, que siempre contestaba a la zaga que su hermanito.

-Además, ¿no deberíais estar haciendo los deberes en vez de otra vez con los tebeos? Luego os da pereza y...

-No son tebeos, mamá, que son cómics, de Spiderman –intentó explicar Matías. Los gemelos, al igual que el hermano mayor, no tenían lo que se dice una predisposición innata hacia los estudios.

-Además la seño no nos ha dado deberes, que casi estamos de vacaciones – continuó Lucas.

Rata entonces estalló:

-¡Que la mamá os ha dicho que me dejéis los cómics en paz, que luego me los dejáis pringaos! ¡Hala, a vuestro cuarto, y dejad de meteros en lo que no os importa!

Beatriz intentó poner paz en la cocina:

-Bueno, bueno, si total ya comida ya está casi lista –medió, echando un vistazo rápido al interior del horno.- ¿Qué, Javi, te quedas a comer? Hay pollo asado.

-La verdad es que huele de maravilla... –Y era cierto. Si Guillermo Fuste tenía una mano magistral en el horno del obrador, Beatriz hacía magia en el ámbito doméstico. En ese momento un aroma de especias inundaba la cocina haciendo salivar a todos.

-Pero es que a mi madre no le he dicho nada y seguro que ya me está esperando con el plato en la mesa.

-Ay, Javi, tú siempre tan responsable. Bueno, ¿pues otro día, eh? Te hago tu comida favorita, las croquetas que te gustan tanto, y así celebramos todos que habéis acabado el curso, ¿te parece?

-¡Hecho!

Guillermo y Beatriz sentían adoración por el mejor amigo de su hijo mayor, y lo consideraban uno más de la familia. Pensaban que era una buena influencia para el atolondrado de Guille, aunque de momento no le hubiera

contagiado los hábitos de estudio ni la buena compañía se hubiera reflejado en las calificaciones.

-¡Y vosotros, que dejéis las ensaimadas de una vez!

-Es que es un “experimento” –le explicó Matías a su madre.

-Sí, mami, estamos viendo cómo podemos mejorar la receta cuando seamos mayores.

-Les vamos a poner chuches dentro, de relleno.

-Y pica por pica por encima.

-Con una bola de chicle.

Javi abandonó la cocina antes de que los proyectos de los gemelos le quitaran el apetito, y se despidió de Rata prometiéndole por enésima vez valorar su idea. Al día siguiente tomaría una decisión. Quedaban muy pocos días para la fiesta y el tiempo se les iba a echar encima. En el breve trayecto a su casa no dejaba de darle vueltas al asunto. El plan “magistral e infalible” de su amigo, en palabras de éste, en realidad no era tan complicado, ni tampoco original. De hecho, se basaba en un mecanismo que tenía su origen, como suele decirse, en la noche de los tiempos: los celos. La brillante idea de Rata consistía en definitiva en poner a celosa Bebé, ya que Javi invitaría a la fiesta a otra chica y se dejará ver con ella toda la noche.

Javi, minutos antes, sobre la encimera de la cocina, había mostrado escrúpulos de inmediato. No le parecía bien, ni ético, ni responsable, ni divertido, ni muchas cosas más, usar a una tercera persona para sus propósitos, engañarla de esa manera haciéndola creer su centro de atención cuando en realidad él estaría pensando en otra persona: en Bebé, por supuesto. Aún así no puedo contener la curiosidad y le había preguntado a su amigo si tenía en mente a alguien en concreto para su péfido plan.

“Adela, la empollona”, había contestado Rata.

Al principio Javi no había caído.

“¿La Tomás?” Y es que en efecto, Adela en el instituto era más conocida por su apellido. Ese trato particular, por alguna razón, era el elegido por los estudiantes para referirse a los alumnos más aplicados o reservados con los

que apenas nadie tenía trato.

“Sí, esa, la que va siempre con la rarita de los pelos de colores”.

Javi la conocía: compartía con ella un par de clases y hasta en alguna ocasión le había pedido los apuntes. La chica era muy tímida, apenas hablaba con nadie y durante las clases se limitaba a tomar notas y a contestar a los profesores solo si le preguntaban. Pero parecía maja, y la verdad es que era bastante guapa. Aunque lo disimulara con una gafas enormes, el pelo siempre recogido en una coleta hecha con prisas, y su figura escondida bajo un montón de ropas demasiado grandes para ella. Pero, ¿por qué ella? Javi le preguntó a Rata el motivo de su elección.

“A ver, tiene que ser lo suficientemente atractiva para causarle a Bebé un ataque de celos, lo suficientemente diferente a Bebé para que se pregunte el dichoso ‘¿qué ha visto en ella que no tenga yo?’ que se plantean las mujeres, y tiene que estar lo suficientemente desesperada para que a estas alturas acepte una invitación, por mucho que sea la tuya. ¡Quedan solo unos días para la fiesta! No te dirá que no”.

El Rata lo tenía todo previsto y planificado, pero pese a sus argumentos, la respuesta de Javi había sido rotunda. No lo haría. No estaba dispuesto a invitar a la Tomás y ser el protagonista y artífice de esa situación tan retorcida. Pero ahora, a una manzana de casa, tenía sus dudas... Puede que funcionara. Pero más que eso, reconocía que, de hecho, le apetecía conocer a Adela, con la que tras varios años en el instituto apenas había terciado un par de palabras. Además, ¿qué podría pasar? En el peor de los casos, Bebé ni se inmutaría, y él pasaría una velada agradable con una chica que, si no estaba a la altura de Bebé, seguro que tenía muchas buenas cualidades. Se divertirían, charlarían, quizá bailarían, lo pasarían bien. Y en el mejor de los casos, Bebé se daría por aludida y volvería con él, dejando al estirado de Iván colgado en la pista de baile. Igualmente habría charlado con Adela ganándose una nueva amiga. En fin, tenía que pensarlo...

Y así, hecho un mar de dudas, Javi llegó a su casa. Nada más introducir la llave, escuchó la voz de su madre desde la cocina:

-¡Javi, hijo, que se te va a enfriar el plato! ¿Qué horas son estas?

.....

-¿Qué horas son estas? –Punky esperaba a Adela en el pasillo del instituto, que en esos momentos estaba prácticamente vacío. Iba a comenzar la última clase del día y los alumnos, salvo los más rezagados, había desaparecido tras las puertas de las aulas. En este curso los horarios de las chicas no coincidían y no les quedaba otra que rascar unos minutos entre clase y clase, en los pasillos.

-¡Que voy a llegar tarde a historia! ¡Con la manía que me tiene ya el Huevo!  
–El “Huevo” no era otro que el profesor de historia, que desde hacía años cargaba con el “original” mote por su pronunciada calvicie.

-Ya, perdona, es que me he quedado recogiendo los apuntes al final de clase y no me he dado cuenta... -se excusó Adela, que hacía malabarismos con varios libros, carpetas y cuadernos, mientras que simultáneamente se subía las gafas repetidamente antes de que acabaran en el suelo.

-Bueno, pues suelta la bomba, tía, que tengo prisa. ¡Ay, me muero de ganas de verlo!

Lo que Punky deseaba ver con tanta ansiedad era una foto en el móvil de Adela con el modelo que finalmente había seleccionado para la fiesta. La idea de Isabel había sido un éxito absoluto. Ambas habían acudido a casa de Pura, que contaba con un armario de grandes dimensiones repleto de vestidos de cóctel, de fiesta, de gala, y en fin, de todas aquellas ocasiones a las que había asistido regularmente cuando era joven. Su marido, ya fallecido, había sido cónsul en varios países durante muchos años. Pura no solo había viajado por medio mundo, sino que se había relacionado con lo más selecto de la sociedad y se había movido en los ambientes más refinados. Los conjuntos e innumerables accesorios eran viejos, pero estaban en un excelente estado (algunos los había llevado en tan solo un par de ocasiones) y eran de tejidos exquisitos, cortes impecables y firmas prestigiosas. En otras palabras, aquello era un tesoro del *vintage* que hubiera vuelto loco a más de un coleccionista. Por si fuera poco, Pura de joven y Adela tenían la misma talla. No coincidían en el número del calzado, así que ahí Adela se las tendría que ver sola. Madre e hija se habían visto inmersas

durante horas en el armario de Pura, como si fueran niños en una tienda de juguetes. Pura, por su parte, estaba encantada de dar por fin uso a aquello que había almacenado con nostalgia durante toda una vida y que muchos considerarían trastos y trapos viejos, pero no su asistente y la hija de esta, con la que conectó de inmediato. Adela, que no se lo había pasado tan bien en mucho tiempo, se probó cientos de prendas ensayando poses ante su madre y la simpática ancianita, hasta que se enamoró por completo del modelo ganador. Se trataba de un vestido de corte clásico, negro, con una voluminosa falda plisada a base de capas y capas de gasa, que se prolongaba hasta justo debajo de la rodilla. La parte de arriba consistía en dos tiras anchas que se cruzaban sobre el pecho y dejaban gran parte de la espalda al descubierto. El delicado tejido estaba bordado con cientos de minúsculas estrellas plateadas, perceptibles solo a poca distancia. La cintura se ceñía a la perfección revelando la diminutas proporciones de Adela en esa parte del cuerpo, por medio de una fina cinta plateada adornada por un gran broche de plata en forma de estrella. Para el recogido del pelo Adela también había seleccionado unas horquillas de plata auténtica y de diferentes tamaños, todas con forma de estrella. Isabel y Pura aplaudieron la elección y Adela juraría que vio brillar los ojos de su madre de auténtica emoción. Con el rostro resplandeciente, le enseñó la foto a Punky:

-¡Hala pero qué pasadaaaa! ¡Esto es total! ¡Javi se va a desmayar en la pista de baile! -Aunque no se pareciera ni remotamente a lo que hubiera elegido ella misma, Punky tenía que reconocer que su amiga había dado en el clavo.

-Anda, no digas chorradas... -Adela le arrebató el móvil a su amiga antes de que siguiera por ese camino.

-Que sí, que sí, lo que yo te diga, que soy medio bruja y hago predicciones...

-Adela se salió por la tangente:

-Bueno, y tú qué, ¿me vas a decir de una vez lo que te vas a poner?

-No, secreto de estado. Además llego tarde. Hala, ¡hasta luego! -Punky se alejó a la carrera no sin antes hacer una graciosa pirueta que imitaba a un hada sacudiendo su varita mágica sobre la cabeza de Adela.

Qué cosas tenía Nuria... ni la varita mágica que pretendía tener lograría que

Javi, el chico más guapo del instituto, se fijara en ella o se despegara de las faldas de Bebé... si ella había hablado solo con él en un par de ocasiones, y tan solo para lo de siempre, la única razón por la que los demás chicos de clase se aproximaban a ella: pedirle los apuntes. Si tan solo se pareciera un poco a Bebé, con esa melena rubia y ese estilo que se gastaba... aunque la verdad es que sí, por una vez y gracias al vestido de Pura, iba a estar radiante. Tenía que pensar todavía qué zapatos se pondría, y cómo se recogería el pelo, y si se atrevería a dejar las gafas en casa... no eso sí que no, seguro que se iba a dar algún mamporrazo. Lo mejor sería que...

¡Cataplof! El mamporrazo se lo acababa de dar ahí mismo. Se le cayeron las gafas y todo el contenido de la carpeta quedó desperdigado por las baldosas del pasillo. ¿Pero qué demonios...? Tanteó el suelo hasta que una mano desconocida le tendió las gafas. Al colocárselas e incorporarse sus ojos se toparon con los de Javi, el causante del choque.

-Perdona, creía que me habías visto, yo te lo recojo –de disculpó educadamente Javi.

-No, perdona tú, estaba despistada –Adela estaba azoradísima y fue un milagro que pudiera responder. ¡Ay, si Javi supiera que la causa de su despiste no había sido otra que él! ¡Y ahora lo tenía frente a sus narices!

Javi y Adela se agacharon de nuevo para poner orden a ese desastre de papeles y notas dispersas.

-En realidad, quería hablar contigo –confesó Javi en cuclillas y en un susurro.

Ah, claro, cómo no, lo de siempre. Adela se dispuso a buscar los apuntes de literatura contemporánea, la última clase que había compartido con Javi.

-Claro, no hay problema, ahora te los doy.

-¿Qué?

-Los apuntes de literatura, deben de estar por aquí.

-No, no es eso –Javi, divertido, desplegó una sonrisa que dejó descolocada a Adela.

-En realidad... -prosiguió Javi, armándose de valor- quería preguntarte si vas

con alguien a la fiesta.

-¿La fiesta? ¿La fiesta de fin de curso?

-Claro, en el Manhattan. La fiesta.

Adela se puso en pie sobresaltada, presa de la alarma. Javi hizo lo mismo. Era mucho más alto que ella.

-Yo... pues no... o sea, sí, voy con Nuria, ya sabes, mi amiga.

-Con Punky.

-S... sí.

-Lo que quiero decir es que, entonces, ¿no vas con nadie, digamos, del sexo puesto?

La mera mención a la palabra “sexo”, en especial en boca de Javi, hizo que Adela se ruborizara hasta las orejas. Ella misma notó que la temperatura le subía en el rostro y que debía de tener las mejillas encendidas. ¿Pero es que era idiota? ¡Calma, Adela, calma!, se reprendió inútilmente a ella misma. Javi tampoco las tenía todas consigo. ¿”Sexo opuesto”? ¿Pero es que no se le había ocurrido una expresión más normalita? ¿Cómo “chico” a secas? ¡Estaba hecho un zoquete! ¿Qué le estaba pasando?

-Pues no, no, claro que no –consiguió al final contestar Adela en un hilo de voz.

-Bueno, me gustaría pedirte que fueras conmigo.

El mundo alrededor de Adela se paralizó y creyó ascender vertiginosamente a una nube, a un espacio mágico donde los sueños se hacen realidad, donde todo es posible. Pero no, seguía allí mismo, en el espacio cotidiano del pasillo del instituto, Javi era real y tangible, ella había oído aquellas palabras imposibles, y el chico más inalcanzable que había conocido esperaba una respuesta.

-Claro, me encantaría –y haciendo un esfuerzo sobrehumano, esbozó una ligera sonrisa, cuando lo que hubiera querido hacer era ponerse a bailar y a gritar como una posesa.

-¡Genial! –Javi sintió que un peso se desprendía de sus hombros. Adela era



tan tímida y tan diferente a él, y en muchos aspectos, tan superior a él, que por un momento había temido que dijera que no.

-Entonces, luego me mandas un mensaje con tu dirección. El día de la fiesta te paso a buscar... ¿como a las ocho?

-A las ocho, genial.

-Me tengo que ir, llego tarde a la última clase.

-Claro, yo también –Adela se percató de que aquello era cierto. No se atrevió ni a consultar el reloj.

La Ugarte iba a matarla nada más pusiera un pie en el aula.

-Bueno, pues acordado. ¡Nos vemos!

-¡Nos vemos!

Adela se quedó en el pasillo, sus palabras flotando en el aire, y despidiendo a Javi con una mano alzada que aún sostenía un manojito de apuntes arrugados.

¿Qué había sido aquello? No había tiempo para pensar. Sacó su móvil y buscó el número de Punky.

Sabía que estaba en clase, así que tuvo que contentarse con mandarle un mensaje de texto.

“M acaba d pasar algo increíble”

La respuesta de Punky no se hizo esperar. Y eso que el uso de móviles estaba terminantemente prohibido durante el transcurso de las clases.

“¿Has recuperado la visión y ya no necesitas gafas? : ) : )”

“Muy graciosa. Algo mejor. Eres un hada d verdad X X X”

“Stoy en clase. M lo cuentas luego? Con detalles??”

“T doy mi palabra”

.....

-Te doy mi palabra, mamá. –Adela repitió por enésima vez la misma promesa a su madre. Que sí, llegaría antes de las doce. Que no, no bebería alcohol. Que sí, tendría cuidado con el vestido de Pura. Que no, no haría tonterías con aquel chico que estaba a punto de aparecer por casa, un tal

Javi.

Había llegado la noche de la ansiada fiesta en el Manhattan. Era viernes, y aquel había sido también el último día de clases en el instituto Sagasta. El profesorado había dejado salir antes a los estudiantes de último curso: la excitación se palpaba en el ambiente y quedaba descartado hacer algo útil con el tiempo lectivo. Los chicos, nerviosos, cuchicheaban sobre sus planes de aquella noche, sobre qué se pondrían, con quién irían o a qué hora debían de estar de vuelta a casa. A esa hora, cientos de estudiantes estaban en casa preparándose para salir e imaginando la fantástica noche que tenían por delante. Una de ellos era Adela.

En el baño, Isabel le colocaba primorosamente las horquillas a su hija, que ya estaba vestida. Al final había optado por hacerse con ayuda de su madre un moño alto en lugar de la coleta a la que estaba acostumbrada. El cambio no era tan radical, ya que el recogido era prácticamente el mismo, pero al tener el pelo tan largo el rodete tenía un buen volumen y las estrellas desperdigadas en la mata de pelo oscuro recordaban a una noche estrellada, o así se lo pareció a Isabel, que estaba encantada del ligero cambio de look de su hija. Tampoco había prescindido de las gafas –no convenía exponerse a ningún accidente- y el maquillaje era mínimo: un trazo de eyeliner sobre el párpado y brillo de labios. Pero Isabel pensaba que su hija estaba espectacular, ¡ay, si a Adela le dara por cuidar su aspecto más a menudo! ¡La de pretendientes que le saldrían! Pero no, mejor ni pensarlo. No le convenía, precisamente ahora que su vida iba a experimentar un cambio radical y no debía andar ni tonteando con chicos ni dejándose embaucar con distracciones.

-¡Bueno, pues esto ya está! –, anunció Isabel. Adela se miró en el espejo satisfecha con el resultado.

-¡Genial! ¡Gracias mami!

-Sí, genial, menos esos botarrones que te ha dado por ponerte. ¿No habría sido mejor unos taconitos?

Y es que Adela había seleccionado unas Dr. Martens para ponerse con el vestido, elección que había horrorizado a su madre. Adela pensaba que le

daban un aire transgresor, rompiendo con la seriedad y sobriedad de su vestido negro y de corte clásico.

-Bueno, la verdad es que mi niña está guapa se ponga lo que se ponga. ¡Ay, lo que te voy a echar de menos cuando cojas ese avión! –Isabel no puedo contenerse y abrazó a su hija.

-Venga, mamá, no empieces, y no me estrujes que me vas a arruinar el moño.

Llamaron a la puerta rompiendo el encanto de aquel momento íntimo entre madre e hija. Eran las ocho en punto. Isabel apresuró a abrir, mientras que Adela, hecha un manojo de nervios, esperaba en el baño. Si la madre se había tranquilizado gracias a las promesas de su hija, el miedo volvió a instalarse en la boca de su estómago nada más abrir la puerta y toparse con el chico que venía a Adela.

-Buenas noches, señora Alvarado. Vengo a recoger a su hija. Tome, esto es para usted.-Javi tendió un humilde ramo de flores a Isabel, que estaba totalmente desconcertada.

-Gra-gracias, pasa, ahora las pongo en agua.

El jovencito que tenía ante ella era guapísimo, y además por lo visto, educado y encantador. Ella misma a la edad de su hija habría perdido los huesos por un ejemplar por aquel y le hubiera dado por hacer alguna locura. ¡Por Dios, si ya lo había hecho por Julio, el sinvergüenza de su marido, que por lo visto no le llegaba a la altura a ese muchacho de apenas diecisiete años! Menos mal que su hija, a diferencia de ella, tenía los pies sobre la tierra. En ese momento apareció a aludida, resplandeciente.

Isabel advirtió que también a Javi de se le iluminaba el rostro.

-¡Wow! Adela, estás... elegantísima -Javi hubiera querido decir otra cosa, pero no podía obviar el hecho de que la madre de Adela estaba delante, y por lo visto no quería perderse detalle de aquella escena. Adela, incómoda por la situación, se apresuró a salir de casa.

-Gracias, Javi, tú también. –Javi para la ocasión había elegido un pantalón gris oscuro y una sencilla camisa blanca inmaculada, que levaba remangada

y abierta hasta el cuello, sin corbata. Realmente no le hacía falta más ya que su buen porte natural hacían el resto.

-¡Ay, hija, que casi se me olvida! –exclamó Isabel, rompiendo el embarazoso momento.- ¡La foto! ¿Javi, te importa tomárnosla? –le tendió a Javi una antigua cámara. Dada la escasez de motivos significativos en la apacible vida que levaban madre e hija, nunca se habían preocupado de comprar una nueva desde que Adela era bebé.

Javi obedeció encantado, aunque Adela estaba visiblemente incómoda. ¡Vaya ocurrencias tenía su madre en el último momento!

-A ver, ¡patataaaa! –Javi disparó la instantánea de la pareja.

-Venga, que nos vamos –se apresuró Adela apenas se disparó el flash, no fuera que a su madre se le antojara otra foto de ella con Javi. Le dio un fugaz beso a su madre, que se quedó en el umbral con la cámara en la mano, algo preocupada de lo que pudiera pasar esa noche. ¡Mira que era guapo ese chico!

Adela también se alarmó, por motivos diferentes, al ver el medio de transporte que Javi había elegido para la ocasión: la Vespa con la que en ocasiones solía ir en instituto. Adela nunca había montado en moto, pero lo que le preocupaba en ese momento era el moño que tan primorosamente le había confeccionado su madre: ¿cómo diantres se iba a encajar el casco sin que aquella mole de pelo se le destrozara? Pero Javi, que parecía haberle leído el pensamiento, lo tenía todo previsto: junto con el casco que debía ponerse Adela, sacó de la cajuela un pañuelo de seda y se lo anudó con esmero, cubriendo con cuidado el tocado:

-Toma, esto te servirá, estoy acostumbrado a... estas cosas.

“Ya”, pensó Adela. Con “estas cosas” seguro que Javi se refería a Bebé y sus caprichos y necesidades. Seguro que ella había puesto el trasero en esa moto en incontables ocasiones. Mejor no pensar en esas cosas, y centrarse en lo positivo. Al final lo de las Dr. Martens había sido buena elección: un calzado ideal para ir en moto. Sin pensarlo más se acomodó en el asiento de la Vespa y se agarró a la cintura de Javi: ¡la fiesta los esperaba!

La moto arrancó e Isabel, aún con las flores en la mano, las sacudió inútilmente en el aire, aunque su hija ya no la oyera:

-¡Y a las doce en casa!

.....

-Y a las doce en casa.

-Que sí, papá, que me lo has dicho mil veces.

Bárbara soportaba estoicamente la lección sobre cómo comportarse como una perfecta señorita mientras que las demás mujeres de la casa –su madre, su hermana, y hasta Trini, que aquella noche se había quedado unas horas extra- la acicalaban para hacerla parecer una estrella de la gran pantalla. Mientras Alicia, la madre, le aplicaba el maquillaje, Belinda le retiraba los rulos del pelo, y Trini se aseguraba de que el vestido blanco estuviera bien planchado y los zapatos y complementos listos. Bárbara, como era su costumbre, se dejaba hacer. Solo abría la boca para contestar lacónicamente a su padre y para dar alguna orden, cosa que se le daba realmente bien.

-Belinda, no me dejes la ondas tan marcadas, que queda muy horterera.

Entre peticiones y estirones de pelo, Bebé pensaba. La verdad, reconocía con cierta frustración, es que le hubiera dejado ir a la fiesta con Javi. Javi le gustaba más: era enérgico, atrevido, la hacía reír con sus ocurrencias, y con él se sentía como una niña, como cuando correteaba en el jardín con sus hermana tramando mil travesuras lejos de la vigilancia de sus severos padres. Mientras que Iván... Iván podía llegar a ser un muermo, siempre hablando del campo, los animales, y sobre todo preocupadísimo de lo que pudiera molestar u ofender a su padre. Seguro que ni bailarían ni la dejaría tomar una copa mientras que Javi sería el rey de la pista rodeado de sus admiradoras. ¿Iría solo? Claro, seguro que sí: si ella había declinado su invitación no tendría ánimos de presentarse en compañía de nadie más. De nadie excepto del Rata, ese esbirro suyo que no se separaba de sus talones. ¿Qué vería Javi en ese chico tan feúcho y desgarbado, tan poco popular, y que para más inri era el hijo de un panadero? Allá él. Ella iría con Iván, sí, y sería el centro de todas las miradas. Iván era mayor, maduro, guapo, se podía permitir invitarla a sitios exclusivos, ¡y tenía descapotable! Ya se imaginaba

la cara de sus amigas cuando llegaran en el cochazo a la puerta del Manhattan. Se regocijó internamente y se dijo a sí misma que, con Javi o sin él, la noche prometía.

-Pásame un poco el cepillo. Trini, las perlas no, que son de abuela. Mejor los brillantitos.

Aquello parecía realmente el camerino de alguna superproducción hollywoodense en lugar de la habitación de una adolescente. Con tal séquito, por suerte –sobre todo para Belinda, que comenzaba a estar frita-, Bebé estuvo lista justo en el momento en que llamaron a la puerta.

Abajo, en el porche del chalet, esperaba Iván, trajeado hasta los pies. Acababa de aparcar el descapotable nuevo y había pasado un mal rato intentando que los ramos que llevaba en el asiento no se desfloraran con el viento. Ahora los llevaba en la mano y se aseguraba de que estaban tal y como su madre, Claudia, se los había entregado. Llevaba dos: el de lirios, le había explicado su madre, era para Alicia. “Es una flor que denota respeto. Y el de rosas blancas es para Bárbara; una flor ideal que denota inocencia y amistad”. Su madre era una experta en esas cosas. A él le parecían tonterías y ni siquiera le gustaban las flores cortadas. Prefería las macetas y, puestos a elegir, las plantas ahí donde debían estar: con las raíces en la tierra. Algún día, junto con la granja, tendría una pequeña parcela de terreno donde cultivar su propia huerta: tomates, escarolas, pimientos, quizá algún árbol frutal... De pronto, ahí plantado como una de aquellas hortalizas imaginarias y con aquel traje asfixiante, se sintió totalmente ridículo.

Trini, que había bajado las escaleras al trote, abrió la puerta resollando. Iván pensó que seguramente la mujer de la casa que más se merecía unas flores era ella.

-Buenas noches, Trini, vengo a buscar a Bárbara.

-Señorito Iván, pase, pase.

-Estas flores son para Bárbara y para la señora Alicia –dijo, feliz de poder desembarazarse por fin de los ramos.

-Son preciosas, voy a buscar un par de jarrones.

Y de nuevo Iván se quedó allí solo e inmóvil como uno de los árboles de su huerto inexistente, sintiéndose un imbécil y una marioneta. No le apetecía nada ir a esa fiesta y pasarse horas rodeado de adolescentes supurando hormonas. Además, a la mañana siguiente tenía que madrugar: las clases por suerte habían acabado, pero había quedado temprano para jugar al golf con los amigos de su padre. Tampoco se sentía precisamente entusiasmado ante la idea, pero sí le apetecía estar en un espacio abierto, respirar el aire puro del campo, imaginar que todo el terreno verde que se abría ante sus ojos era suyo, hectáreas y hectáreas de suaves colinas solo para él, vivir libre y sin complicaciones.

En ese momento Bárbara llegó al pie de las escaleras seguida del resto de su familia, y sacando a Iván de la ensoñación en la que una vez más se había enfrascado. Estaba espectacular, despampanante, con un vestido blanco y ajustado muy sensual, la melena rubia suelta y ondulada, y unas sandalias de tacones vertiginosos con las que sabía moverse con soltura. Iván quedó impresionado, dejando por fin todos los pensamientos negativos tan aparcados como el descapotable que los aguardaba a la entrada.

Realmente era un idiota: debería sentirse afortunado de ir acompañado como una chica como aquella, para la mayoría de adolescentes un sueño tan imposible como para él lo eran sus huertos y su granja. Y encima iban a llegar en un descapotable de lujo y totalmente nuevo. Debía convencerse a sí mismo de que lo pasarían bien. Pero, sin embargo...

Tonterías. Saludó cordialmente a Bárbara, alabando su apariencia, e intercambió un par de palabras formales con los señores Bustamante, que dejaban a la benjamina de la casa en sus manos. A Belinda, que observaba la escena desde el umbral de la cocina, semi oculta por Trini, apenas le dirigió un leve saludo con la mano. Pero a Belinda, sin saber muy bien por qué, se le escapó un suspiro al ver a Iván. Por suerte ni siquiera Trini reparó en ella.

Ya montados en el BMW –Bárbara estaba alucinada con el descapotable-, Bébé exclamó dirigiéndose a sus padres:

-¡No me esperéis despiertos!

.....

-¡No me esperéis despiertos!- Nuria cerró la puerta de casa a sus espaldas, siendo consciente con amargura de que aquellas palabras las lanzaba al vacío. Y es que sus padres no estaban en casa: habían acudido a una conferencia en Frankfurt dejándola sola en la que para ella era la noche más importante de su vida.

Mejor así: seguro que de estar presentes, sus padres le habrían llamado la atención por su llamativo atuendo. O no: apenas solían levantar la vista de algunos de los gruesos libros en los que siempre andaban enfrascados cuando salía de casa. Vamos, que podría haberse embutido un hábito de monja y no se habrían inmutado. Aunque el modelito elegido por Punky para ir a la fiesta no era precisamente eso: se había decantado por un llamativo vestido chino de raso, que había encontrado rebuscando arduamente en un bazar en la zona más dudosa de la ciudad. Una ganga que no obstante por su calidad y corte aparentaba costar un pastón. El cuello mao se abotonaba en la base del cuello, y el tejido, un intricado bordado de flores de loto y pavos reales, se prolongaba hasta los tobillos. Era bastante ajustado y acentuaba las escasas curvas de Nuria ahí donde las debía destacar, haciéndola parecer más esbelta. A eso colaboraban las impresionantes sandalias de plataforma que había comprado a juego, también de aire asiático y forradas en raso. Punky era la que más tiempo había invertido en acicalarse para la fiesta, sacrificando la clases matutinas para tal fin. Si sus padres se enteraran... bah, tampoco le habrían dado importancia. A punto de la mañana se había teñido el pelo, lo que dado la complejidad del proceso le había consumido gran parte del día. Al final se había decantado por el mismo color malva que había lucido durante toda la semana, pero consiguiendo una degradación por mechas que iban desde el púrpura oscuro hasta el violeta blanquecino. El resultado, en dos coquetos moños a ambos lados del cogote, era una paleta acaracolada de tonos malva de la que Punky se sentía orgullosa: ni en la peluquería más exclusiva de la ciudad hubieran logrado un efecto así. En el maquillaje por una vez Punky se había mostrado más recatada: labios rosa pálido y dos trazos pronunciados de eyeliner que rasgaran sus ojos, seguidos de una generosa cantidad de máscara de pestañas en la que no había escatimado capas. A pesar de parecer prácticamente



disfrazada, Punky se sentía más auténtica que nunca, y radiante.

Tampoco se iba a dejar venir abajo por la ausencia de sus padres o porque Adela hubiera aceptado la invitación del guaperas de Javi, con lo que ella tendría que acudir a la fiesta sola. Se alegraba profundamente por su amiga y compartía su ilusión. La situación no obstante no dejaba de ser rara, dudosa: ¿por qué le habría dado a Javi por llevar a Adela a la fiesta en vez de a Bebé, como todo el mundo esperaba? Mejor no darle vueltas al asunto, y mejor, sobre todo, no compartir sus resquemores con su mejor amiga, que llevaba dos días en una nube. No sería ella quien la trajera de vuelta a la realidad, nunca le chafaría a Adela la fiesta, ni a sí misma, pasara lo que pasara. Y es que aquella, aunque acudiera sola, era también su noche.

Pocos sabían que Nuria a diferencia, de la mayoría de adolescentes que acudían aquella noche al Manhattan, celebraba aquella fiesta simbólica por su significado real. Era... como un ritual de iniciación. A Nuria, a pesar de su apariencia alocada, poco le importaba el lucirse y hacerse ver, la prometedora juerga, o incluso los chicos que pulularían aquella noche por el Manhattan con las hormonas alocadas. No tenía en nadie particular en mente. La protagonista era ella y solo ella, y la nueva vida que a partir de esa fecha señalada para ella comenzaba. Aquella noche marcaba un cambio, una nueva etapa: por fin contaría con la libertad de estudiar lo que a ella le gustaba, más allá de las paredes del instituto y del programa establecido de asignaturas, la mayoría de las cuales nunca pondría en práctica. Junto con la libertad, vendrían también las responsabilidades propias de un adulto, pero Nuria se sentía preparada. Al fin y al cabo, desde que tenía uso de razón, y dado el poco interés o ausencia total de sus padres, ella se había encargado de cuidarse a sí misma. No les guardaba rencor a sus padres. Todo eso había servido para que, en muchos aspectos y aunque las apariencias engañaran, Nuria fuera más madura que la mayoría de chicos de su edad. Tenía claras las cosas, lo que quería hacer con su vida y cómo afrontar el futuro. Y aquella fiesta era el escopetazo de salida hacia ese futuro prometedor. A Nuria solo le dolía el hecho de que aquella nueva senda la habría de recorrer sola, puesto que Adela, su amiga del alma, soporte y confidente desde niñas,

en unas semanas recorrería kilómetros de distancia para comenzar, también sola, su propia aventura.

Pero ahora, sola o no, Punky estaba lista.

Ya en la calle, paró el primer taxi que vio aproximarse. Con aquellas plataformas y el vestido ajustado en los tobillos que la obligaban a dar pasitos de perro salchicha, no era cuestión de ir andando.

Se acomodó en el asiento trasero y advirtió que el conductor la miraba con aire divertido desde el espejo retrovisor. “Señal de que voy perfecta”, se dijo.

-Al Manhattan.

.....

-Al Manhattan.

-¿Y hasta allí vas a ir en patineta? ¿Pero tú estás loco?

Pues un poco loco sí estaba, lo reconocía: ese era uno de los rasgos que lo hacía tan encantador, se dijo el Rata a sí mismo pensando que precisamente por eso quizá esa noche alguna chica caería rendida a sus pies. No le importaba lo que le dijera su madre: llegar en patineta iba a ser un puntazo e iba a ser el más *cool* de la fiesta.

En su cuarto, frente al espejo, y con su madre y los gemelos a su espalda, se intentaba acomodar sin mucho éxito la corbata.

-¡Ja, ja! ¡Guille lleva corbata como los viejos! –se carcajeó Lucas.

-Nooo –repuso Matías- de viejo no, que es de Peter Pan, el de la peli, ¿no lo ves?

-¡A callar, enanos! Qué vais a saber vosotros de lo que es ir a la moda...

En efecto, y como había señalado Matías, Rata se había decantado por una corbata de Peter Pan en su versión Disney. Había estado entre esa y una de Mickey Mouse, pero finalmente le pareció que el primer personaje era el más indicado pues lo representaba a él mismo perfectamente: el eterno niño que se negaba a ser adulto.

Y es que pasara lo que pasara a partir de aquella noche, Rata tenía una cosa

clara: iba a seguir siendo fiel a sí mismo. Nunca cambiaría. Vale, sí, algún día (y seguramente pronto, pues no veía con muy buenos ojos lo de seguir estudiando), tendría que trabajar, pagar facturas, impuestos, y todas esas cosas inevitables que hacían los adultos, pero aparte de eso, pensaba seguir siendo el chico alocado, optimista, hablador y entusiasmado que siempre había sido. Ah, y seguiría leyendo cómics a porrillo y yendo en patineta a todos sitios si así le apetecía. Bueno, quizá esos no eran los mejores ejemplos de cosas de las que no se iba a separar jamás... Javi: su amigo Javi sí era una persona de la que nada ni nadie lograrían separarlo. Ni siquiera Bebé, con la tirria que le tenía. ¿Qué veía Javi en ella, si no se parecían en nada? Bebé era una niña pija, rica y tonta, que lo único que sabía hacer bien era sacudir su melena rubia al sol. Vale, sí, la chica estaba muy buena, eso saltaba a la vista, pero era más estirada que un palo y más tonta que un botijo. No sería una buena novia para su amigo. ¡Y mucho menos una buena esposa! Menos mal que gracias a su intrincado plan (o no tan intrincado, pero igualmente efectivo), eso iba a estar muy lejos de hacerse realidad. Bárbara le había dado calabazas a Javi, mientras que este finalmente se había decidido a invitar a la fiesta a la Tomás, esa chica tan mona y empollona que no llamaba la atención en clase. Se lo había pensado mucho antes de dirigirse a Adela en el pasillo del instituto: Rata se temía que nunca se atrevería a dar el paso. Pero vaya si lo había hecho, qué campeón, y la Tomás, como era de esperar, le había dicho que sí. ¿Qué les daba Javi, pero qué les daba? ¿Cuál era el secreto de su éxito? Las chicas caían rendidas a sus pies. Bueno, la verdad es que no había secreto: Javi era divertido, honesto, se llevaba bien con todo el mundo, siempre estaba dispuesto a echar una mano... y encima era alto, guapo, y estaba medio cachas. En fin, que si él fuera chica también caería como una mosca. ¿Pero qué tonterías estaba pensando? El hecho es que Javi era muy, muy responsable e incapaz de hacer daño a nadie. De hecho, tras pedirle lo de la fiesta a la Tomás en el pasillo, Javi, muy serio y conciencado como era él para esas cosas, le había explicado a su amigo sus motivos. Le dijo que no lo había hecho movido por el deseo de poner celosa a Bebé, sino que Adela era en sí misma el motivo de todo. Eso había dicho, sí, y Rata debía de haber puesto tal cara de “no me

entero de ná” que Javi se había visto forzado a ser más claro en sus explicaciones.

Una vez más en la panadería de los Fuste, que parecía ser el lugar ideal para las conversaciones “serias”, Javi se había explayado: “A ver, es que... desde que la mencionaste, he pensado en esa chica y me he fijado en ella en clase, sin que se diera cuenta. Y la verdad, no sé por qué no lo había hecho antes. Tiene algo, no sé... Está claro que es muy diferente a Bebé y no llama nada la atención, pero una vez que te fijas en ella... tiene algo especial. Siento curiosidad. Me gustaría conocerla más. Tiene pinta de saber hablar de todo, no como Bebé, que como la saques del tema moda y de los chismes la pobre se queda en blanco. Y seguro que se ríe de todo y que aunque no lo parezca tiene un lado aventurero. Para mí que tenemos más en común de lo que parece a primera vista. Quién sabe... igual con ella me quito a Bebé de la cabeza. ¿Y por qué no? Igual tenemos futuro”.

Tras aquella sincera explicación, Rata casi se atraganta con el croissant que estaba masticando. Ese giro no se lo veía venir en el curso de los acontecimientos. Sabía que Javi cambiaría de opinión y le haría caso con lo de invitar a la Tomás, pero de ahí a la explicación tan trascendental y enrevesada que le había dado... o de que sintiera algo por la Tomás... ¡si él solo quería que a Bebé le diera un ataque de celos! ¡No emparejarlo de nuevo y que su amigo se lanzara de nuevo a hacer castillos en el aire y planes con chicas a las que apenas conocía! Si es que Javi no tenía remedio: era un romántico empedernido.

En fin, que la corbata, tras hacer filigranas y liarse unas cuantas veces con el maldito trozo de tela (causando la risa de sus hermanos y de la madre, a sus espaldas) ya estaba en su sitio. El pelo, bien engominado y apuntando a las estrellas, listo. Los zapatos, brillantes y listos. La camisa, cosa rara en él, por dentro de los pantalones, planchada y lista. Solo le faltaba el último toque, esencial para dejar aturdiditas a las chicas a su paso: un par de generosos chorros de su colonia favorita.

-Puaf, qué asco, ¡qué mal huele! –se quejó Lucas.

-¡Apesta! ¡Aire, que me ahogo! –secundó Matías exageradamente,

llevándose las manos al cuello y poniendo los ojos en blanco.

-¡Que os calléis, piojos de mier...

-Venga, venga, haya paz –medió Beatriz, antes de que saltaran chispas.– Y vosotros dos fuera, que vais a hacer que Guille llegue tarde, y además ya es hora de irse a la cama.

Los gemelos, movidos por un nuevo motivo de queja, dejaron de arremeter contra su hermano mayor:

-Hala, mami, que es muy pronto...

-Y esta noche echan una peli de superhéroes...

-Hale, hale, dejad de rechistar –y sacando a los gemelos a empujones del cuarto de Guille, se despidió de este lanzándole un beso desde el umbral.

-No hagas demasiadas tonterías. ¡Y pásalo bien!

-Prometido –aseguró su hijo haciendo la seña de honor de los Scouts, aunque estaba muy lejos de serlo.

Pero vaya si lo prometía. Las dos cosas: no demasiadas “tonterías” (su madre, que lo conocía, no había especificado un número) y sobre todo y ante todo, pasarlo bien.

Al pasar frente al salón asomó la cabeza para despedirse de su padre, pero se encontraba dormitando en el sofá, con la tele puesta. El trabajo diario en la panadería lo dejaba molido. Se limitó a quitarle cariñosamente las gafas, con cuidado de no despertarlo, y sin perder más tiempo cogió la patineta en la entrada y se lanzó escaleras abajo. “¡Que empiece la fiestaaaa!”

.....

-¡Que empiece la fiestaaaa! –el DJ subió el volumen de la música y se dirigió a su joven audiencia, todavía reducida en el interior del Manhattan.

Era en la puerta donde en ese momento se concentraba la acción: las parejas o grupitos que comenzaban a llegar se arremolinaban a la entrada, donde se esperaban los unos a los otros, un tanto tímidos o cohibidos por ser los primeros en entrar a la discoteca.

Rata llegó pronto. Al final la patineta, como había pensado, había sido el

medio de transporte más rápido, efectivo y seguro, sin necesidad de lidiar con el tráfico como Javi, que iba a venir en moto. Seguro que lo hacía para impresionar a la Tomás y ganarse puntos. Como si no lo conociera, si estaba hecho un galán... hablando del rey de Roma, en ese momento llegó el aludido, aunque lo hacía a pie, con la Tomás al lado. ¿Era la Tomás? Joder, estaba cambiada. Muy elegante con ese vestido negro, y vaya puntazo con las botas. Si tendría razón su amigo: aquella chica tenía algo especial.

-¿Qué chaval? ¿Dónde has dejado la moto? –chocó los cinco con Javi a modo de saludo. A Adela le dedicó un leve gesto con la cabeza. No pretendía ser grosero, lo que le pasaba es que las chicas – cualquier chica- lo intimidaban con su sola presencia, por más que se convenciera a sí mismo de que era un triunfador.

-Nada, la he aparcado a un par de bloques de aquí. No era cuestión de montar el numerito a la puerta ni lucirse...

-Ya, tío, eres modesto hasta para eso. Yo sin embargo mírame, aquí, luciendo carrocería –Rata mostró orgulloso su patineta, que era plegable y en ese momento la llevaba sin esfuerzo bajo el brazo. El comentario hizo que a Adela se le escapara una risita nerviosa.

-Tú qué, ¿tienes algún problema con mi “buga”?

El término “buga” no hizo sino que Adela rompiera a reír a carcajadas. Solo le había escuchado esa palabra a su padre, pues debía de usarse en los ochenta. Intentó recomponerse.

-No, para nada. Tu “buga” me parece increíble. Lo digo en serio. Te da personalidad, no dejes de usarla. De hecho, creo que tendríamos que empezar una campaña en el instituto para motivar a otros estudiantes a ir en patineta. ¡O hasta un concurso a ver quién maquea la suya mejor!

-Tú sí que sabes –Rata estaba impresionado. Definitivamente le daba el visto bueno a la Tomás.¿Adela, no? –por fin Rata se atrevió a aproximarse a ella y presentarse como Dios manda, dándole dos besos.

-Sí, ¿y tú Guille?

-Guille, Rata... lo que tú quieras, bonita.

Adela rio de nuevo. Mientras reanudaban el paso para atravesar la puerta de entrada, Rata le propinó un codazo a Javi en las costillas, y le comentó sin que Adela pudiera escucharlo:

-Me gusta pa ti, tío, me gusta.

A su paso entre los compañeros de curso, varios chicos dirigieron a Javi saludos informales, intercambiaron con él breves palabras o choques de palmas. Las chicas le lanzaban miradas de deseo y coquetas sonrisas. A Adela unos y otros se limitaban a mirarla de manera extrañada, preguntándose qué haría la empollona de la clase con el chico más carismático y popular del instituto. Los más atrevidos cuchicheaban sin tapujos a sus espaldas, ¿qué hacía la Tomás con aquél bombón? ¿Dónde estaría Bebé? ¿Estaría al corriente? ¿Por qué Javi no había ido con ella?

Adela, consciente de que, contrariamente a lo que era su costumbre, estaba dando de qué hablar, se sentía incomodísima. En un momento deseó estar de nuevo en casa, en su cuarto, a resguardo de todo aquel revuelo del que ella era la protagonista, volver a la comodidad del total anonimato. Pero pronto se repuso. Debía ser fuerte, estaba guapísima esa noche, y en la mejor compañía. Las habladurías se debían simplemente a la envidia, una sensación nueva para ella. Jamás nadie la había envidiado por lo que era o por lo que tenía. Así que intentó disfrutar de aquella nueva sensación y esbozó la mejor de sus sonrisas. Aferrándose a la mano que le tendía Javi, con paso firme se adentró en el Manhattan.

Sabiendo que tenía que dar espacio a la parejita, Rata se despidió de ellos la excusa falsa de ir a saludar a unos compañeros.

-Ahí veo a unos coleguis, al rato nos vemos, ¿vale?

-Vale, tío.

-Adiós, Adela, pásalo bien.

Lo pasaría de maravilla, prometido. No bien se hubieron despedido de Rata, ya en el interior, divisaron a Nuria cruzando la puerta. Llegaba acalorada, con los moños algo revueltos, y se esforzaba en llegar hasta ellos dando

cómicos pasitos con su vestido ajustado. Como era habitual en ella, hacía que las cabezas se giraran a su paso.

-¿Os podéis creer que el tontolaba del taxista no sabía dónde estaba esto? – fue su saludo.- ¡He tenido que caminar lo menos veinte minutos! ¡Y con esta facha!

-Nuria, ¡estás increíble!

-La aludida se recuperó de inmediato de su sofoco.

-¿Verdad que sí? ¡Tú también estás guapísima! ¡Me encantan las estrellitas! Y tú también vas muy guapo, Javi –le concedió por fin al acompañante de Adela, en el que apenas había reparado.- Eso sí, te podías haber dejado las gafas en casa, bonita, ¿tú que piensas, Javi?

-Bueno, Adela está guapa se ponga lo que se ponga, y las gafas le dan un aire muy intelectual.

Esta respuesta pareció satisfacer a las dos amigas. Punky, al igual que Rata, se dio cuenta de que sobraba. Hizo un vano intento de despedirse con la misma excusa que el amigo de Javi había utilizado. Pero este le propuso algo diferente:

-Oye, ¿por qué no te traes al Rata y estamos las dos parejas?

-¿Estás de coña? ¿Yo, con ese? Anda ya...

-Bueno, era solo una sugerencia.

-Pues yo te sugiero que te centres en esta belleza que tienes al lado tuyo y que nos dejes a los demás disfrutar de la noche.

Vaya con Punky. Era todo un volcán en erupción: justo el estímulo que necesitaba Rata en su vida. Pero ella al fin y al cabo tenía razón: no iba a hacer de casamentero y no iba a desperdiciar el tiempo y la energías que debía invertir en su propia acompañante, que era guapa y encantadora. Así que decidió hacerle caso a Punky y centrar en Adela toda su atención.

Punky, por su parte, decidió pasar de todo y ser la primera en subirse a la pista de baile. Habría de conformarse con agitar los brazos como una posesa, pues lo de mover la parte inferior del cuerpo lo tenía algo complicado. Se despidió de Adela con un cálido abrazo y se dirigió decidida al centro del



local, donde se desenvolvía un espectáculo de luces de colores. Era consciente de ser el centro de todas las miradas.

Perfecto.

Al fin Javi y Adela, aunque rodeados de una multitud, se sintieron a solas, con la privacidad suficiente para poder conversar. Y vaya si hablaron. De todo y de nada en concreto, de frivolidades y de su familia, sus aspiraciones, sus recuerdos de infancia, sus experiencias tan dispares en el instituto. Poco a poco, aquello que para Javi había comenzado como poco más que un experimento, un intento de sacar un clavo con otro, se convirtió en un arrebatado amoroso. Cada palabra sensata de Adela, cada movimiento pausado y dulce, y cada mirada tímida tras las gafas, se abrían paso en el corazón de Javi ensanchándolo, haciendo que su sonrisa se ampliara, iluminándole los ojos ante la perspectiva de algo que podía tener futuro. Las horas volaron y ellos no se habían movido de la barra, las bebidas intactas, mientras un frenesí de idas y venidas de adolescentes alborotados se desenvolvía en torno a ellos, como un torbellino que no los rozara.

No se percataron, por tanto, de que Bebé hacía tiempo que había llegado al Manhattan. Lo había hecho tarde, como era su costumbre, cuando la fiesta ya estaba en su apogeo. Así lo tenía planeado: aunque había salido de casa con Iván con tiempo de sobra, quería asegurarse de que todo el mundo estuviera presente al llegar, para hacer así una gran entrada. Para desesperación de Iván, que no se acostumbraba a ir tras el volante de un descapotable, lo obligó a dar un rodeo y a conducir extremadamente despacio, con la excusa de no despeinarse. Lo cual por otra parte era cierto: no era cuestión de presentarse a las puertas del Manhattan hecha un espantapájaros. Por fin llegaron a su destino: Bebé se apearía del coche en la misma puerta como la diva que se sentía mientras Iván buscaría un hueco para aparcar. Y como ella esperaba, causaron el impacto deseado: todos los presentes quedaron mudos ante la visión del flamante coche y sus pasajeros. Sin embargo, Bebé notó extrañada que la miraban de forma rara, imposible de describir. Algo estaba pasando. Lo supo no bien cerró la portezuela e Iván se alejó con la difícil tarea de buscar aparcamiento. Paula y Vane, las

mejores amigas de Bárbara, que llevaban esperándola ansiosas un buen rato, se aproximaron a ella ansiosas y preocupadas. Ni se molestaron en alabar el aspecto de Bebé, con el tiempo y esfuerzo (bueno, el esfuerzo de otros) que le había dedicado.

-Bárbara, oye, tienes que saber que... no sé como decirte que... -titubeó Paula.

-¡Que Javi ha venido con otra! ¡Con Adela Tomás! –terminó Vane.

-¿Qué quéeee? ¿Con quiéeeeen? –Bárbara sintió que la vergüenza y la rabia comenzaban a ruborizarle el rostro, amenazando con arruinar la capa de maquillaje.

-Sí, tía, yo me-mue-ro. Con la Tomás. La To-más –Vane tenía esa manía de enfatizar sus palabras deteniéndose en cada una de sus sílabas más de lo necesario.

-Pero igual es que se la ha encontrado en la puerta –Paula, temiéndose un desastre, intentaba ser más diplomática. No sirvió de nada.

-¿Cómo se ha atrevido? ¡Y encima con la empollona de la Tomás! En cuanto lo vea yo lo, lo... Bárbara hubo de contenerse, porque en ese momento Iván, que milagrosamente había encontrado un hueco donde dejar el BMW a salvo de arañazos o vándalos (su padre lo mataría si algo así sucediera) se unió a ella justo a tiempo para cruzar las puertas del recinto.

Bebé no prestó atención a los cientos de ojos que se clavaban a ella a su paso, e hizo oídos sordos a los comentarios de admiración a sus espaldas. Definitivamente, aquella no era la entrada triunfal que tanto había imaginado. Y es que mientras todos se fijaban en ella y su acompañante, Bebé tenía la mirada fija al fondo de la barra, donde inmediatamente había localizado al traidor de Javi y a la mosquita muerta que había osado a arrebatárselo. Ellos sin embargo, enfrascados como seguían en la conversación, fueron de los pocos que no se percataron de que Bebé había llegado. Esta decidió esperar el momento oportuno para aproximarse a ellos. Estaba demasiado alterada y necesitaba relajarse, para plantarse ante Javi serena y con el aplomo suficiente, sin parecer desesperada.

-Iván, cari, ¿me pides un ron con Coca-Cola light?

Iván, acostumbrado a complacer todos los caprichos de Bebé, se alejó hasta la barra para pedir un par de consumiciones. A los pocos minutos volvió con dos bebidas. Bebé comprobó con disgusto que en su vaso no había ron, ¡y encima era Coca-Cola normal! ¿Es que a nadie le importaba su dieta? Por si fuera poco, Iván arrancó a hablar de lo de siempre: la carrera, sus estudios de medicina, las clases del nuevo curso, etcétera etcétera. Bebé apenas le prestaba atención, y no se percató tampoco de lo incómodo que estaba Iván entre aquella multitud, a los que sacaba, con excepción del DJ, bastantes años de ventaja. Ella solo estaba pendiente de la pareja al fondo de la barra, que parecían compenetrarse a la perfección. En un momento dado, y para asombro de bebé, Javi sacó a la Tomás a bailar en la pista, donde ya había bastantes jóvenes moviendo el cuerpo al ritmo de las canciones que elegía el DJ. Lo que le faltaba. La Tomás pareció resistirse al principio, pero luego se dejó llevar, esbozando una amplia sonrisa. ¡Para morirse!

Bebé decidió aplicarse el refrán de “donde las dan las toman” y salir a la pista junto con Iván. Por fin Javi la vería, quedaría cegado por su aspecto y se rendiría sus pies, dejando a la boba de la Tomás plantada. Cortó a Iván por lo seco, cuando estaba comentando no sé qué de Anatomía I y Anatomía II, el rollo de siempre.

-¿Y si bailamos?

-Bailo fatal, y debe de hacer un calor de mil demonios en la pista. Mejor ve tú con tus amigas, yo te espero aquí. –Iván vio por fin la oportunidad de darse un respiro. Se aburría hasta a sí mismo hablando de los estudios, pero es que no sabía de qué otra cosa charlar con la cabeza hueca de Bárbara.

Pero Bebé no se movió de donde estaba: en ese momento vio a la Woodstock acercarse hasta la pista de baile y cruzar unas palabras con la pareja. La Woodstock no era otra que la señorita Ugarte, a la que los estudiantes la llamaban por ese mote no precisamente por ser la profesora de inglés, sino porque se daba un eterno aire de hippie rescatado de algún documental sobre el célebre festival de música celebrado en los sesenta. El caso es que varios profesores, entre ellos la señorita Ugarte, se habían

ofrecido como voluntarios para acudir al Manhattan y controlar a los estudiantes, para evitar que la fiesta se desbocara, que ingirieran alcohol o que hubiera cualquier pelea o altercado. A Bebé no le apetecía encontrarse con ella y que aireara por enésima vez sus malas notas, y menos delante de la Tomás. Estaba segura de que esa arpía vieja le tenía manía. Así que no le quedó otro remedio que quedarse junto Iván, mientras seguía maquinando otras maneras de poner celoso a Javi. No se daba por vencida. Si la fiesta resultaba un desastre, aún tenía todo el verano por delante para dejarse ver con Iván y que eso llegara a oídos de Javi. Intentó atacar por otro flanco

-Oye, ¿y qué haces este fin de semana? ¿Me llevas mañana a la playa con el coche nuevo?

-No puedo, Bárbara. Mañana he quedado para jugar al golf con los amigos de mi padre.

¡Arrrg! Bebé se desesperó. ¡Aquel chico estaba como un tren pero era un muermo! Se aburría soberanamente, no había podido beber ni un trago bajo la estricta vigilancia de Iván, mientras Javi parecía estar pasándoselo de lo lindo. Además se le acababa el tiempo. La fiesta pronto acabaría, Iván quería estar de vuelta a casa a la hora señalada porque ni se le ocurriría desobedecer a sus padres, y las consecuencias de no haber tomado cartas en el asunto podían ser graves. Era hora de volver con Javi. Que le dieran al descapotable, al hecho de que Iván era mayor e iba para médico, y hasta a sus padres, que estaban encantados con el chico. ¡Claro, no tenían que aguantarlo! Observó con alivio que la Woodstock ya había dejado a la parejita, y volvían a estar solos. Así que era ahora o nunca. Sin pensárselo dos veces, dejó a Iván plantado y se dirigió con paso firme a la pista de baile. Iván por fin respiró tranquilo. ¡Qué tía más engreída!

Minutos antes, Javi, por su parte, también había decidido pasar a la acción. Adela lo tenía hipnotizado con su conversación y su personalidad enigmática, pero no podían tirarse la noche hablando. Al fin y al cabo, tenía mucho tiempo para eso, y para conocerse más: todo un verano por delante. Pero una noche tan especial como aquella, con los dos tan elegantes, envueltos en la penumbra y en la música, quizá no se repetiría en mucho

tiempo.

-¡Vamos a bailar! –propuso, tomando de la mano a Adela.

-¿A bailar? Pero yo... yo no... -a Adela en un principio le horrorizó la idea. Su concepto de “bailar” era mover cómicamente los brazos mientras sentía que estaba haciendo un ridículo espantoso. Pero pronto se repuso. Al fin y al cabo aquella era la última noche rodeada de toda esa gente a la que probablemente no volvería a ver en su vida, no tenía nada que perder, y se lo estaba pidiendo nada menos que Javi: aquello era como un sueño. Y como en los sueños, se sentía libre y capaz de hacer cualquier cosa sin que nadie la juzgara y nada importara. Bailaría entonces, y daría lo mejor de sí misma. Tomó la mano que Javi le tendía, desplegó la mejor de sus sonrisas, y se dejó arrastrar al centro de la pista.

Intuyendo que Adela no tenía mucha experiencia en el baile, se dispuso a ayudarla.

-¡Tú sígueme a mi!

-¡¿Qué?! -Era difícil dejarse oír en esa parte del garito, así que Javi tuvo una idea mejor que desgañitarse a gritos. Volvió a tomar la mano de Adela y se la llevó al pecho. Adela, aunque cortada al principio, se dejó llevar. Bailar así, siguiendo el ritmo desbocado de los latidos de Javi, resultaba mucho más fácil que hacerlo al ritmo de la música. Se sintió torpe al principio, pero luego los pasos comenzaron a fluir por sí solos. ¿Lo estaría haciendo bien o estaría haciendo el ridículo como siempre? Javi pareció leer los pensamientos de esa mente insegura. Adela, lejos de parecer ridícula, como seguro que estaría pensando, resultaba encantadora. Decidió dar un paso más y hacerse oír de nuevo a gritos.

-¡Oye, ¿y qué haces este verano?

-¡¿Este verano?! ¿No lo sabes?

No, Javi no lo sabía, no tenía ni idea de qué podía estar hablando. De hecho, nadie salvo los profesores y Nuria, estaban al corriente de la excelente oportunidad que le había brindado una universidad norteamericana.

-¡Me voy a Estados Unidos en unos días!

Bueno, no era para tanto, calculó Javi. A la vuelta de lo que supuso unas vacaciones, podría retomar aquello que estaba comenzando con Adela.

-¡Qué bien! ¡¿Y cuántos días te vas?!

Javi no pudo interpretar la expresión de extrañeza que se dibujó en el rostro de Adela, que había aminorado los pasos de baile. Tampoco le dio tiempo a preguntar de qué iba todo aquello, ya que en ese preciso instante se acercó a ellos la Woodstock e interrumpió la conversación. La profesora había elegido un atuendo muy acorde con la razón que le había dado su mote. Normalmente vestía siempre prendas holgadas y de estampados florales, la melena le caía desgredada hasta mitad de la espalda y sentía predilección por los abalorios y pañuelos enormes que colgaban desordenadamente de su cuello. Por si fuera poco, propagaba siempre un mensaje de amor y fraternidad entre los estudiantes, que a pesar del mote y la tenían en realidad por una de sus profesoras predilectas. De hecho la Ugarte había sido en gran parte la responsable de la beca otorgada a Adela y se había encargado de organizar los trámites y el papeleo. En esa ocasión la Woodstock había elegido un vestido de terciopelo verde y mangas anchas, de corte medieval, que si bien no la favorecía lo más mínimo casaba a la perfección con los motivos que la habían ganado el apodo. La profesora se lanzó a hablar con entusiasmo no bien se aproximó a Adela:

-¡Si está aquí mi estudiante favorita! ¡Adela Tomás, y por lo que veo en la mejor de las compañías! Aprovecha, aprovecha, pásalo bien que en Estados Unidos eres menor de edad hasta los veintiuno y no podrás hacer estas cosas. ¡Y con lo que tendrás que estudiar! ¡Nada más que cinco años becada en una de las mejores universidades estadounidenses! ¡No sabes lo orgullosa que estoy! Bueno, eso, ¡a pasarlo bien, pareja! ¡Y cuidadito con el alcohol!

Javi se quedó de piedra mientras la profesora se alejaba dando cómicos pasitos de baile por la pista. ¿Había escuchado bien o había malinterpretado las palabras de la Woodstock por efecto de la música a todo volumen?

¡¿Cinco años?! De ser cierto, definitivamente sus planes con Adela no tenían ningún fundamento. Se sintió ridículo, haciendo castillos de aire y proyectos de futuro con alguien que se iría para siempre en apenas unos días. ¿En qué

había estado pensando? Definitivamente, había caído embozado presa de una especie de hechizo. La noche, la fiesta, Adela tan guapa, la novedad de todo aquello... para acabar tirado como una colilla. Aquello no tenía sentido. Qué idiota había sido.

Adela notó preocupada que a Javi le había mudado el rostro y que algo le pasaba. No podía imaginar que mientras habían estado hablando, Javi se había planteado algo serio con ella. Había logrado desenterrar a Bebé de su corazón para hacerle cabida a Adela, con todo el tiempo del mundo por delante. Era obvio que sí, habían congeniado, pero estaba convencida de que, como todo lo bueno, aquello duraría poco. Como le pasara a Cenicienta, a las doce el sueño se rompería: todo volvería a la normalidad, Javi regresaría junto a Bebé y ella haría las maletas. ¿Por qué entonces el aire sombrío de Javi al descubrir que se marchaba a Estados Unidos? Aquello no auguraba nada bueno, algo iba mal, ¿pero qué?

Adela no tuvo tiempo ni de responderse a esa pregunta ni de preguntarle directamente a Javi qué le pasaba: en ese momento, como salida de la nada, Bebé se materializó ante ellos. Los dos estaban tan absortos en sus pensamientos que no la habían visto venir. Lucía radiante, guapísima en un increíble vestido blanco que se ajustaba sensualmente a su cuerpo. De repente Adela se sintió vulgar, ridícula en aquel vestido negro sacado de otra época, y grotesca con aquellas botazas que no pegaban con nada: ¿en qué estaría pensando cuando las eligió? Recordó que ni siquiera se había quitado las gafas; debería haber escuchado a Nuria, y ya de paso haberse puesto algo más de maquillaje. Bueno, daba igual: hiciera lo que hiciera nunca podría competir con la belleza de Bebé. Javi debía de estar pensando lo mismo, porque parecía impactado ante la visión de Bebé.

-¡Hola Javi! ¡Pero qué guapísimo estás! –Bebé, que solo tenía ojos para él, ignoró descaradamente a su acompañante.

-¡Bá-Bárbara! ¡no te había visto venir. Tú estás... increíble.

-Ya, bueno, lo que tenía en el armario. ¿Qué? ¿Te vienes?

-¿Pero tú no habías venido con Iván?

-Bah, solo me ha traído hasta aquí, pero creo que ya se va... mira, creo que todo fue un malentendido

-mintió descaradamente- ¡Cómo no iba a querer aceptar tu invitación! –en ese momento miró despectivamente a Adela, esperando quizá una reacción, pero Adela estaba desarmada, totalmente impotente.

Javi pareció querer decir algo, plantarle cara a Bebé –o eso esperaba Adela- pero su reacción duró apenas un segundo. Lo que tardó en repetirse a sí mismo otra vez que lo de Adela había sido un error, que ella había ido con él por no tener otra propuesta, y que ella tendría la mente y la ilusión puestas en su viaje inminente. No esperó más y le dio la espalda a Adela, sin saber que la desilusión le calaba más allá de su precioso vestido negro y le llegaba hasta los huesos.

-¡Vamos! –tomó la mano de Bebé y se alejó por la pista de baile.

Y allí quedó Adela, en el lugar que más odiaba, el centro de todo, y lo que era peor, sabiéndose sola, engañada, decepcionada, y con el corazón roto.



# DIEZ AÑOS DESPUÉS

# 1.

Lila intentaba matar el tiempo revisando los casos de sus pacientes más problemáticos. Su última pareja de pacientes del día acababa de cancelar su cita por teléfono y ahora disponía de sesenta minutos por delante sin nada que hacer. Se trataba de una pareja que llevaba más de veinte años casada y con cuatro hijos. El último de ellos que quedaba por independizarse acababa de dejar el hogar para irse a estudiar fuera. Paradójicamente, ahora que el matrimonio disponía de más tiempo para dedicarse el uno al otro, era cuando estaban saliendo a relucir los problemas: apatía, aburrimiento, desinterés. Lila sabía no obstante que se trataba de un caso muy común, y que con la atención necesaria la pareja superaría sin dificultad la pequeña crisis por la que estaba pasando. Lila podría haberse ido a casa: no solo aquella última sesión cancelada era la última del día, sino que ella era su propia jefa y podía disponer del tiempo como quisiera. Pero prefirió quedarse en la consulta por si había otro cambio inesperado; además Marc, su secretario, todavía le tenía que pasar la lista de consultas del día siguiente, y a Lila le gustaba dejar su horario establecido con antelación.

Pasó distraídamente la mirada por los objetos que decoraban la estancia, algunos de ellos pequeños recuerdos y tesoros personales; otros, artículos comprados con prisas (había abierto la consulta hacía tan solo unos meses) en un intento de llenar huecos, quitarle a la habitación el aire frío e impersonal de un ámbito clínico, y hacerla más cálida y acogedora para los pacientes. Sus ojos toparon con la única foto que tenía en el escritorio: una instantánea tomada con el móvil de su madre una de las últimas noches que pasó en casa antes de irse a estudiar a Estados Unidos. En ella se veía a una madre sonriente, orgullosa de su hija, y a una adolescente insegura que intentaba sonreír a la cámara, elegantemente ataviada con un vestido negro. Fue la noche de la fiesta de graduación del instituto, una noche nefasta para ella. A Lila le costaba ahora reconocer a la jovencita que la miraba desde el reducto del marco y prefirió no detenerse a recordar una época de su vida que le trajo más sinsabores que alegrías: el divorcio de sus padres, la experiencia insulsa en el instituto, la incertidumbre de tener que dejar el

refugio de su hogar y el ámbito conocido, y sobre todo aquella noche en particular en la que experimentó por primera vez en carne propia el dolor del desengaño amoroso.

Retiró la mirada de la fotografía, tomada precisamente por el chico que le había roto el corazón, y se distrajo con la pared a sus espaldas, donde había otros dos objetos que entonces sí, la evadieron a una época más alegre y reciente. El primero era un título en psicología por una prestigiosa universidad norteamericana. Pero era el segundo del que se sentía más orgullosa: otro título, otorgado por la misma universidad, en el que se leía en inglés “Lila Alvarado. Máster en terapia sexual y de pareja”. Al fin y al cabo gracias a ese título estaba ejerciendo la profesión que más le gustaba, se sentía útil pudiendo ayudar a parejas que atravesaban momentos difíciles y, sobre todo, había podido regresar a su país y a su ciudad para incorporarse sin problema al difícil mercado laboral. Aquel título le había abierto muchas puertas. Pensó divertida que la parte más difícil para obtenerlo no fue el esfuerzo, las largas horas de estudio, los difíciles trabajos de investigación a lo largo de los años, sino conseguir que los funcionarios aceptaran lo del cambio de nombre. Toda una odisea repleta de baches, trámites insuperables y agotador papeleo. Aunque, llegado el momento, se había mostrado obstinada en su deseo del cambio de nombre, lo cierto es que aquello había comenzado como un accidente ajeno a su voluntad. Primero fue su apellido: nada más llegar a Estados Unidos le quedó patente que lo de tener dos apellidos, el paterno y el materno, era algo que no se entendía bien en la cultura norteamericana. Más si cabe teniendo en cuenta que su primer apellido, Tomás, era también un nombre propio equivalente al “Thomas” anglosajón. Lila ya no recordaba la de veces que tuvo que detenerse en complicadas explicaciones a funcionarios de aduanas e inmigración, miembros del cuerpo docente, e incluso sus primeros amigos, para dejar claro que aquel Tomás no era parte de su nombre de pila (todos asumían que Adela Tomás era un nombre compuesto), sino el primero de sus dos apellidos. Así que en cuanto tuvo la oportunidad, al poco de pisar suelo estadounidense y cansada de malentendidos, se deshizo del apellido de un plumazo y adoptó como único Alvarado, el de su madre. El cambio, además

del indudable aspecto práctico, tenía también un valor simbólico. Al deshacerse del “Tomás” le había dicho definitivamente adiós a su padre, un hombre cobarde que las había abandonado a ella y a su madre a la primera de cambio, en una época inestable de su vida cuando más necesitaba su apoyo. Había reivindicado así a la figura de su madre, a Isabel Alvarado, una mujer, a diferencia de Julio Tomás, valiente y fuerte, que la había sacado adelante y le había dado todo. Tenía más lógica, por tanto, que llevara exclusivamente su apellido. Pero había algo más, un simbolismo más sutil que el simple protagonismo de la madre sobre el padre. Lila estaba reivindicándose a sí misma como mujer, como mujer soltera, sola y satisfecha consigo misma, que había dicho adiós a la compañía masculina por lo que de momento parecía presentarse como una larga temporada; en otras palabras, pasaba olímpicamente de tener pareja.

Por lo tanto, no dejaba de ser paradójico que se dedicara precisamente a ofrecer terapia de parejas en su consulta recién estrenada, y que encima le estuviera yendo razonablemente bien. Sus relaciones con el sexo opuesto se habían limitado a varios noviazgos esporádicos, nada serio, parejas informales durante los años de carrera en Estados Unidos, y ninguna de esas relaciones había durado más de unos pocos meses. Jamás se había planteado un futuro en común con ninguno de aquellos chicos, y la palabra “boda” le sonaba lejana e irreal, ajena a lo que ella era como persona. Pero es que al fin y al cabo las parejas a las que trataba ahora precisaban de un ojo clínico y objetivo, que no se involucrara en sus situaciones identificándolas con sus propias experiencias pasadas ni tomando partido. Al fin y al cabo, ¿no ofrecían los curas catequesis prematrimonial a las parejas antes de su boda? Bien, pues era algo parecido. Además, se sentía satisfecha de saber que con todos sus ex novios había terminado bien, las rupturas no habían sido nunca dolorosas o dramáticas, y de hecho seguía teniendo contacto (por medio de emails o esporádicas llamadas telefónicas) con algunos de ellos. Lila era una persona razonable, diplomática y comprensiva, aunque quizá la ausencia de dolor a la hora de acabar una relación se debiera a que nunca había estado realmente enamorada, y por eso, cortar con alguien resultaba fácil y terapéutico. En todos estos años no había sentido las famosas mariposas en

el estómago propias de quien acaba de conocer a alguien que le gusta y por que siente intrigado, ni el vértigo del enamoramiento, ni la ilusión que sí había experimentado una sola vez, hacía muchos años, precisamente la misma noche en que había sido tomada esa fotografía que ahora lucía sobre su mesa: quizá un recordatorio subconsciente de que la ilusión del amor existía, y algún día volvería a sentirlo en carne propia. No, mejor no: aquello había acabado muy mal. Aquello sí había dolido. Era mejor no pensar en eso.

Así que volvió a mirar los títulos universitarios y pensó en su nombre, “Lila”, un nombre que tanto le gustaba, y que de hecho le debía a una de aquellas relaciones cortas, fáciles e indoloras que había mantenido al poco de pisar suelo estadounidense. La gente con la que Lila había comenzado a relacionarse por aquel entonces tenía dificultad en pronunciar su nombre a la manera española, y automáticamente optaban por usar la versión francesa, “Adele”, que quizá sintieran menos extraña y más familiar. James, un chico despierto y simpático con el que había tenido unas cuantas citas, fue el que tuvo la genial idea de acortarlo y transformarlo en “Lila”, mucho más sencillo de pronunciar. A Adela le gustó la sonoridad de aquel nuevo nombre de pila y lo adoptó de inmediato. Además, la unión con su apellido materno, “Alvarado”, hasta tenía cierta cadencia musical con la que estaba encantada. Fue muy fácil adaptarse a aquel nuevo nombre, y que los demás también lo usaran, muchos de ellos ignorando que Lila contaba con una identidad diferente. Lo de adoptarlo de forma oficial, en títulos, permisos y documentos oficiales, fue mucho más complicado, pero finalmente también se salió con la suya. El cambio de nombre llevó consigo cierta liberación, una transformación en su personalidad hasta entonces retraída y solitaria, e incluso una metamorfosis en su físico, aunque eso de dio de forma mucho más gradual y a lo largo de los años. Lila era una mujer muy diferente a la tímida Adela de la fotografía.

Lila notó que estaba muy distraída, así que encendió el ordenador con el firme propósito de revisar algunos expedientes médicos que tenía pendientes. Pero pronto se distrajo de nuevo, y se descubrió a sí misma

abriendo la página de Facebook y ojeando (o fisgoneando), como solía hacer en las contadas veces en que la invadía la melancolía, la página personal de Nuria, su querida y alocada amiga. Desde que Lila se marchara a Estados Unidos habían mantenido poro contacto: al principio abundaban los emails y las llamadas a horas intempestivas, pero podo a poco, conforme pasó el tiempo y cada amiga se entregaba más a sus responsabilidades, fueron paulatinamente esparciéndose en el tiempo. Lila y Punky habían seguido caminos diferentes, tenían gustos dispares, más opuestos si cabe que cuando eran uña y carne en el instituto. Desde luego a su amiga no le había do nada mal: tras estudiar cosmetología y hacer varios cursos más, había logrado su sueño de tener una marca propia de productos para el pelo: espumas, máscaras, lacas, y sobre todo, tintes en la gama de colores más diversa y escandalosa, lo cual le había ganado una amplia cartera de clientes. El nombre de la marca no podía ser otro que “Punky”, y se podía encontrar en muchas tiendas especializadas y en los salones más alternativos. Además, Punky se había convertido en todo un fenómeno en las redes sociales: tenía miles de seguidores en Instagram y hasta su propio canal en Youtube, donde ofrecía tutoriales sobre cómo hacerse complicados peinados, cómo realizar cortes de pelo específicos o cómo maquillarse según la ocasión. La página de Facebook era la reservada para publicar cosas más personales, viajes de placer o de promoción, encuentros con amigos, cambios personales de imagen o hasta la adición de un nuevo tatuaje, a los que Punky, tal y como había pronosticado Lila, se había hecho adicta. Su amiga había comenzado con una ristra de estrellas de colores en el brazo derecho, hacía ya varios años. A ellas se habían sumado poco después dos golondrinas en el escote, justo sobre el pecho. Más tatuajes de pequeño tamaño ahora en el brazo izquierdo. Vuelta al derecho y al hombro del mismo lado, con una flores de loto de tamaño considerable. Peces koi en el vientre. La última adición había sido sin duda la más grande y llamativa: un enorme dragón rojo y púrpura que le cruzaba la espalda. Sí, sin duda los gustos de Punky y Lila (que ahora vestida de manera sofisticada, pero sin llamar la atención, y no se haría un tatuaje ni loca) eran muy dispersos, también en lo que a parejas se refería. Cada vez que Punky salía con alguien nuevo, publicaba un montón de fotos

en compañía del pretendiente en cuestión, que cambiaba a los pocos meses. Aunque todo sea dicho y en opinión de cualquiera que viera las fotografías, todos aquellos chicos parecían clones. Punky parecía tener un estereotipo muy marcado de hombre ideal: tipos grandes y musculosos, desaliñados, tan o más tatuados que ella, y en definitiva con pinta de ser estrellas del rock. Los ex novios de Lila, por otro lado, habían sido invariablemente universitarios, compañeros de carrera, chicos formales que hubieran temblado en la presencia de cualquiera de los tipos duros de los que le gustaba rodearse a Punky.

El distanciamiento entre las dos amigas, además de por sus personalidades y preferencias tan dispares, se había acentuado simplemente por el paso del tiempo, que todo lo erosiona y lo corroe. Desde que Lila se había instalado en la ciudad no se habían vuelto a ver ni habían hablado por teléfono. Lila por una lado tenía ganas de verla, pero por otro lado la desarmaban la pereza y la duda: llegado el caso de un encuentro se temía que ambas no sabrían de qué hablar o qué hacer juntas. ¿Ir a algún concierto de rock alternativo? Ni hablar. ¿A una exposición, como a ella le gustaría? Punky se negaría en redondo. ¿De compras? Entrarían en tiendas diferentes. Aunque pensándolo bien, aunque los caminos de Punky y ella misma habían sido muy dispares, habían llegado más o menos al mismo punto: ambas era mujeres ambiciosas y eficientes que habían logrado el éxito profesional y habían alcanzado las metas que se habían propuesto, y ninguna de las dos había alcanzado la estabilidad en el terreno amoroso. Quizá quedar y compartir experiencias no sería tan mala idea al fin y al cabo. ¿Un simple café, quizá...?

El sonido del interfono distrajo a Lila de sus cavilaciones. Era Marc, su secretario.

-Lila, cariño, que te tengo la lista de pacientes para mañana. ¿Te la paso ahora?

-Sí, claro, no estoy haciendo nada.

En el intervalo de tiempo mientras Marc se desplazaba desde la recepción a la consulta, Lila sacó un pequeño espejo del cajón de su escritorio para atusarse el pelo y comprobar su aspecto. Cómo había cambiado desde el

instituto, se dijo, comparando los rostros de la fotografía y el que le devolvía ahora el espejito. Años atrás se había desecho definitivamente de las gafas, reemplazándolas por lentes de contacto, así como del pesado flequillo que le rozaba las pestañas. Lucía ahora una melenita corta, por encima de los hombros, varios tonos más clara, y con unas suaves ondulaciones que le enmarcaban el rostro. Usaba maquillaje pero de forma muy discreta, acentuando las largas pestañas y los pómulos, sobre los que solía aplicar una fina capa de colorete. Su vestimenta era lo que había sufrido un cambio más radical, y la mejora era evidente. Ahora usaba tacones y discretas plataformas, faldas vaporosas o de pitillo, y blusas de tejidos delicados y estampados inocentes; un aire ciertamente retro del que se había enamorado la ocasión que ella y su madre pasaron una tarde inmersas en el armario de Pura, y que desde entonces había intentado adoptar para sí misma.

Marc irrumpió en la consulta sin molestarse en llamar, como era su costumbre:

-Espejito espejito mágico, que sí, que estás monísima, ¿vas a salir?

Lila rio con el comentario de Marc y volvió a guardar el espejo en sus sitio. Qué haría sin él. Marc en pocos meses se había convertido no solo en un secretario eficiente, sino en su mejor amigo. Su presencia le era imprescindible. Por su inestimable ayuda en la consulta, pero sobre todo porque su sola compañía era siempre un bálsamo y le alegraba el día no bien entraba por la puerta cada mañana.

-Qué va, bobo, anda, pásame la lista, que ya estoy lista para salir.

-Vale, yo mientras voy recogiendo.

Marc abandonó la estancia y Lila se concentró en la lista de pacientes para la siguiente jornada. Observó satisfecha que no tenía ni un hueco libre, tan solo la hora estipulada del almuerzo. La mayoría eran pacientes solos o parejas que ya habían iniciado el tratamiento con ella. Solo había dos pacientes nuevos, que Marc marcaba con una N para resaltarlos. Si el paciente en cuestión había facilitado algo de información sobre el motivo de la consulta, Marc lo anotaba escuetamente en el margen: problemas tras infidelidad, fuertes conflictos de pareja, promiscuidad, celos, cosas por el estilo. Esto le



ayudaba a Adela a estar mínimamente preparada antes de cada nueva consulta. Por supuesto la información era confidencial y el paciente en potencia no estaba obligado a decirle nada a Marc, por lo que la mayoría de las veces no había ninguna anotación y Adela debía conformarse con la N como toda información. La primera paciente nueva tenía su cita justo después del almuerzo: “incapacidad de compromiso”, rezaba la caligrafía de Marc. El otro paciente nuevo tenía hueco a última hora del día. Lila leyó el nombre. Sus ojos se quedaron paralizados ante aquellas letras garabateadas por su secretario, y su cuerpo rígido, producto del estupor. “Javier Cortés. N”, rezaba la anotación de Marc. No podía ser. Simplemente, no podía ser. ¿Javier Cortés? ¿Javi? ¿El Javi que le rompió el corazón hacía ya diez años? Tenía que ser un error. Pero los errores, en el sensato, medido y contenido mundo de Lila, otrora Adela Tomás, simplemente no existían.

## 2.

A ver, se dijo Lila intentando calmarse, no es que tuviera que ser un error propiamente dicho. Marc nunca se hubiera equivocado tomando nota a los pacientes. Estaba segura de que el paciente era Javier Cortés, o sea, *se llamaba* Javier Cortés. ¿Pero cuántos Javier Cortés habría en la ciudad, o en el país, ya puestos? Javier era un nombre muy común. Habría miles y miles solo en la ciudad. El apellido Cortés quizá no tanto, pero también. La combinación de ambos, en fin, cómo saberlo, pero quizá superara la decena. Pues ahí lo tenía: solo había una posibilidad entre diez de que el tal Javier Cortés fuera *su* Javier Cortés. ¿Pero qué disparates andaba pensando? Esas cábalas no tenían ni pies ni cabeza, y estaba claro que quedarse ahí como un pasmarote no le iba a proporcionar ninguna respuesta. Salió rauda de la consulta y se dirigió a la recepción, donde Marc estaba colocando sus enseres en una carísima cartera italiana de piel. Lila se preguntaba cómo se las ingeniaba su secretario para permitirse esos gustos exquisitos, pero ahora no estaba para eso.

-Marc, cariño, el último paciente del día, ¿hizo la consulta en persona o por teléfono?

-Mmm... por teléfono, creo. Si no lo recordaría. Ya sabes que a los pacientes masculinos que pisan esta consulta los tengo a todos fichados y catalogados –le guiñó un ojo pícaramente a su jefa.

Este Marc no tenía remedio. Lila intentó sonsacarle más información, pero preguntarle cómo tenía la voz sería una estupidez. ¿Qué iba a responder Marc? ¿Que por su tono firme y varonil estaba seguro de que era el mismo Javier que la había dejado plantada, humillada y confundida, hacía diez años?

-Y... ¿y no te ha dado ningún dato más?

-Pues no, cielo. Ya sabes que lo habría apuntado junto a la N de nuevo. Como tú misma me enseñaste –añadió con cierto rentintín.- ¿Pero por qué tanto interés en ese paciente? ¿Lo conoces?

Lila no pudo mentir:

-Creo que sí.

-Uy qué emoción. Qué intriga. ¿Alguna aventura pasajera? ¿Una tórrida relación de la que deba estar al corriente? Por motivos puramente profesionales, por supuesto.

-No, no, qué va... -Lila no estaba para muchas bromas.- Compañero del instituto. -Eso tampoco era mentira. Era una verdad a medias.

-Ah, de cuando eras la empollona con gafas. Si te preocupa que te reconozca, no lo hagas. Por las fotos que me has enseñado, ahora no te reconocería ni tu santa madre. ¿Por cierto, cómo está?

A Lila la tomó el súbito giro de conversación la tomó desprevenida.

-¿Mi madre? Pues estupendamente, de hecho ahora está en la playa con unas amigas.

-Esa sí que sabe. Seguro que liga más que tú. A ver si aprendes de ella.

Lila prefirió no seguir por esos derroteros. Volvió a encauzar la conversación por el tema que le interesaba:

-Oye, ¿y no te ha dicho por qué quiere consulta? ¿ni una pista? ¿nada? ¿te ha dicho si me conoce? ¿si es por eso por lo que viene? ¿lo has notado raro al teléfono? ¿entusiasmado? ¿preocupado?...

-Lila, Lila, para el carro. Qué pesadita, hija, que no: ya sabes que si hubiera dicho algo, o si yo hubiera notado con los súper poderes extrasensoriales que tengo, lo hubiera anotado al margen. Que soy un secretario muy eficiente, aunque con lo que pagas cualquiera diría que...

-Vale, vale, lo pillo.

-Ya le preguntarás tú mañana por qué tiene tanto interés en verte después de tantos años.

-Si es que se trata del mismo Javier Cortés, claro.

-Pues para eso tendremos que esperar hasta mañana. ¿Se te ofrece algo más, señorita Inquisición? Yo salgo ya...

-Nada más, cariño. Te puedes ir a casa.

-¿A casa? A casa ni loco. He quedado con la *Groupe* al completo. Hay un

concurso de drags en el Malvarosa y no me lo perdería ni loca.

La “Groupe” era el término con el que Marc se refería a su grupo de amigos, y el Malvarosa, el local de moda entre la comunidad gay. Marc parecía vivir entre allí y la consulta. Lila se preguntaba a menudo por qué tendría alquilado un piso, si lo cierto es que ni lo pisaba.

-Por cierto, creo que viene un amigo de un amigo, hetero, con el que podrías hacer buenas migas... Es médico, como tú, pero este es los que te cura el cuerpo. –Marc hizo un sensual contoneo de caderas y Lila rompió a reír a carcajadas.- Lo digo por si cambias de planes y no te vas a casa y decides hacer algo más productivo con tu vida que enfrascarte en esos casos tan retorcidos de infidelidades, impotencia sexual y ...

-No empieces, Marc, no empieces. Has intentado mil veces emparejarme, y te lo agradezco, pero yo...

-No me lo digas: te vas a casa a darle de comer a los gatos, ponerte la bata y atiborrarte a helado viendo un culebrón.

-¡No seas payaso! ¡Si ni siquiera tengo gato!

-Tiempo al tiempo, bonita. Tiempo al tiempo. –Marc cogió la cartera de piel último modelo, y marchó rumbo al ascensor.- ¡Hasta mañana!

Lila se quedó en la recepción, y en su mente se formó la imagen desconsoladora de ella misma en el futuro: vieja, sola y rodeada de gatos. Sintió un escalofrío y corrió a coger su bolso para salir de la consulta. Se sentía confundida, y lo único que tenía claro es que no obtendría ninguna respuesta quedándose allí hasta tarde y dejándose llevar por fantasías funestas. Tendría que esperar hasta mañana a última hora. En eso Marc tenía razón. ¿O no? Movida por el instinto, tomó su móvil, buscó un número que no usaba en años y sin pensárselo dos veces llamó.

-¿Nuria? Necesito verte urgentemente.

A Punky, al otro lado de la línea, no le hizo falta que su amiga se identificara. Era la única persona del mundo, aparte de sus padres, que la seguía llamando por su verdadero nombre. Tampoco le pidió más explicaciones.

-A las ocho. Donde siempre.

### 3.

Lila se sintió como una idiota mientras se aproximaba al punto de encuentro con su antigua amiga. ¿Cómo na haber caído en que se podían haber citado en el lugar de siempre? La duda y la pereza la habían paralizado durante todos esos años, con lo sencillo que hubiera resultado. Y ahora tenía que venir Javi, fuera o no el Javi que ambas conocían, para posibilitar un encuentro. “El lugar de siempre” no era otro que un sencillo kiosko a la entrada del parque principal, donde se servían refrescos, y donde Punky y Adela solían acudir a menudo en cuanto tuvieron edad de salir solas de casa. El lugar, para alivio de Lila, no había cambiado en absoluto. Una pequeña estructura abovedada bajo la que un camarero parecía aburrirse soberanamente y unas cuantas mesas y sillas metálicas esparcidas por aquí y por allá a la sombra de los árboles y a buen resguardo del sol, que ya empezaba a apretar a comienzos de verano. El lugar estaba vacío, salvo por una figura que sorbía cerveza en la silla más alejada, lucía unas larguísimas rastas pelirrojas y se cubría el rostro con una enormes gafas de sol. Con o sin el llamativo atuendo, Lila la hubiera reconocido entre un millón.

-¡Nuria!

-¡Adela!- a medida que Lila se aproximaba trotando, Punky se incorporó y se apresuró a recibir a su amiga con un gran abrazo.

-¡Adela! ¡Qué alegría! ¡Y qué guapa estás rubia!

Punky, que había sido testigo parcial del paulatino cambio de su amiga, se había perdido la transición entre la melena oscura y el nuevo corte moderno y de un tono mucho más claro, sin duda más favorecedor.

-Bueno, no es uno de tus colores, ni de tus estilos, pero es lo que hay...

-¡Ni falta que te hace! De verdad, estás preciosa. Yo ya ves, ¡igualita! – Punky se llevó las manos a los senos y los apretó, como para confirmar que, en efecto, aquella parte de su anatomía no había variado –ni aumentado- en absoluto.

-Es verdad que no has cambiado, tonta, y no sabes cómo me alegro – confirmó Lila entre carcajadas.

Por supuesto Lila no se refería al pecho de su amiga, ni tampoco a su aspecto físico. De hecho Punky estaba mejor que nunca. Ya no tenía el aire excesivamente aniñado de la época del instituto. Su indumentaria y peinado, si bien seguían siendo muy vistosos (además de las rastas, lucía en esta ocasión unos pantalones exageradamente acampanados, una camiseta de rayas multicolores y un bolso de dimensiones desproporcionadas), no resultaban tan chocantes. Tras años de experimentación la mejor amiga de Lila era una mujer a gusto con su propia piel, y eso se percibía. Pero a lo que Lila se refería al decir que su amiga no había cambiado era al hecho de que Punky, como siempre, tenía la capacidad de responder al llamado de su Adela bajo cualquier circunstancia, y de arrancarle una sonrisa con solo unas palabras. También Punky interpretó así las palabras de su amiga sin necesidad de más explicaciones.

Las dos tomaron asiento y Lila se pidió una cerveza para acompañar a su amiga. Brindaron entre risas:

-Esto no lo hacíamos en el instituto, ¿eh?

-Alguna ventaja tenía que tener hacerse vieja.

-Oye, vieja lo serás tú. Yo me siento... en la flor de la vida.

-Para flores las que llevas tatuadas, te he seguido en Facebook y me sé todos tus tatuajes. ¿Te dolió?

-Bah, un cosquilleo. Ya sabes que soy de acero. ¡Oye! ¡Si quieres nos hacemos el próximo juntas!

¡Sería un puntazo! —Punky parecía realmente ilusionada con la idea.

-Errr... no sé yo...

-Bueno, piénsalo, no hay prisa. Pero oye, cuenta, cuenta, ¿por qué querías verme con tanta urgencia?

—en el rostro de Punky se leyó súbitamente la alarma.- ¿No le habrá pasado algo a tu madre?

-No, qué va, tranquila, si está en la playa, con unas amigas.

-¿Tu padre entonces?

-De ese hace años que no sé nada —en la palabras de Lila se percibía una

nota de amargura, y Punky prefirió no seguir por esos derroteros.

-Pues tú dirás.

Lila prefirió no andarse por las ramas.

-¿Te acuerdas de Javi Cortés?

-¿Javi? Si te refieres a Javi el guaperas, el archi perfecto Javi, el príncipe azul que las tenía a todas babeando y que a ti te jodió la vida una temporadita, y que por si fuera poco, pretendía emparejarme con el friki de su amigo: sí, me acuerdo. Perfectamente.

Ahora la rencorosa era Punky. Lila pensaba que el desaire de Javi hacía diez años le había dolido más a su amiga que a ella misma. Punky, implacable como siempre, no toleraba que alguien causara el mínimo daño a su Adela.

-¿Qué pasa, lo has visto? –preguntó Punky, sin demasiado interés.

-No exactamente.

-¿Entonces?

-A ver, un tal Javi Cortés ha hecho cita en mi consulta para mañana a última hora. No ha dado más explicaciones y no ha venido en persona, con lo que Marc, mi secretario, no lo ha visto. Y nada, no sé, se me ocurrió que tú, como has estado aquí todos estos años, igual sabías qué ha sido de su vida. Así yo podría saber si se trata realmente de él antes de la consulta.

-Pues siento decepcionarte, pero no he sabido nada en absoluto. No es el tipo de hombre que me interese precisamente. Tampoco creo que nos movamos en los mismos círculos sociales, ya me entiendes...

-¿Crees que seguirá con Bebé?

-No me extrañaría. Ambos estaban hechos el uno para el otro. Igual de egoístas y superficiales.

-Bebé era muy guapa.

-No te lo niego, guapísima. Y más tonta que un botijo. Venga ya, no me vengas tú con esas. ¿Qué pasó con lo de “la belleza está en el interior” y todas esas cursiladas que decías? ¿Se te olvidaron cuando te teñiste de rubia?

Lila rio con ganas. Aunque, por otro lado, daría cualquier cosa por



poder mirar por un hipotético agujerito y ver qué le había deparado el tiempo a la chica más popular del instituto. Punky siguió cavilando en voz alta:

-No sé, me extraña que tu misterioso paciente sea Javi. ¿A cuento de qué iba a tener problemas sentimentales el perfecto don Juan del instituto? Eso nunca lo hubiéramos augurado. ¿Tanto habrá cambiado?

Esa era una buena pregunta. Ambas amigas, sin compartir sus pensamientos, intentaron visualizar al Javi actual e imaginar cómo se habría desarrollado su vida hasta el momento. Ambas, por separado, llegaron a la conclusión de que hoy en día Javi sería un triunfador. No podía ser de otra manera.

Punky tocó entonces el punto vital de la conversación:

-Y qué pasa, ¿te preocupa que te reconozca? En realidad sería lo mejor: te debe una buena disculpa y un par de explicaciones, y ya lleva diez años de retraso.

-Preferiría que no me reconociera. Sería muy incómodo para los dos, y yo no podría darle el tratamiento que necesita, del tipo que sea. Sería la primera vez que pierdo a un paciente en la primera consulta.

-Qué profesional. ¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Ponerte una bolsa en la cabeza? ¿Atenderlo desde debajo de la mesa?

-No seas boba. ¿Y se me haces un *make over* de esos que das en Youtube? Un camuflaje perfecto.

-No te preocupes que no te hace falta: no te reconocerá. Si no te ha visto en todos estos años, como... como la mariposa que sale de la crisálida. O del capullo, no lo tengo muy claro. Aunque aquí el único capullo es Javi.

-Mira que eres bruta.

-Y eso por no hablar del cambio de nombre, menudo puntazo, bonita. Aunque yo no me acostumbro.

Para mí serás siempre Adela.

-Y tú para mí Nuria.

-Me gusta más Punky. A ver si nos enteramos.

-Y a mí me gusta más Lila.

-Bueno, nos guardamos las dos el secreto de nuestros nombre.

-Y mientras tanto a ver si nos acostumbramos a usar los otros, que llevamos años de retraso.

Punky retomó el hilo de la conversación:

-Si no te reconoce, deberías decirle quién eres. Así, de sopetón. Esconderse es de cobardes. Y tú no lo eres.

-Bueno, no nos precipitemos. Seguramente no será él.

-Seguramente.

Ambas guardaron silencio. En el fondo sabían que había muchas posibilidades de que se tratara de la misma persona, y en realidad las dos sentían una extraña mezcla de ilusión y temor, a partes iguales.

Pero pronto Punky, valiente como siempre, dejó el resquemor de un lado y arremetió de nuevo:

-¿Sabes? Yo me alegraría de que supiera quién eres. Y que vea que ahora estás hecha un cañón. Y lo bien que te han ido las cosas desde que te fuiste a Estados Unidos. ¡Que se arrepienta el muy estúpido de haberte dejado plantada!

Llevada por el ímpetu, apuró su cerveza y la dejó con firmeza sobre la mesa. El ruido del cristal contra el metal provocó que el camarero girara la cabeza. Lila pensaba que si por Punky fuera, sometería a Javi a una tortura china para expiar sus pecados. A él y seguramente a gran parte de la población masculina. ¿Pero ella? ¿Ella qué haría? ¿Qué iba a hacer mañana si se veía cara a cara con el que había sido su antiguo amor imposible? Mejor no pensar más sobre el asunto.

-Venga, ya está. Asunto zanjado. Ahora no vamos a resolver nada. Mañana saldremos de dudas.

-Y me llamas y me cuentas en cuanto el paciente misterioso salga de tu consulta.

-Hecho. Bueno, y ahora cuéntame tú. Si los hombres “tipo Javi” no te interesan, ¿cuál es tu tipo ideal?

-Mmm, déjame ver...

A partir de ahí, las dos amigas dejaron definitivamente a un lado el motivo que las había llevado a reunirse y se enfrascaron en una conversación sobre el éxito laboral de Punky, cuya marca iba viento en popa y cuyos seguidores aumentaban día a día como la espuma, sobre la consulta recién estrenada de Lila, sobre antiguos amigos y conocidos y el paradero de cada uno de ellos, sobre sus familias, y sobre todo, sobre las numerosas parejas de Punky. Eso dio tema de conversación por varias horas. En ese aspecto a Punky le había ido igual de bien, o de mal, que a Lila. Punky tenía un prototipo de hombre perfecto muy específico, que había intentado encontrar en una sucesión de relaciones, todas infructuosas. Artistas atormentados, fotógrafos controversiales, cantantes de rock en ciernes, tatuadores, dueños de bares, hombres de los que desconocía su profesión pero rodeados de una irresistible aura de misterio... el resultado, antes o después, había sido siempre el mismo: una relación nefasta que había acabado con una Punky desengañada y una ruptura más o menos dramática. Ahora Punky, sospechando que quizá la responsabilidad de tanta relación desastrosa fuera suya, se estaba tomando unas “vacaciones” sentimentales: no tenía pareja ni interés en buscarla. Había descubierto que la soledad también era un bálsamo y simplemente disfrutaba de su recién estrenada libertad. Varias horas y varias cervezas más tarde, y ya de noche cerrada, las dos amigas se despidieron con la promesa no solo de llamarse al día siguiente, sino de quedar regularmente en adelante. Tras el impacto inicial de verse tras tantos años (las dos tan cambiadas; en realidad, tan mejoradas) ambas se habían sentido como siempre, como las dos niñas que habían sido hacía años, refugiadas en su propio mundo, donde solo su especial amistad y complicidad tenía cabida. Una cosa les había quedado clara: no haberse visto en tantos años había sido un error imperdonable, y a partir de esa noche iban a comenzar a remediarlo.

## 4.

Lila despertó con un terrible dolor de cabeza. No estaba acostumbrada a traspasar ni a excederse con el alcohol. Le había costado seguir el ritmo de Punky, que ingería cerveza tras cerveza como si fuera agua mineral con gas. Tras tantos años, su amiga seguía siendo definitivamente la misma: se metiera lo que se metiera entre pecho y espalda, estaba hecha un palo. Ella sin embargo tendría que someterse a una intensa sesión de gimnasio esa misma tarde para paliar sus excesos. Y pensando en esa tarde... la cita con Javier Cortés era inminente. ¡Y ella con esa cara!: tenía unas ojeras horribles y los poros en el rostro del tamaño de los agujeros de un queso gruyere. Prolongó más de lo normal la ducha matutina, se aplicó una máscara facial, se esmeró especialmente en las ondas de la melena y se puso su traje más profesional. Tras analizarse en el espejo se dijo satisfecha que las secuelas de la resaca eran totalmente imperceptibles. Por si acaso se tomó un café doble con aspirina: en el momento de cerrar la puerta de su apartamento ya se sentía con el aplomo suficiente para dirigirse a la consulta y encontrarse con el destino.

La reacción de Marc nada más pisar la consulta fue más propia de un obrero de la construcción en su hora de almuerzo que la de un secretario homosexual. Soltó un silbido que se tuvo que oír en las oficinas colindantes: -¡Ufff, Lila! ¡Hoy estás cañón! ¿Y eso? ¡No me digas que es por tu última consulta del día!

Lila se arrepintió de haberse afanado tanto arreglándose. ¿Tanto se notaba? Y lo que era peor, se le había hecho tardísimo. No tenía tiempo que perder de cháchara con Marc.

-Yo, err... qué va, qué tontería. Lo que pasa es que ayer quedé con una amiga, nos pasamos con las copas, y hoy me tocaba disimularlo como fuera -Lila, algo apurada, intentó cambiar de conversación:- ¿Y tú qué tal en el Malvarosa?

-De miedo, nena, de miedo -menos mal que Marc era fácil de distraer.- La Lola se llevó el segundo premio. La bruja de Foxy Glam le arrebató el

primero. ¡La que se armó tras el concurso! ¡Se tiraban de las pelucas!  
¡Volaban las plumas! –Marc, tan exagerado como siempre. La Lola era una de las mejores amigas de Marc, mientras que Foxy Glam era una drag queen con tablas y eterna rival del grupo.

Por desgracia, Marc no se dio por contento con la escueta explicación de Lila y volvió a interrogarla.

-¿Y quién es esa amiga con la que quedaste? Creía que te íbas a casa... ¿no será un amiguito y me lo estás ocultando?

-Que no: es una antigua amiga de la infancia, de hecho mi mejor amiga, pero hacía años que no nos veíamos. ¡Oye! Igual hasta la conoces, es medio famosa. Tiene una marca de productos para el pelo, tintes, y un montón de seguidores en youtube e Instagram...

-¡Ay! –Marc soltó un gemidito como si le hubieran dado un pellizco de lo más doloroso -¿No estarás hablando de Nuria Ferrer y la marca Punky? ¿La Ferrer? ¿La única e inigualable Nuria Ferrer?

Lila lo cortó de tajo: -Pues sí, ¿la conoces?

-¡Conocerla! ¡Soy su fan number one! ¡Sigo todos sus tutoriales, y la Groupe también! ¡Cuando les diga que la conozco en persona! ¡Se mueren de la envidia!

-Oye, oye, no te precipites, que aún no te la he presentado.

-¡Serás perra! ¿Y a qué esperabas para hacerlo? Pero me la presentarás, ¿no? ¡Ay, porfi porfi, dime que lo harás! ¡Seré el mejor secretario del mundo! ¡Te traeré capuccinos del Starbucks todos los días! –llegado a ese momento, Marc se encontraba de rodillas suplicándole a su jefa. Lila rezó por que en ese momento no llegara el primer paciente del día.

-Claro, tonto, cuando quieras.

-¡Eres la mejor jefa del mundo! Pero lo de los capuccinos era broma, mientras no me subas el sueldo... Bueno, ¿y cómo es que quedaste con ella si hacía años que no la veías?

-Pues por eso, para ponernos al corriente y esas cosas.

-Ya. ¿Y no tendrá que ver con el hecho de que hoy también vas a ver a un antiguo compañero del instituto? ¿O debería decir a un antiguo amor?

Vaya con Marc, en vez de trabajar como secretario en la consulta de una psicóloga debería haber buscado un puesto en una agencia de detectives. Estaba claro que no la iba a dejar en paz hasta llegar al fondo de la cuestión. Sin embargo, para alivio de Lila algo lo volvió a distraer en seguida: el pequeño reloj sobre el escritorio marcaba las diez pasadas; de hecho, la primera pareja de pacientes del día iba ya con retraso.

-¡Aaah! ¡Nena, es tardísimo! Corre a tu consulta a dejar tus cosas, que tus primeros pacientes deben de estar al llegar. ¡Y hoy tienes un día apretadísimo!

Lila no se hizo de rogar y abandonó a toda prisa el escritorio de su secretario.

-¡Pero luego me cuentas! ¡No te libras de mí! –percibió a oír, mientras cerraba la puerta a sus espaldas. Menos mal que en ese momento sonó el interfono de la calle, anunciando a los primeros pacientes de la jornada: una pareja que había entrado en profunda crisis tras salir a la luz una antigua infidelidad del marido. Este estaba arrepentidísimo, consideraba su antiguo desliz agua pasada, y para demostrarlo había sido suya la idea de acudir a terapia. La que estaba resultando especialmente obcecada era su mujer. A Lila le quedaba mucho trabajo con ella.

Lila se alisó el traje de chaqueta, apuró un vaso de agua con otra aspirina, tomó un portafolios y salió a recibir a la pareja. Comenzaba el día.

## 5.

Las horas se deslizaron lentamente para Lila. El dolor de cabeza se había trasladado a las sienes y ni un cargamento de aspirinas conseguirían atenuarlo lo más mínimo. A mediodía Marc le trajo de la cafetería de abajo su ensalada favorita, el único bocado ligero que parecía poder digerir ese día, pero ni se la pudo acabar. Definitivamente, aquella era excusa suficiente para saltarse el gimnasio por la tarde. Antes de la penúltima cita le quedó un hueco libre, que Marc aprovechó para colarse en su consulta.

-Oye, ¿tú estás bien? Te noto distraída.

-Sí, gracias, solo un poco cansada. Está siendo un día muy pesado.

-Es que trabajas mucho, te vuelcas demasiado en tus pacientes. Lo que necesitas es distraerte un poco.

-¿Distraerme? Ya me “distraje” ayer y mira, estoy por los suelos.

-Tengo la solución perfecta.

Mar se colocó a sus espaldas y comenzó a masajearle el cuello, que se notaba rígido y tenso. Usaba aquella técnica en casos extremos, cuando quería obtener algo de su jefa o convencerla de algo. En esta ocasión usó el masaje para intentar sonsacar a Lila algo de información.

-Oye, ¿y no estarás así de rarita por tu último paciente? ¿Me vas a contar algo de él?

-Ay Marc, no empieces...

Sin embargo a los pocos segundos el masaje obró un efecto milagroso. Lila pensaba que Marc, de no trabajar como su secretario o en una agencia de detectives privados, definitivamente debería abrir un gabinete de masajistas. Se relajó y se descubrió a sí misma contándole toda la historia a su secretario; desde el hecho de que Javi era su amor platónico (para ella y para el noventa por ciento de las chicas del instituto) hasta la noche fatal en que la dejó plantada en medio de la pista de baile para irse con Bebé.

... y ya no lo volví a ver. A los pocos días me fui a Estados Unidos y nunca miré atrás.

-¡Ay no, pero qué historia más romántica! ¡Y más terrible! ¡Parece un trauma de esos de los que tú tratas! ¿No te ha dado por psicoanalizarte a ti misma?

-Pues ya ves, en casa del herrero...

-Bueno, y si es él, ¿qué vas a hacer?

-La verdad, no tengo ni idea. No lo he pensado.

-Yo en tu lugar y si no te reconoce, tendría un tórrido romance con él, me lo llevaría al huerto, y tras una noche de pasión amorosa, le diría quién soy y lo

dejaría tirado como una colilla. ¡Ja! ¡Donde las dan las toman!

-Qué cosas tienes, Marc.

El interfono sonó interrumpiendo el masaje y la conversación.

-¡Luego me lo cuentas todo! ¡Quiero hasta los detalles más morbosos!

-Marc, recuerda que tengo que respetar el juramento hipocrático. Lo que me cuentan los pacientes entre las paredes de esta consulta es estrictamente confidencial.

-Ay, solo por encima...

-Ya veremos.

Marc salió a contestar la llamada tramando su próximo ataque: una sesión tripe de masajes que le soltara la lengua a su jefa. Esta iba detrás de Marc, pues tenía la costumbre de salir a recibir a sus pacientes en la recepción.

De vuelta en la consulta junto con su paciente, y pesar de que el masaje había surtido efecto y Lila se encontraba descansada (el dolor de cabeza también se había mitigado), se descubrió a sí misma haciendo garabatos en el folio en el que debería estar tomando notas sobre su penúltima visita del día. Se trataba de una mujer de mediana edad que había llevado una vida muy dura: siendo madre soltera, había desempeñado una serie de trabajos mal remunerados con los que había tenido que ingeniárselas para sacar adelante a su familia y su casa. Tras el nacimiento de sus hijos y el abandono paterno, nunca había tenido pareja. Ahora sin embargo, a estas alturas de la vida, por fin había encontrado un buen puesto que la hacía feliz y que le pagaba más de lo que podía necesitar. Sus hijos estaban ya en la universidad. Se encontraba en el momento perfecto para encontrar pareja, pero tras tanto tiempo “inactiva”, simplemente no sabía cómo. No tenía ni idea de cómo aproximarse a un hombre. Por eso necesitaba la ayuda de Lila. Se trataba de un caso interesante y aparentemente sencillo y, sin embargo, ese día Lila, en vez de ofrecerle a su paciente unos escuetos consejos que la pusieran en el buen camino, la dejó hablar y explayarse a sus anchas.

Mientras tanto ella, fingiendo tomar notas, se enfrascó en sus propios pensamientos. En su cabeza resonaba aún la pregunta de Marc. “Bueno, y si



es él, ¿qué vas a hacer?”. Tenía menos de una hora para pensarlo. Intentó poner orden en su cabeza y barajó todas las posibilidades. Lila era organizada y analítica en todo lo que hacía.

Posibilidad 1. Que se trate de otro Javi Cortés. Ojalá (¿seguro?)

Posibilidad 2: Que se trate de Javi y me reconozca. Consecuencia: no iniciar tratamiento. Falta de ética. Referir a otro colega. No volver a verlo y olvidarme de él.

Posibilidad 3: Que se trate de Javi y no me reconozca. Consecuencia A: Identificarme. En ese caso, volver a 2. Consecuencia B: No identificarme. Consecuencia de consecuencia B: ????

Otras posibilidades(independientes de 1, 2 y 3). Que venga con pareja?? Que venga con Bebé????

Lila observó su bloc de notas entre satisfecha y avergonzada. ¿Pero qué tonterías estaba haciendo?

-... ¿no crees, Lila?

-¿Eh? –Lila levantó el rostro del bloc de notas. Vale, definitivamente, se había distraído demasiado.

-Que si no estás de acuerdo.

-Sí, claro, totalmente –Pero Lila no tenía ni idea de lo que hablaba su paciente. Rezó internamente para que a esta no le hubiera dado por preguntar si pensaba que debería ir a un club de alterne para encontrar pareja o poner un anuncio en la sección de clasificados del periódico. Por suerte su respuesta pareció la correcta, pues su paciente no se mostró escandalizada ni sorprendida, sino muy satisfecha.

-Bueno, Lila, pues yo creo que por hoy es suficiente. Muchas gracias, de verdad, no sé qué haría yo sin ti.

Lila se sintió decepcionada consigo misma. En esa sesión, si bien la paciente no lo había notado, había sido un fraude. Se juró a sí misma ponerse las pilas. No podía defraudar a sus pacientes. Ellos estaban por encima de todo.

-Muy bien, ahora Marc a la entrada te toma nota para la siguiente cita.

Ella misma la acompañó al escritorio de Marc justo en el momento en que sonaba el interfono. Era él. Su último paciente del día. Puntualísimo. “Javier Cortés, quienquiera que seas”, se dijo para sus adentros. Se escabulló de vuelta a la consulta antes de que Marc hiciera algún comentario al respecto, con el tiempo justo de sacar el espejito del cajón y asegurarse de que el pelo y el maquillaje estaban impecables. “Todo en orden”. Cuando ya se dirigía de vuelta a la entrada, volvió sobre sus pasos y guardó en un cajón la foto de su madre y la Adela adolescente, tomada la misma noche en que vio por última vez a Javi. Por si acaso. Ahora sí, estaba lista. O eso creía. “Suerte y al toro”.

El paciente misterioso ya había llegado. En ese momento estaba de espaldas a ella, revisando las revistas que había sobre una mesita, destinadas a los que tenían que esperar. El rostro de Marc, en su escritorio, era totalmente inescrutable. De no ser secretario, detective o masajista, definitivamente podría dedicarse a la actuación. De todas formas Lila no sabía qué esperaba exactamente poder atisbar en el rostro de Marc, ya que nunca había visto a Javi. De todas formas no hacía falta. Una segunda vista a la espalda del paciente le confirmó lo que más temía. O lo que más deseaba. Lo recordaba lo bastante bien para saber, aunque no viera aún el rostro, que era él. Javier Cortés, Javi, en persona.

## 4.

Lila sintió una suerte de mareo al contemplar durante una fracción de segundo la espalda de su paciente. Esta vez no fue tan ingenua como para atribuirlo a la resaca. Su pasado estaba frente a ella, y no tenía ni idea de cómo afrontarlo. “Lila Alvarado, esa soy yo”, se dijo, en un vano intento de insuflarse ánimos. “Titulada en psicología y especializada en terapia sexual y de parejas”. Ni aun teniendo en su haber un premio Nobel y varios Oscars, nada le hubiera valido para darse ánimos. El paciente, al sentir su presencia, se giró. Javi. A diferencia de ella, estaba prácticamente igual. La piel más curtida y unas leves arruguitas en torno a los ojos. Había cambiado de peinado, y lucía unas prematuras canas en las sienes y en las patillas, que ahora tenía más largas y pobladas. Para horror de Adela, le hacían parecer terriblemente sexy e irresistible. “Titulada en psicología...”, comenzó a repetir como en un mantra interno, pero no le dio tiempo a más.

-¿Doctora Alvarado? –preguntó Javi, tendiéndole la mano. Esbozó una tímida sonrisa. No había sorpresa ni estupor en su rostro. Todo eran señales de que, por suerte, no la había reconocido. Esa era la posibilidad número 3 que minutos antes había esbozado en su bloc de notas. ¿Qué era lo que debía hacer en ese caso? Estaba en blanco.

-Sí, claro, pase, pase a la consulta –Lila se sorprendió a sí misma: las palabras le habían salido solas, en un tono sereno y pausado. Las rodillas, sin embargo, le temblaban como sendos flanes.

Menos mal que llevaba pantalones.

Javi avanzó por donde Lila le indicaba, dejando a Marc a sus espaldas. Este, fuera ya del campo de visión del paciente, alzó ambos pulgares y sonrió abierta y burlonamente. Hizo una cómica mueca relamiéndose los labios para indicarle a Lila lo que esta ya sabía: ¡Javier Cortés estaba buenísimo!

-Muy bien, tome asiento, esto... señor Cortés ¿verdad? –preguntó, como si no supiera de sobras el apellido de su antiguo amor.

-Sí, sí, pero si no le importa, si no te importa, preferiría que nos tuteáramos. Me siento más cómodo así, ¿te parece?

-Claro, no hay problema. Y dígame, o sea, dime, ¿qué te trae a mi consulta? Cuando pediste cita no diste más explicaciones.

-Bueno, es que es un poco complicado...

-No te preocupes. Vayamos por partes. Como ves estoy especializada en terapia sexual y de parejas. ¿Cuál de las dos cosas crees que se ajusta más a tu caso? –Lila no sabía cuál de las dos opciones sería peor: si Javi necesitaba terapia sexual aquello iba a ser increíblemente embarazoso, y se se trata de ayuda en una relación, se temía que fuera doloroso.

-Terapia de pareja. Definitivamente –Vaya por Dios. Esperaba que no le diera un ataque de celos. Y por otro lado, si Javi tenía pareja –o esposa- ¿quién iba a ser tan tonta para tener ese espécimen a su lado y no saber valorarlo? En realidad la respuesta era muy fácil, y Lila la intuía, pero todavía no estaba preparaba para enfrentarse a ella.

-Sin embargo has venido solo. Pero tienes pareja. ¿Puedo preguntar dónde está ella?

-Eso es lo complicado. Ella ni siquiera sabe nada de esto. De hecho, la he dejado en casa haciendo preparativos... para nuestra boda.

A Lila casi se le cae el cuaderno de las manos. ¿Cómo? ¿Qué Javi estaba a punto de casarse y simultáneamente comenzaba terapia de parejas? Por un momento olvidó su relación con Javi y analizó la situación desde un punto de vista totalmente profesional. Aquel sin duda era un caso inusual y muy interesante. Si conseguía pasar por alto su pasado con el paciente, ese iba a ser uno de los retos más estimulantes de su corta carrera.

-Vaya, veo que el caso parece más complejo de lo que esperaba... -confesó Lila. Javi también parecida un poco incómodo tras la revelación. Necesitaba relajarse: ese era el primer paso para comenzar la terapia adecuada.

-Mejor, ¿por qué no vamos poco a poco? Háblame de ti, a qué te dedicas, por ejemplo, y luego cuéntame un poco de tu pasado.

Javi le dijo que era arquitecto. Actualmente trabajaba para una buena firma y estaba satisfecho con su vida laboral. También en su vida familiar (que no conyugal) todo estaba en orden. Como Lila ya sabía, había sido un buen

estudiante durante los años escolares, así como en la universidad. Siempre había gozado del apoyo de los que le rodeaban, de cierta admiración, y de buenas amistadas. En definitiva no se podía quejar: le había acompañado siempre el éxito. Tras unos minutos de charla sosegada, Javi, que definitivamente se encontraba relajado, miró inquisitivamente a Lila.

-Oye, tu cara me suena. ¿Nos hemos cruzado antes?

Lila se tensó automáticamente. No podía dejar que la conversación siguiera por esos derroteros. Siempre se podía excusar en el hecho de que su vida privada quedaba excluida de todo trato con los pacientes, lo cual era del todo cierto.

-No, imposible. Llevo muchos años viviendo en el extranjero –Lila intentó recalcar la palabra “muchos” (como si hubiera pasado toda la vida en otro país) y no dio más datos con ese “extranjero” tan ambiguo, como por otro lado, cierto. No deseaba que Javi la relacionara con Estados Unidos, por si eso resonaba en su memoria. Pero Javi era perspicaz:

-Sí, ya he visto tus títulos, Estados Unidos, ¿eh?

-Háblame de tu prometida. ¿A qué se dedica ella? –Lila lo cortó tajantemente. De hablar de su experiencia universitaria, Javi podía atar cabos. Eso si se acordaba de ella, claro.

-Bueno, dedicarse, lo que se dice dedicarse... en realidad a nada. Si no contamos esquiar en invierno y tomar el sol en verano como profesiones, claro.

Con tales pistas, Lila ya sabía de sobra que la prometida de Javi tenía que ser Bebé. Eso o una doble suya. Por si acaso no se atrevía aún a preguntar su nombre.

-Siento cierto sarcasmo...

-Oh, no, no es eso. Bárbara es una chica estupenda –Pues ahí lo tenía. Sin haberlo preguntado. Tras diez años, Javi seguía con Bebé. Sintió una punzadita de dolor en el pecho que prefirió ignorar, para meterse más de lleno en su papel de psicóloga y terapeuta.

-Háblame de ella. De sus cualidades positivas.

-Bárbara es una chica vital, llena de energía. Es extrovertida, le encanta rodearse de gente, estar activa, hacer planes de futuro... pero...

-¿Pero?

-Parece no querer incluirme entre esa gente y en esos planes. Para ella soy una señal de estatus y prestigio; le gusta ser la prometida de un arquitecto exitoso y lucirme en fiestas y actos sociales. Pero no estoy seguro de que le interese la persona que soy, más allá de mi profesión o del éxito. Lo mismo cuando hace proyectos... no es la clase de chica que sueña con tener una familia y un modesto hogar. Constantemente se enfrasca en preparativos de viajes, de reuniones, planea compras y adquisiciones... contando con mi apoyo económico, no con mi apoyo como pareja.

Aquel era un relato descorazonador. Por fin Javi, como paciente, había abierto su corazón a la doctora Alvarado. Nunca había visto ese lado tan vulnerable de él. ¿Cómo podía ser Bebé tan estúpida como para pasar por alto todas sus excelentes cualidades? Pero no era el momento de sentir rencor hacia ella. Tenía que mostrarse imparcial. Aunque a todas luces Bebé fuera un témpano de hielo y una arpía. Lila se forzó a seguir escuchando:

-Soy, soy... un instrumento para lucir y para dar envidia a sus amigas. En realidad, creo que siempre ha sido así. – Lila decidió dar pie a Javi a explorar un poco en su pasado:

-¿Siempre?

-Sí, Bárbara y yo estamos juntos desde el instituto. ¿Sabes? Cuando comenzamos a salir en serio, Bárbara tenía otro novio, nada importante, algo informal, un chico que le gustaba a sus padres más que a ella. Mayor, estudiante de medicina, y con un descapotable impresionante. Pero Bárbara pronto se dio cuenta de que conmigo se lo pasaba mejor, era un juguete que le rendía más. Todo lo demás, los lujos y comodidades que yo todavía no podía ofrecerle, y la aprobación paterna, se aseguró de que vinieran con el tiempo. Y así lo he hecho. La he colmado de todo lo que ha necesitado y más, me he ganado a su familia, he estudiado y trabajado duro, y Bárbara parece satisfecha. Lo malo es que ya no sé si lo que la hace feliz soy yo, o solo mi imagen y mis posesiones.

Lila a estas alturas ya se había formado una imagen muy clara de Bárbara, en realidad no muy diferente de la que ya tenía de ella en el instituto. Codiciosa, superficial e infantil, aunque también alegre y optimista. Pero era hora de tocar el punto crucial: no cómo era Bárbara, sino cómo se sentía Javi a su lado.

-Dime una cosa. Piensa en Bárbara, en su personalidad, independientemente de su manera de actuar, que seguramente a veces sea desconcertante. ¿Cómo te sientes tú cuando estás con Bebé, a solas?

Javi se pensó la respuesta. Juguetó con los dedos antes de responder firmemente:

-A mí me falta algo.

-¿El qué?

-No lo sé... la ilusión, quizá. Igual te resulto cursi, pero echo en falta el sentirme con ella como un niño que cada día descubre algo nuevo y fantástico, las famosas mariposas en el estómago. No sé si me explico.

Perfectamente. Como que era lo mismo que le faltaba a ella en todas sus relaciones y el motivo principal por el que todas hubieran acabado. Una sensación única que solo experimentó una vez.

Precisamente con el hombre (entonces, un chaval) que en ese momento tenía delante.

Javi pareció leerle el pensamiento:

-¿Has sentido eso alguna vez?

-Javi, no estamos para hablar de mí. ¿Lo has sentido tú?

-¿Cómo lo has sabido?

-¿Cómo he sabido qué?

-Que todos me llaman Javi.

Lila se sintió pillada in fraganti. Notó como se ruborizaba. Vaya error imperdonable. No se le ocurrió una excusa muy ingeniosa para repararlo:

-Vaya, pues no sé, no me he dado cuenta. Pero es lo normal, ¿no? Javier, Javi, bueno, es lo mismo.

No nos distraigamos. ¿Has sentido tú alguna vez las mariposas en el estómago?

Javi pareció de nuevo meditar su respuesta, o perderse quizá en sus propios recuerdos, pues esbozó una sonrisa cargada de melancolía antes de contestar.

-Sí. Definitivamente. Sola una vez. Pero fue hace mucho tiempo, y también muy breve.

-¿Quieres hablar de ello? -A Lila aceleró el corazón al formular la pregunta. ¿Se referiría Javi a la misma noche que tenía ella grabada en la memoria?

-Todavía no. Mejor en otra sesión.

Como para confirmar que aquella primera terapia había concluido, en ese momento sonó el móvil de Javi. Este lo sacó de su bolsillo y se disculpó a Lila con un gesto, indicando que aquello sería solo un segundo.

-¡Hola cariño! ... sí, en la floristería, viendo los catálogos de arreglos florales, como me pediste... ¿el papel de las invitaciones? Pues... no sé, no entiendo de eso... decide tú, cariño. Mate en tono marfil, muy bien, lo que tú digas... sí, en la pastelería, en una hora, te veo allí. Un beso.

-Buf, he quedado con ella y antes tengo que ir a la floristería, le he dicho que ya me había encargado de eso...

-Sí, ya me he dado cuenta.

-Entonces ¿es suficiente por hoy?

-Ha sido un buen comienzo. Pero prométeme que en la próxima sesión vendrás con ella. Una terapia de parejas no tiene sentido... sin la pareja. Tengo que escuchar y analizar su punto de vista en esta relación –Lo último que a Lila le apetecía era encontrarse a Bebé cara a cara, pero repitió para su adentros su mantra particular: “ser una profesional, ante todo”,

-Lo entiendo, pero no sé si podrá ser. Bárbara siempre ha sido una persona privilegiada. Ha vivido rodeada de lujos y atenciones. Del cuidado paterno durante la niñez pasó al mío siendo aún muy joven. Ha vivido siempre en una burbuja de cristal, sin saber lo que es el dolor, las adversidades, el rechazo. Saber esto la destrozaría.



“Pues ya va siendo hora de que le reventemos la burbuja, antes de que acabes reventando tú”, se dijo Lila sin abrir la boca.

-Inténtalo, ¿prometido?

-Prometido.

En el umbral de la consulta, Javi estrechó con fuerza la mano de Lila, quien intentó retener por más tiempo del necesario el calor de su piel y la seguridad que su gesto le transmitían. Por si fuera poco, Javi esbozó de nuevo aquella de esas sonrisas irresistibles: Lila dejó por un momento de ser la doctora Alvarado y volvieron a temblarle las rodillas. Por suerte Javi ya se encontraba en el escritorio de Marc, haciendo cita para la semana que viene.

Lila cerró la puerta a sus espaldas y se desplomó sobre el diván, exhalando todo el aire que parecía haber estado conteniendo en los pulmones. ¿Pero en qué demonios se estaba metiendo?

6.

Un grito estridente proveniente de la recepción hizo que se incorporara como un resorte. Marc abrió la puerta de la consulta y se introdujo con la fuerza de un vendaval.

-¡¡Lilaaaa!! ¡No me habías dicho que tu paciente estaba como un queso! ¡De dónde ha salido esa escultura griega! ¡Ese dios del Olimpo! ¡Ese...! –Marc se interrumpió a si mismo y quedó cara a cara con Lila, que seguía su pantomima divertida, recostada sobre el diván. La miró con el semblante serio, como si lo que iba a decirle fuera cuestión de vida o muerte.

-Me lo tienes que contar todo. To-do.

-Ay, Marc, ¿pero qué estoy haciendo? ¿en qué lío me he metido?

-Sospecho que el tal Javier Cortés es, sigue siendo mucho más que un antiguo amor del instituto.

-Sospechas bien.

-Esto se merece una confesión en toda regla frente a unos buenos gin-tonics, que seguro que te soltarán esa lengua tan discreta que tienes.

-Ay Marc, no estoy para gin-tonics. Todavía me dura el mareo por las cervezas de ayer.

-Yo creo que el mareo se debe a otra cosa. Algo de metro ochenta, ojos verdes, espalda ancha, pelo espeso vetado de gris y una sonrisa que ya la quisieran muchos publicitas para un anuncio de pasta de dientes.

-¿Hace un café?

-Hace lo que sea, reina, con tal de que me cuentes todo lo que se te pasa por esa cabecita.

De camino a la cafetería favorita de Lila, esta llamó a Punky.

Se oía mucho ruido de fondo y a alguien gritando lo que parecían ser direcciones.

-¿Qué ha pasado? ¿Era o no era él?

-Era.

Un grito muy parecido a los de Marc obligó a Lila a apartar la oreja del aparato.

-¿Y te ha reconocido?

-A no ser que esté intentando ganarse un Oscar a la interpretación, yo diría que no.

-¿Y cómo estaba? ¿Por qué ha ido a tu consulta? ¿Qué le pasa? ¿Sigue con Bebé? ¿Tiene...

-Para el carro. ¿Por qué no te vienes a tomar un café y te lo cuento todo?

-Ay nena, me vas a matar pero hoy no puedo. Me van a hacer una entrevista para un canal local de la tele y estoy en medio del plató.

Lila se alegró por el ritmo tan desenfrenado de la vida de su amiga, algo con lo que Punky había soñado siempre. Era tan diferente al suyo, que se desenvolvía en las paredes de una consulta escuchando los problemas de sus pacientes. Claro que ahora había sucedido algo que venía a alterar si hasta entonces plácida y estructurada rutina.

-¿Cualquier otro día entre semana?

-Claro, Punky, cuando quieras. ¿Te importa si llevo a un amigo?

-No, claro que no. ¡Oye! ¿No me estarás intentando emparejar con alguien? Mira que paso...

-No, no te preocupes. Es gay y un gran admirador tuyo –junto a ella, Marc daba saltitos de emoción y hacía aspavientos que dejaban clara su adoración por la peluquera del momento.

-Ah, muy bien entonces. Ya sabes que me debo a mis fans –concluyó Punky, en un tono afectado que imitaba al de una diva.

Antes de que a Lila le diera tiempo a pasarle el teléfono a Marc, que se moría por saludar a su ídolo, Punky colgó.

-Venga, que yo te invito – le dijo Lila para subirle el ánimo, tomándolo del brazo.

Ambos hubieron de esperar varios días para quedar con Punky y cumplir así uno de los sueños de Marc. Mientras tanto, los días se desenvolvían con la normalidad de siempre. La misma rutina de pacientes, muchos habituales, algunos de ellos nuevos, pero ninguno como el que había cruzado la puerta de la consulta hacía unos pocos días. Por eso, aunque todo parecía suceder en la normalidad y cotidianeidad más absolutas, algo había cambiado para siempre. Lila había vuelto a sentir el vértigo, la ansiedad y la emoción que creía perdidas. Un nuevo comienzo era inminente: sabía que tras el reencuentro con Javi algo gordo tendría que pasar. Tarde o temprano. Lo malo, se temía, es que ese “algo” acabara en un absoluto desastre. ¿Qué pasaría si Javi descubría que la doctora Alvarado no era otra que la Tomás, la empollona del instituto? Aquello no era una cuestión, de “si”, sino de “cuando”. Lila era consciente de ello. Podría pasar, sin ir más lejos, en su próxima consulta, que iba a tener lugar en días. Y Javi, por segunda vez, la dejaría atrás. Esta vez para siempre. Aunque estuviera pasando por una pequeña crisis, él era un triunfador, y no tenía por qué perder el tiempo con ella; ya se lo había demostrado en una ocasión. ¡Y esta vez estaba nada menos que prometido con Bebé! Aunque lo hubiera visto hacía unos días y la próxima cita ya estaba fijada, Javier Cortés se le antojó más imposible y más inalcanzable que nunca.

-Calzonazos. Ese tío es un calzonazos –concluyó Punky plenamente

convencida de sus palabras. –No me puedo creer que todo este tiempo haya seguido siendo el perrito faldero de Bebe y ahora vaya a casarse con ella solo por darle el gusto.

-Mujer, digo yo que solo por eso no se casará. Algo sentirá por ella –apuntó Marc tímidamente.

-Ah, o sea que tú, que eres mi fan number one, ¿ahora me llevas la contraria?

-Bueno, yo, o sea, yo...

Estaba claro que Punky sabía poner en su sitio hasta al más rebelde y aplacar hasta al más bravo, como era el caso de Marc. En ese momento los dos estaban enfrascados en una discusión sobre lo sucedido en la consulta de Lila y los pasos que dar a continuación, totalmente ajenos a que esta estaba presente y era al fin y al cabo la protagonista de todo. Los tres se encontraban en un pequeño bar de tapas en el barrio de Marc, donde por fin habían sido capaces de coincidir todos tras varias intentonas fallidas debido a la ajetreada agenda de Punky. Para Marc conocer a Nuria Ferrer en persona había sido uno de los momentos más emocionantes de su vida: el segundo para ser más precisos. El primero en la lista era el día en que Ricky Martin le había plasmado un autógrafo en las abdominales, tras un concierto. A pesar de lo que los otros dos la habían presionado, Lila, ateniéndose al inquebrantable juramento hipocrático, les había explicado solo lo justo, y que no atañía al aspecto médico o a las razones que habían llevado a Javi a optar por la terapia. Este seguía con Bebé y ambos atravesaban una pequeña crisis. No dio más detalles por mucho que Punky y Marc le intentaron tirar de la lengua. Añadió, producto de la tortura psicológica, que Javi y Bebé tenían planes de casarse; esperaba que esa bomba no atentara contra el juramento, aunque ya no tenía nada claro.

El pequeño local estaba abarrotado y Lila intentaba en vano buscar un remanso de paz. Aquello, entre el bullicio de la clientela y la acalorada discusión de sus amigos, era una misión imposible.

Aunque Marc y Punky habían congeniado nada más verse, parecían discrepar en todo.

-Mira, reina –apuntó Marc, por una vez muy serio- yo creo en las segundas oportunidades. Si el destino le ha vuelto a poner a Lila a Javi en bandeja, debería aprovecharlo e ir a por todas. Por mucho que la otra – hizo un énfasis despectivo en “la otra”- esté ya buscándose un modelito de Vera Wang.

-Pues yo, rey, creo en la revanchas. Donde las dan las toman, ojo por ojo y esas cosas. Lila debería pisotearlo, igual que hizo él en la fiesta. Dejarle muy clarito que ella ahora está en superioridad de condiciones, y que a diferencia de él, ha triunfado en la vida. ¡Y que se case con la egocéntrica de Bebé! ¡Ese sí que es un castigo que ni la santa Iquisición!

-Bueno, lo de que Lila ha triunfado en la vida... en lo profesional puede, pero en lo que es el amor...

Por una vez ambos de mostraron de acuerdo y guardaron silencio. ¿no se habían dado cuenta de que la perdedora en opinión de ambos estaba presente? Obviamente no. Punky aprovechó el lapsus para apurar la segunda ración de papas bravas, que había engullido ella sola.

-Joer, tía, te pones morada. No sé cómo haces para tener ese tipín.

Punky pasó por alto el comentario de Marc y esta vez se dirigió a Lila.

-Bueno, ¿y qué vas a hacer si Bebé te reconoce en la próxima sesión?

Buena pregunta. Lila había barajado la posibilidad pero aún no había llegado a ninguna conclusión.

-Yo no creo que lo haga- intercedió Marc.- Por las fotos que he visto estás tan cambiada... y seguro que mejor que ella. Por lo que me contáis, con tanto sol en la piscina y en las pistas de esquí, me la juego a que tiene la piel como un pergamino. Y no te reconocerá porque, además, las mujeres no se fijan tanto.

-¿Qué las mujeres no se fijan tanto? ¿Pero de qué vas? –aunque Punky era una feminista de bandera y creía en la igualdad de total de mujeres y hombres, estaba convencida de que el mal llamado sexo débil tenía mejores dotes observadoras que los hombres, que nunca se fijaban en nada que fuera más allá del escote. Además Bebé, en cuanto viera a Lila, tan guapa, tan

natural y tan estilosa, la iba a tomar por una contrincante. Razón de más para que se fijara en ella con detalle y acabara descubriendo quién era.

-Las mujeres son más perspicaces –concluyó Punky de manera tajante.

-No estoy tan seguro. Los hombre tenemos un radar especial para estas cosas.

-Sí, díselo a mi último ligue. Mira si se fijaría en mí que como quien no quiere la cosa parece que me confundió con la fotógrafa freelance que habíamos contratado para la última campaña de extensiones de quita y pon y se enrolló con ella.

A Marc, que era incorregible, solo le interesó la última parte de lo dicho por Punky.

-Uy, ¿esas que se quitan así de fácil con un “clic” y ya?

-Esas.

-¿Y teniéndolo tan corto como yo crees que me servirían?

-A ver, déjame ver cómo lo tienes por detrás...

Esos dos no tenían remedio. Hacía tiempo que se habían desentendido de la incertidumbre por la que pasaba Lila y de la perspectiva de una siguiente consulta con Javi y Bebé, consulta que se ceñía sobre ella a medida que pasaban los días y hasta las horas, y para lo que no se sentía preparada. ¿Qué iba a hacer, qué iba a decir cuando Bebé pusiera un pie en su consulta? Y lo que era peor, ¿cómo iba a reaccionar ella? Prefirió no pensar en eso. A sus pacientes nunca les recomendaba la evasión, sino enfrentar los problemas con el mayor aplomo y toda la dignidad posible. Y en ese preciso momento ella no podía predicar con el ejemplo. Decidió unirse a la conversación que hasta entonces parecía haber flotado sobre ella sin que la incumbiera:

-Igual pruebo yo unas extensiones de esas...

## 7.

Pasaron los diez días, que Lila iba tachando con un rotulador en su agenda. Y llegó inexorablemente el día de la segunda consulta con Javi. Lila aquella mañana puso todo su esmero en mejorar la imagen que le devolvía el espejo. La reconociera o no, quería impresionar a Javi, pero sin parecer demasiado formal y sofisticada: se temía haberle transmitido precisamente eso en su primera sesión. Esta vez quería conseguir justo el punto medio: profesional, pero sin marcar distancias ni transmitir una seriedad demasiado fría. Eso justificaba el vestido estampado que en ese momento se estaba embutiendo, quizá demasiado fino y demasiado corto para el día gris que había amanecido, como contempló con disgusto desde la ventana. Iba a llover seguro. Esperó que no le cayeran chuzos de punta en la terapia, o sea chuzos de punta metafóricos: imaginó a la figura imponente de Bebé frente a ella, al otro lado del escritorio, y la sola idea le dio escalofríos. Seguro que, al contrario de lo que había pronosticado Marc, seguía tan impresionante como siempre. Punky había señalado que la vería a ella, al igual que a cualquier otra mujer que tuviera la osadía de acercarse a su prometido, como a una rival. Lo que Punky había pasado por alto es que el caso contrario, muy a su pesar y por mucha rabia que le diera reconocerlo, también se daba: Bebé era una contrincante, lo había sido ya en los días del instituto. Aunque el apelativo “contrincante” no fuera el más acertado: esa palabra suponía una igualdad de condiciones de las que nunca había gozado. Ella siempre había tenido las de perder, igual que ahora, por mucho vestidito mono y taconazos que se calzara. Aún así, se aplicó con mucho cuidado el maquillaje, se marcó con afán las ondas del pelo, y se roció más de lo necesario con su perfume favorito. Al menos todo aquello ritual le otorgaría algo de aplomo para enfrentarse al día que tenía por delante. “Y vaya día”, se dijo a sí mismo una vez en la calle, protegiéndose con un paraguas de la fina lluvia que ya había comenzado a derramarse sobre las calles.

La cita con Javi y Bebé no tenía lugar hasta la tarde: la jornada se le hizo larguísima, y tan pesada como el cielo plomizo que se atisbaba desde la ventana. La lluvia, lejos de dar a la ciudad una tregua, se mostró más y más

persistente a lo largo que avanzaban las horas. Lila, al igual que el día en que había tenido su primera consulta con Javi, estuvo distraída y no prestó a sus pacientes la atención que merecían. Sin embargo Marc andaba de lo más dicharachero y no dejaba de parlotear en cuanto se daba la ocasión, señal de que estaba tan nervioso como ella, aunque lo externalizara de manera totalmente opuesta.

Llegó la hora señalada: Lila se alisó el vestido, comprobó su imagen en el pequeño espejito que guardaba en su cajón, y guardó en este la foto del escritorio que la delataba como a Adela. Por si acaso. Por último, respiró hondo tres veces seguidas para calmarse, truquito que nunca le fallaba, y solo entonces salió a la entrada a recibir a la pareja. Para su sorpresa –y alivio- Javi estaba solo.

-¿Javier? ¿No venías hoy con B-estooo... con tu prometida?

-Sí, bueno, Bárbara igual se nos une un poco más tarde. Espero que no te importe –Javi parecía algo azorado- Estaba ocupada... haciendo las últimas pruebas del vestido. -Ya veo...

-Pero como te digo, vendrá unos minutos más tarde. O igual no, no lo sé. Si me quedo solo no te importa, ¿no?

A ella, a la Lila mujer y soltera que seguía encontrando a Javi tan encantador y enigmático como cuando ambos eran adolescentes, no le importaba. En absoluto. Podría disfrutar de su compañía a solas aunque fuera por unos minutos, y perderse, por qué no, en ensoñaciones que nunca llegarían a hacerse realidad. Pero a la doctora Lila Alvarado, pertinaz y constante en el tratamiento de sus pacientes, sí le importaba: aquella no era la manera de iniciar una terapia de pareja, cuando faltaba precisamente eso: la pareja. De todas formas tenía en mente un ejercicio práctico que convendría llevar con su paciente a solas, tomando como precedente la escueta conversación que habían mantenido en la primera sesión.

-No, claro que no me importa. De hecho, podemos empezar con un ejercicio individual...

Hizo pasar a Javi a la consulta, y tan abstraída estaba en la observación de su



nuca perfecta y de sus anchas espaldas, que no percibió que Marc, en su escritorio, se frotaba las manos disfrutando de la escena y esbozaba una sonrisa traviesa.

Invitó a Javi a reclinarsse en el diván. Aquella era una herramienta de la vieja escuela que utilizaba en contadas ocasiones, y casi nunca en las primeras sesiones, ya que denotaba cierta intimidad. Pero necesitaba que Javi se encontrara totalmente cómodo, relajado y desinhibido, para poder evadirse a momentos y lugares alejados del ámbito aséptico e impersonal de la consulta. Lo cierto era que también ella necesitaba relajarse, y solo teniéndolo a él tumbado, sin que pudiera mirarle cara a cara, podría conseguirlo. Javi se mostró un tanto reacio a lo del diván, pero siguió las instrucciones. Al fin y al cabo era la palabra de un doctor y pensaba seguir sus indicaciones a rajatabla. Lila puso una suave música de fondo, bajó la persiana hasta que la estancia quedó en penumbra y comenzó con unos sencillos ejercicios de respiración que se prolongaron unos minutos. Su voz era pausada, apenas un susurro reconfortante. Pronto Javi estaba totalmente relajado y hasta se atrevió a quitarse los zapatos y aflojarse el cuello de la camisa. Cuando Lila lo creyó oportuno, comenzó el ejercicio en sí, cuyo fin no era otro que desvelar aquello que su paciente más ansiaba, oculto bajo una gruesa capa de preceptos sociales y las sólidas exigencias tanto de su posición laboral como de su labor en familia y en pareja.

-Dime, Javi: el otro día me comentabas algo sobre tu falta de ilusión en tu relación con tu prometida. Ahora me gustaría indagar un poco más en ello, pero para eso necesito que cierres los ojos y viajes mentalmente hasta un lugar en el que te sientas totalmente feliz y a gusto. Puede ser un lugar secreto, o un lugar que frecuentes habitualmente, o incluso un sitio imaginado. Un sitio en el que hay más gente o en el que te encuentras solo, pero ante todo se tiene que tratar de tu lugar predilecto, ese al que te gustaría huir siempre que te encuentras agobiado, estresado o a disgusto.

Javi guardó silencio. La propuesta le gustaba, pero no encontraba la respuesta. Con los ojos cerrados, meditó, frunció el ceño debatiendo consigo mismo, y al final respondió:

-Más que un lugar concreto, de un espacio, ¿puede tratarse de un momento en el tiempo?

Aquello no era lo convencional, pero por qué no: también valía.

-Claro, como tú prefieras.

-Vale. Pues estoy en el baile de fin de curso, cuando acabé el instituto.

Javi guardó silencio. Esperaba que la doctora Alvarado prorrumpiera en carcajadas, cosa que evidentemente, no ocurrió. Lila ante aquella respuesta, se quedó sobrecogida. Javi, que no podía imaginar el torrente de emociones que en la doctora se había desatado, se sintió más animado, y continuó hablando:

-El sitio la verdad es que no lo recuerdo muy bien: la típica discoteca, llena de gente, música a todo volumen y luces de colores. Te puedes hacer una idea.

Por supuesto que se la hacía. Más bien, la recordaba. Lila estaba sorprendida y fascinada, ya también aterrada por lo que aquello pudiera acarrear. Todavía incapaz de decir nada, guardó silencio, lo que Javi interpretó como una señal para seguir hablando.

-Bueno, pues estoy frente a una chica. La he invitado a venir a la fiesta aunque casi no la conozco. Quizá lo de proponerle ser mi pareja no lo haya hecho por las razones adecuadas, pero ahora eso no importa. La tengo frente a mí y me parece preciosa. Es la persona más fascinante que he conocido en mi vida. Además, sé que le gusto, o al menos, le caigo bien. Me sonrío y es entonces cuando siento una especie de vacío en el estómago, algo parecido al vértigo. Aunque me asusta un poco, es la sensación más increíble que he tenido en mi vida. Por eso ese es mi momento favorito, el momento al que me gustaría volver una y otra vez. No he vuelto a sentir nada así desde entonces.

Lila sintió un nudo en el estómago. No podía creer que Javi se estuviera refiriendo a ella. Y que siguiera sin saber que esa chica a la que había invitado hacía tantos años estaba sentada frente a él, a solo unos centímetros de distancia. Por fin se atrevió a hablar.

-¿Y qué pasó?

Javi abrió los ojos y se incorporó bruscamente. Su rostro se había endurecido.

-Que se fue y todo se acabó. Fin de la historia.

Lila miró a Javi a los ojos. Su mirada era difícil de interpretar. Había una profunda pena al fondo de esos iris azules oscuros, pero también un atisbo de esperanza, de ilusión: una llamada de auxilio. Javi, por su parte, se permitió perderse por unos segundos en la cálida mirada que le ofrecía la doctora Alvarado: aquellos preciosos ojos verdes parecían desbordar calidez y honestidad. Algo se removió en su interior. Una señal de alarma se despertó en algún lugar de su mente. ¿Dónde había visto...? ¿Pero cómo...? ¿Se trataba de...? Por un momento creyó reconocer los mismo ojos ilusionados y llenos de vida que hacía años la habían mirado tras los cristales de unas gruesas gafas. Pero la mente confundida de Javi no llegó a formular ni mucho menos a contestar a ninguno de aquellos interrogantes. Sin previo aviso, la puerta de la consulta se abrió y Bebé irrumpió en la estancia como un torbellino. Si el subconsciente de Javi llegó a reconocer a la joven Adela en la doctora Alvarado en ese preciso momento, el chispazo de memoria se disipó de inmediato con la súbita aparición de Bárbara. Su prometida. Todo su futuro recaía en ella. Todo su pasado lo recordaba junto a ella, y evasiones como la que se acababa de permitir simplemente no tenían cabida. Pero algo había cambiado definitivamente en el interior de Javi. Por supuesto sin proponérselo, había comenzado a sentir algo por la joven doctora, algo parecido a lo que había sentido hacía mucho tiempo, sobre la pista de baile de una discoteca cualquiera. ¿Habría sido simplemente fruto del ejercicio y de su efímera regresión al pasado? ¿O efectivamente comenzaba a sentir algo más que respeto por aquella mujer en la que había confinado su tratamiento?

-¡Uy, aquí estás, cari! –dijo Bebé con fingido alivio, haciendo definitivamente añicos el momento mágico que se había creado entre Lila y Javi. Sin ningún miramiento sacudió en el suelo de la consulta un enorme paraguas con el inconfundible estampado de Burberry- Siento mucho haber

llegado tan tarde... -las palabras de cortesía llegaron hasta ahí. En un segundo el rostro de la recién llegada mostró sorpresa y escepticismo:

-¿Pero por qué estáis a oscuras? ¿Y por que estás ahí... tumbado?

En efecto la estampa habría sorprendido a cualquiera. Incluso a Marc, que llegó corriendo tras Bebé y se quedó en el dintel de la puerta, extrañado también con la oscuridad que reinaba en la consulta. Por supuesto no dijo nada al respecto. Al fin y al cabo se sentía responsable de la llegada sin anunciar de la prometida de Javi mientras Lila estaba llevando a cabo a saber qué extrañas terapias.

Se limitó a disculparse:

-Lo siento, doctora Alvarado. No me ha dado tiempo a ...

-¿Doctora? ¿Cómo qué doctora? ¿Te pasa algo, cielo? ¿Qué es todo esto?

No hacía falta ser un lince para saber que allí estaba pasando algo raro. Lila ató cabos sin necesidad de que ni Javi ni su prometida le explicaran nada al respecto: seguro que este no le había dicho toda la verdad sobre la razón de aquella reunión, o incluso sobre la naturaleza de su profesión como terapeuta de parejas.

-Mira, Bárbara, hay algo que quiero aclararte: la doctora Alvarado –dijo, refiriéndose a Lila, que no había tenido ni tiempo a presentarse formalmente- no es precisamente una experta en catering. “¿Catering?”, pensó Lila indignada. “¡Habrased visto!”

-En realidad, he recurrido a ella porque creo que necesitamos ayuda con nuestra relación antes de dar el paso hacia el altar, y te he tenido que decir que se trataba de uno de los preparativos porque si no no habrías venido aquí ni a rastras...

Ahora la que mostraba indignación era Bebé, que no le dio tiempo a su novio a explayarse con más explicaciones. Su rostro se tornó púrpura y balanceaba virulentamente su bolso Vouitton amenazando con estampárselo en la cara a cualquiera de los presentes.

-¡Ayuda! ¿Insinúas que yo necesito ayuda? Pues mira, ahora que lo dices sí, cariño. Si no perdieras tanto tiempo en la oficina o con estas bobadas, me

vendría muy bien que nos echaras una mano a mi madre y a mí con los preparativos de la boda. Nuestra boda –aclaró, con mucho retintín.- Está a la vuelta de la esquina, por si no te habías enterado. Pero ¡no!, ya veo que para variar te importo un pimiento y, y ...

Bebé no pudo continuar. Prorrumpió en sollozos lastimeros y se derrumbó en el diván, junto a Javi, al que no le quedó otro remedio que acurrucarla entre sus brazos y dedicarle palabras de consuelo.

-Escucha, cariño, yo creía que esto había sido una buena idea, lo he hecho por nuestro bien, pero quizá me haya equivocado...

-Sí, te has equivocado –Bebé se enjuagó las lágrimas con el dorso de la mano, llevándose por delante una buena cantidad de maquillaje.

Lila no pudo evitar pensar que, con o sin una tonelada de máscara, y corrida o no, Bebé seguía siendo guapísima. En seguida se reprendió por un pensamiento tan frívolo. Jamás había presenciado una escenita como aquella en su consulta, y su reacción había sido quedarse simplemente de piedra y pensar en lo que no debía. Consideró que era el momento de intervenir.

-Hola, Bárbara. Encantada de conocerte. Mira, sé que esto te parecerá un poco peculiar, pero te aseguro que muchas parejas como vosotros acuden a mi consulta pa...

-¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? –la interrumpió bruscamente Bebé, clavándole una mirada asesina. Reparó por primera vez en la doctora, contemplándola de arriba abajo con desprecio. Una chica muy mona, pero terriblemente sosa y con un gusto muy dudoso a la hora de vestir (no había más que ver esos zapatos baratos e inapropiados para un día lluvioso), pero en cierta forma atractiva. El tipo de chica que jamás sería amiga suya, pero la clase de persona que sería del agrado de... Javi, sin ir más lejos. Bebé tuvo un ataque de celos que no se molestó en disimular.

-¡Oye! –se giró hacia su novio -tú no te traerás algo con esta mosquita muerta, ¿no?

-Bárbara, por Dios, que estás sacando las cosas de quicio.

Javi no sabía dónde meterse. A ojos vista estaba pasando por el peor trago de

su vida, así que Lila decidió salir al rescate y acabar aquel drama cuanto antes.

-Bueno, pues yo creo que por hoy ya hemos terminado. Si me hacen el favor de abandonar la consulta...

-A mí no me das órdenes, bonita. Si me voy es porque yo quiero. Claro que nos vamos. Los dos. Para siempre.

Los tres se incorporaron simultáneamente. Para Lila aquello fue un alivio. Quizá no volviera a ver a Javi en su vida, por mucho que le doliera, pero tampoco se cruzaría jamás con esa loca.

Avanzaron solo hasta el dintel de la puerta. Bebé iba añadir algo más, pero al girarse hacia Lila y contemplarla ahora de cerca y a la misma altura, pareció cambiar de opinión. Su rostro ahora mostraba duda:

-Yo a ti te conozco.

Lila no se esperaba aquello, pero supo reaccionar al instante.

-Imposible: acabo de mudarme a la ciudad, he vivido siempre en el extranjero.

Por suerte Bebé se limitó a farfullar algo incomprensible y dio por zanjado el asunto. Sus tacones repiquetearon hasta la puerta de salida. Por supuesto no se molestó ni en despedirse de Marc, que de vuelta en su escritorio, observaba la escena con estupor. Javi, cabizbajo y tras los pasos de su novia, tampoco se giró hacia Adela para despedirse.

“Mejor así”, se dijo cuando la pareja desapareció tras la puerta.

-¡Ni una palabra! –ahora la advertencia iba dirigida hacia Marc, que tenía un aluvión de preguntas para su jefa. Antes de que comenzara el interrogatorio, Lila se dirigió apresuradamente de vuelta a la consulta y cerró la puerta dando un portazo.

“Prohibido llorar”, se obligó a sí misma con la espalda apoyada en la puerta y conteniendo la respiración unos segundos. Y lo logró.

El resto de la tarde transcurrió con normalidad. Recibió a dos parejas más cuya terapia estaba siendo un éxito, lo que la mantuvo motivada y centrada.

Se comportó como de costumbre, con la cabeza fría y dando muestras del profesionalismo que la caracterizaba y por el que sus pacientes confiaban en ella. No se dio el lujo de ponerse a divagar sobre el escándalo que había tenido lugar hacía escasos momentos en la consulta. En pocos días, se dijo mientras despedía a la segunda pareja y daba por concluida la jornada, olvidaría el bochornoso episodio y daría carpetazo a todo el asunto.

-Supongo que hoy lo de ir a tomar un café queda descartado, ¿no? –tanteó Marc una vez que se encontraron solos en la consulta.

-Con esta lluvia... hoy mejor me voy a casa. –Lila sabía que ambos eran conscientes de que lo de la lluvia era solo una excusa barata.

-Claro, cielo. Hoy mejor date un baño de espuma y abre una buena botella de vino. Relájate y disfruta.

A Lila el plan de Marc le pareció una excelente idea. Así que recogió sus cosas y, al contrario de lo que era habitual, abandonó la consulta antes que su secretario.

Al salir del portal, e imaginando la bañera a rebosar de espuma y sales aromáticas, se dio de bruces con alguien que quizá iba tan despistado como ella. La carpeta que llevaba en la mano se le cayó desparramando todo su contenido por el suelo mojado.

-¡Javi! ¿Qué haces aquí? ¿Y dónde está Bárbara?

Javi se inclinó para ayudar a la doctora a recoger las hojas y documentos desperdigados. Iba a contestar a las preguntas de Lila, cuando de pronto, de cuclillas y con Lila a pocos centímetros de su rostro, tuvo aquella extraña sensación que le había acometido en el diván de la consulta. Un ligero cosquilleo en la boca del estómago, la certeza de que aquello ya lo había vivido antes. Déjà vu, le decían. Nunca había experimentado algo semejante, pero aquello tenía todas las trazas de tratarse simplemente de eso. Un ligero cortocircuito en el cerebro, algo pasajero, que le informaba erróneamente de que algún episodio remoto de su vida se repetía de nuevo. En otras palabras: algo imposible, una enorme tontería. ¿Por qué entonces esas palabras salieron a continuación de su boca?

-Déjame invitarte a un café.

A Lila la propuesta la pilló tan desprevenida que no tuvo ocasión de observar la curiosa semejanza entre ese preciso momento y el episodio que había tenido lugar años atrás en el pasillo del Instituto Sagasta, cuando Javi la había invitado a ir a la fiesta.

-Mira Javi, a ver cómo te lo explico –Lila intentó parecer lo más sosegada posible, aunque temblaba por dentro.- Mi código ético como doctora me prohíbe cualquier tipo de relación con los pacientes fuera de la consulta.

-Pero si es solo un café...

¿Cómo decirle que no? Javi parecía francamente desamparado, y encima ahí, bajo la lluvia... que todo sea dicho, comenzaba a empaparle la camisa, marcándole sugerentemente los pectorales... No: totalmente patético. Y tiernísimo. Lila hizo de tripas corazón y, obligándose a recordar los títulos que colgaba de la pared de su consulta, se reafirmó en su postura.

-Imposible. Además, no me has contestado a mi pregunta. Que dónde está Bárbara.

-Bárbara y yo hemos tenido una bronca. De las buenas. Tanto que, de momento, parece que ha cancelado la boda.

Javi le dio la noticia impertérrito. No parecía que la expresión de desamparo se debiera a la decisión de su novia (de hecho, le había impactado más a ella misma, que se sentía en parte responsable), sino a otro motivo, que Lila no llegaba a adivinar.

-En cuanto a lo otro, a tu dilema si venirte o no conmigo, porque sé que es un dilema, y que en el fondo lo estás deseando...-Lila no contestó, pero le fastidió saber que en el fondo tenía razón- eso tiene fácil solución. -La expresión de perrito abandonado se borró del rostro de Javi y una sonrisa pícaro se dibujó en la comisura de su boca.

-Quedas despedida.



## 8.

¿Qué? ¿Cómooo? Nunca le había pasado nada parecido. Lila estaba totalmente indignada. Primero le habían armado un numerito en su consulta, para luego despedirla a la primera de cambio y sin miramientos. La doctora Alvarado podía jactarse de que hasta la fecha todos sus pacientes habían terminado su tratamiento, y de que este siempre había sido exitoso. Así que aquello no tenía nombre. Pero ¿quién se creía Javi que era? En su prestigiosa firma de arquitectos podía hacer lo que le viniera en gana con sus subordinados, pero en su consulta él era un paciente más que debía atenerse a sus instrucciones, le gustaran o no. Muy bien, y si eso era lo que Lila pensaba, ¿por qué entonces reaccionó como lo hizo a la propuesta de Javi?

-De acuerdo. Un café. Hay un sitio aquí, a la vuelta de la esquina.

¡Pedazo de idiota! ¿Pero por qué había accedido? Muy bien, la mirada suplicante de Javi, el flequillo chorreándole y la camisa pegada al cuerpo, eran motivos suficientes para convencer a cualquiera. A cualquiera, pero no a la intransigente doctora Alvarado. Bah: no era el momento de reprocharse nada. Además, tenía otra excusa: se había dejado el paraguas en la consulta y ella también estaba empezando a empaparse.

Una vez en la cafetería se acomodaron en la mesa más apartada: una reducida circunferencia que los obligaba a estar muy juntos. Lila comprobó alarmada que percibía claramente el olor inconfundible a Acqua di Gio que desprendía la piel de Javi. Ella no era la única que no quedaba inmune a los encantos de su acompañante: la camarera que acudió a tomarles nota solo le prestó atención a él, como si Lila fuera poco más que un paragüero. Una vez que Javi pidió por los dos y finalmente quedaron frente a sendas tazas de capuchinos humeantes, ambos parecieron relajarse y dejar a un lado la trifulca que había tenido lugar horas antes en la consulta. Hasta que Javi volvió a tocar el tema.

-Mira, Lila, sobre todo quería disculparme contigo.

-¿Por haberme despedido?

-No, por eso no. La verdad es que de eso no me arrepiento. Si es lo que va a

permitirme disfrutar de unos minutos a solas contigo fuera de esa horrorosa consulta...

-¿Horrorosa? ¿Qué tiene de horrorosa mi consulta? –Lila notó cómo la indignación volvió a teñir de púrpura sus mejillas.

-¡Nada! ¡Absolutamente nada! –Javi se apresuró a remediar la metedura de pata –Lo que quiero decir es que es un ambiente muy frío, tengo la sensación de que tu secretario está pegando la oreja, y de que tú me analizas...

-¡Oye! ¡Que Marc es muy profesional y no anda fisgando como una vecina cotilla! –Lila sabía que mentía, pero tenía que defenderse -¡Y to claro que te analizo! ¡Soy tu psicóloga! Bueno, era...

-A ver, déjame empezar de nuevo –Javi sentía que se estaba metiendo él solo en un embrollo cada vez más complicado, pero aún así hizo acopio de paciencia, inspiró profundamente y volvió a hablar:

-Lila, quiero disculparme. Eres una psicóloga altamente cualificada y lo que ha pasado en tu consulta no tiene nombre. Me siento terriblemente avergonzado y responsable.

-Eso esta mejor.

-Tienes que comprender a Bárbara: lleva unos días muy nerviosa con los preparativos de la boda, y a la tensión acumulada se une el hecho de que le he mentado.

-Sí, le has mentado, y eso está muy mal. –Lila pasó por alto el hecho de que la mayor mentirosa era ella misma.- Aún así eso no justifica el hecho de que me haya tratado como a un felpudo.

-Bueno, discúlpala en su nombre. Discúlpanos a los dos.

-Esta hecho –Lila esbozó por primera vez una sonrisa.

-Y de paso, perdóname también por haber tenido que... despedirte. Eres una buena psicóloga, y lo sabes. Tu tratamiento iba bien encaminado. Como suele decirse, “no eres tú, eres yo”.

Javi miró a Lila a los ojos. Sus rostros quedaban a escasos centímetros, separados apenas por el humo que aún desprendían las tazas calientes. Lila

aún sonreía y Javi volvió a sentir ese cosquilleo incipiente en la punta del estómago, algo que podía ser tanto una premonición como lo contrario: la sensación de un recuerdo socavado que pujaba por salir a la superficie. En cualquier caso, le gustaba aquello que comenzaba a sentir por la doctora Alvarado, y no estaba dispuesto a detenerlo, por mucho que ella ya no fuera responsable de su fallida terapia.

Lila, por su parte, notando que el silencio se prolongaba más de lo necesario y que Javi la miraba de forma extraña, se alarmó. No deseaba ni que Javi descubriera su identidad ni sentirse responsable de su ruptura, por mucho que Bebé no fuera de su agrado. Retomó la conversación:

-¿Y ahora qué vas a hacer?

-De momento, acabarme el café disfrutando de tu compañía, luego irme a casa a darme una buena ducha caliente. Lo necesito –dijo, mirándose las mangas de la camisa, que no acababan de secarse.

-No, quiero decir... con lo tuyo... lo vuestro: Bárbara y tú.

-Ah, eso.

Lila por una parte deseaba que Javi contestara que correría hacia ella para hacerla entrar en razón. No quería cargar con la culpabilidad por más tiempo. Y por otro lado, por supuesto, deseaba lo contrario. No solo porque sentía por Javi más de lo que se atreviera a reconocer, sino porque, más allá de sus sentimientos, sabía que Javi se merecía algo mejor que Bárbara. Así que no supo si sentirse aliviada o definitivamente culpable cuando Javi se explayó:

-De momento, nada. De nada sirve que busque a Bárbara para justificarme o pedirle perdón. Cuando se pone como se pone, es imposible hacerla entrar en razón. Es obstinada como ella sola. Necesita su espacio. Y de todas formas... no sé si lo que quiero es arreglar las cosas con ella. Cada vez estoy más convencido de que lo de la boda es un error. No es lo que deseo, y tú me has ayudarlo a verlo claro.

Lila por primera vez, se sentía como una psicóloga fracasada. Su faceta de terapeuta dedicada y su lado más obstinado aún quería arreglar las cosas

entre aquella pareja desavenida, aunque eso le rompiera el corazón.

-No era mi intención, mira quizá no está todo perdido, quizá aún podemos hacer algo para arreglar vuestra relación y...

-No. –Esta vez había algo de dureza en la mirada de Javi, y su voz era ronca y profunda.- No me has entendido. No quiero volver con Bárbara, si eso significa alejarme de ti. Lo que me gustaría es seguir a tu lado. -A Lila se le hizo un nudo en el estómago. Javi estaba siendo totalmente sincero, y por contraste fue más consciente que nunca de su propia mentira.

-Me sentí muy cómodo allá arriba en el diván –siguió Javi, que no podía imaginar lo que estaba pasando por la cabeza de la doctora Alvarado.- Quiero seguir viéndote, hablar contigo. Pero no en calidad de paciente.

-¿Quieres seguir viéndome pero sin estar en terapia? ¿Qué quieres exactamente? –se atrevió a preguntar Lila, que seguía confundida.

-Una cita.

“¡Una cita!” Una cita con Javi, en otras circunstancias, hubiera sido un sueño hecho realidad. Volvió a sentir la ilusión de hacía más de diez años, cuando Javier Cortés, el chico más exitoso del instituto, le había pedido precisamente lo mismo. Pero por desgracia ahora las circunstancias eran muy diferentes: ella era la responsable de la cancelación de una boda, de una relación rota, y encima le estaba ocultando su verdadera identidad precisamente a la persona que más le importaba. En otras palabras, la situación era deplorable. Una cita con Javi era, sencillamente, imposible.

-¿Estás loco? Te recuerdo que tienes novia. Prometida. O más bien “tenías”, por mi culpa, y por la tuya, por haberla engañado. Apenas acabas de salir de una relación, si es que has salido, ¿y te piensas arrojar a otra? Ni pensarlo. Es infantil, egoísta, irracional y suicida. Conmigo no cuentes. Y encima me has despedido. ¿Crees que voy a caer a tus pies y te voy a decir que sí? Pero, ¿de qué vas?!

Lila y Javi se convirtieron en el centro de atención de la concurrida cafetería. Ajena al revuelo que había levantado, Lila se incorporó y salió apresuradamente de la cafetería. Notaba las lágrimas pujando por aflorar,

pero contuvo las ganas de echarse a llorar. Eran lágrimas de rabia y de impotencia: rabia por haber conseguido lo que hacía años tanto deseaba, e impotencia por tenerlo ahí tan cerca y, llevada por la obligación, tener que rechazarlo. Tenía que huir. Acababa de montarle un numerito a Javi, cuando reconocía de la gran responsable de aquel atolladero era ella. Lo había mantenido engañado todo aquel tiempo, y lo que más le asustaba era que pudiera por fin descubrir quién era. Salir corriendo era todo lo que podía hacer. Era una cobarde.

Pero Javi no se lo iba a poner tan fácil. Debía hacer entrar en razón a Lila a toda costa. En un principio, sin esperar esa reacción, se había quedado unos segundo anclado en su silla, sabiéndose objeto de las miradas curiosas de los presentes. Por fin reaccionó y salió a la calle, donde la tormenta arreciaba. No había pensado qué decirle a Lila, cómo rogarle que le escuchara y se quedara a su lado, pero no había tiempo que perder: ya se le ocurriría algo. Pero llegó tarde. Lila acababa de parar un taxi y solo alcanzó a ver parte de su cuerpo desaparecer tras la portezuela, antes de que saliera disparado calle abajo y se perdiera entre el tráfico. Lila, por su parte, giró la cabeza y lo último que vio antes de echarse a llorar fue a Javi bajo el chaparrón de verano, confundido y angustiado, tanto o más que ella misma.

## 9.

“¿T puedo llamar? SOS”. Lila, tumbada en la cama, envuelta en un albornoz enorme y con una toalla liada en la cabeza, le mandaba un mensaje a Punky. Sin recibir respuesta, tomó una foto de la copa de vino que sostenía en la mano y de la botella que acababa de abrir.

“Si no llamas me la tendré k beber entera”. Tras unos minutos que le hicieron larguísimos, el móvil por fin sonó con el tono de un mensaje.

“¿K celebramos?”

Lila no se hizo esperar y marcó el número de su amiga.

-Que sepas que no celebramos nada, esto es más bien un funeral.

-A ver, cuéntame, ¿qué ha pasado?

-Oye, pero se escucha mucho ruido de fondo, ¿dónde estás?

-¡En Milán!

-¿En Milán? ¡Qué envidia! ¿Y eso? –comparado con su situación, aquello parecía el paraíso. Lila prefirió evadirse por unos minutos imaginando la escena en Milán, antes de lanzarse con su retahíla de desgracias.

-Estoy promocionando los nuevos colores pastel en espray que vamos a sacar al mercado. “Lluvia pastel”, se llaman. De momento, un éxito. Estoy aquí en la semana de la moda. En unos días vuelvo a España. Haremos una fiesta de promoción. Pero sé que no me llamabas para felicitarme. A ver, espera que me aleje de este jaleo y me cuentas...

Lila le relató a Punky lo que acababa de suceder en su consulta y en la cafetería. Cuando acabó,

Punky, por una vez, estaba sin palabras. Comprendía la posición de las tres partes –incluyendo a

Bebé- y también pensaba que la reacción de ninguno de los implicados había sido la correcta. Javi se había apresurado, Bebé se había comportado como una niña y Lila había sido intransigente. De momento solo se le ocurría una solución. En realidad, dos.

-Tiempo al tiempo. Tómate unos días sin pensar en nada de lo ocurrido. No

llames a Javi, déjalo correr. Céntrate en tus otros pacientes y mímate a ti misma, que buena falta te hace. Y ¡oye! Se me ocurre algo para eso. Cuando vuelva, como te he dicho, va a haber una fiesta por todo lo alto. Modelos, gente del mudillo de la farándula, la prensa... lo vamos a petar. Y por supuesto estás invitada. Tráete también a Marc, que me cayó bien el chico, y lo va a flipar con los modelos masculinos. Hey, espera, me entra una llamada, no me cuelgues, ¿eh? Ahora vuelvo.

-Vale –Qué bien había hecho Lila en llamar a su mejor amiga. Sus sabios consejos ya estaba actuando como un bálsamo y se había animado al instante ante la perspectiva de la fiesta. Ella jamás se movía en esos ambientes. El cambio le sentaría de maravilla. Mientas permanecía a la espera, empezó a planear el modelito que se pondría para la ocasión.

-Ya estoy aquí- anunció Punky, al otro lado de la línea. Era una de mis asistentes, para darme el numero del mejor catering que ha encontrado para la fiesta. Se nos ha ocurrido que, para ir a juego con el producto que presentamos, en la fiesta solo se van a servir pastelitos y dulces, todos de color pastel. ¿Mola, eh? Bueno, entonces, ¿vendrás?

-Cuenta conmigo.

.....

-¿Pastelería Hermanos Fuste?

-Habla con Guillermo Fuste, el dueño.

A Punky ni se le pasó por la cabeza que aquel Guillermo Fuste, dueño y director de la cadena de pastelerías más importante del país, no era otro que el Rata, ese chico desgarbado y rarito con el que había tenido más de un desaire en los años de instituto. Tampoco este sabía que la mujer al otro lado de la línea, una empresaria un tanto excéntrica que quería servir dulces de color pastel en una fiesta, era Nuria Ferrer, la estafalaria chica que lo había dejado con un palmo de narices en la fiesta del Manhattan, hacía ya diez años.

-Muy bien. Mi asistenta acaba de hablar con usted; solo le llamo para ultimar detalles.

-Sí, estoy al corriente. No tenemos ningún inconveniente en preparar el catering en la cantidad convenida. Es algo un poco inusual para nosotros, que somos una pastelería más... tradicional, pero como le digo no hay problema. Si le parece bien, uno de mis encargados le llevará a sus oficinas unas muestras del producto, para que nos dé el visto bueno.

-Perfecto.

La conversación telefónica siguió más o menos por esos cauces: todo fue muy correcto y la transacción resultó sencilla entre las dos partes. Ambos se llevaron de la otra persona una imagen parecida: Guillermo Fuste tuvo la impresión de que hablaba con una mujer de negocios que, a pesar de lo inusual de su pedido, era seria, determinada y comprometida, además de alguien importante dentro de su gremio. Justo la clase de clientes con los que le gustaba contar en su cartera. Por su parte, Nuria Ferrer pensó que hablaba con todo un profesional a su altura. Por algo la panadería Hermanos Fuste tenía la fama que tenía. Aquella había sido sin duda una buena elección para el catering, y si todo iba bien pensaba hacer con el tal señor Fuste más negocios en el futuro. Y por su tono de voz (grave, pausado, sugerente), seguro que era un tipo atractivo. Se moría de ganas de conocerlo en persona. Así que una vez que hubieron ultimado los detalles del pedido, y antes de colgar, Punky se atrevió a llevar la conversación un poco más allá:

-Estaría encantada de contar con usted en la fiesta de promoción de nuestro producto. Si no está ocupado, claro.

-No, claro, me encantaría. Siempre que puedo me gusta ver en primera persona cómo es recibido nuestro producto. Seguro que me entiende.

-Perfectamente. A mí me pasa igual –vaya con Guillermo Fuste, era profesional hasta para ir a una fiesta.

-¿Puedo llevar a alguien? –Punky se llevó un chasco. Seguro que ese alguien era su novia, mujer, o en cualquier caso, un acompañante del género femenino. Pero ya no podía echarse atrás.

-Por supuesto, faltaba más.

Tras unas cuantas palabras cordiales, puras formalidades, Punky colgó. Qué



tonta había sido al pensar que Guillermo Fuste (guapo, alto, moreno, y rico) iba a estar soltero. En fin, tendría que esperar al día de la fiesta para conocerlo, aunque ante la perspectiva de verlo con una mujer (guapa, alta, rubia y despampanante) se le quitaron un poco las ganas de todo y se sintió súbitamente un poco sola. Volvió al camerino donde estaba peinando a las modelos para la siguiente pasarela. Se recompuso como solo ella sabía hacerlo. Esas modelos iban a representar a su marca internacionalmente, y aquello era todo lo que importaba.

.....  
“T he llamado, t he dejado mil mens y no m respondes. K pasa?”

Rata probó por enésima vez a ponerse en contacto con Javi. Aquello le olía mal. Siguió insistiendo.

Si esta vez no daba señales de vida, llamaría a la policía.

“Stoy preocupado. T ha pasado algo? CONTESTA!!!”

Fue Javi el que, a regañadientes, llamó finalmente a su amigo. Si no, era capaz de llamar a la policía.

-Estoy bien. Bueno, más o menos –soltó a modo de saludo.

-¿Dónde estás? Te ha llamado a la oficina, y me han dicho que tampoco has aparecido por ahí. Tienes a todo el mundo preocupado.

-No he ido a trabajar. Por un día se las pueden apañar sin mí. Además, soy el jefe. Estarán más relajados sin mí. Está visto que no causo más que problemas.

-¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa? ¿Te ha pasado algo?

-Nada malo. Bueno, no. Quiero decir, nada que haga peligrar mi vida, si eso a lo que e refieres.

-Ay ay, me parece que tienes mucho que contarme.

Javi y Rata (quien hacía tiempo que era simplemente Guillermo, o como mucho “Guille” para los más cercanos) habían mantenido el contacto durante todos esos años. De hecho, seguían siendo los mejores amigos. Quedaban a menudo y estaban al tanto de lo que sucedía en la vida del otro.

Javi había sido testigo del cambio de su amigo y de su carrera estelar: una vez que acabó en el instituto, Guille se negó a seguir estudiando, cosa que no sorprendió a nadie. Comenzó ayudando a su padre y, una vez que sus hermanos pequeños comenzaron la carrera de economía, el señor Fuste se jubiló, dejando el negocio a sus tres vástagos. Los hermanos, mano a mano, habían comenzado un arduo proceso de renovación, modernización y ampliación del negocio. Guillermo había puesto toda su ilusión, su esfuerzo y tesón, mientras que los gemelos se habían encargado de la parte más técnica, gracias a los conocimientos adquiridos en la carrera. El esfuerzo de varios años había sido sus frutos, y la panadería Fuste, que había comenzado siendo un humilde negocio de barrio, se había convertido en Hermanos Fuste, la cadena más afamada de panaderías del país, que contaba con varias sucursales en las ciudades más importantes. A pesar del cambio drástico, la empresa seguía siendo fiel a sus orígenes: una panadería clásica que ofrecía productos tradicionales. A los hermanos Fuste les estaba yendo muy bien y juntos habían amasado una pequeña fortuna, lo que se había reflejado en su estilo de vida. Guillermo vivía en un moderno y amplio dúplex en el centro de la ciudad, el sitio perfecto para el soltero de oro en el que parecía haberse convertido. Porque también su estilo y su físico habían sufrido un cambio sorprendente: del chico menudo que se había ganado el apodo de “Rata”, había pasado a ser un joven atractivo y deseado. Había dado un buen estirón tardío, y sus rasgos se habían moldeado con el transcurso del tiempo dando como resultado un rostro masculino y agradable. De los años de la adolescencia solo conservaba el pelo rizado, ahora con un corte moderno que le favorecía, lejos del penacho hirsuto que había causado la risa de sus compañeros de clase.

Si bien Rata en sus años de adolescencia, como suele decirse, no se comía un rosco, ahora era un don juan nato. Encadenaba una conquista efímera tras otra, y nunca llegaba a formalizar ninguna relación. Tampoco lo andaba buscando: simplemente disfrutaba de esa nueva etapa de su vida, que ni en sus mejores sueños hubiera imaginado.

Guille por su parte había seguido la trayectoria de su amigo Javi, que había

sido tan exitosa como la suya propia, pero desde luego no tan sorprendente. Como todo el mundo esperaba, había seguido junto a Bárbara, con quien se había comprometido hacía unos meses. A Javi le habían ido bien los estudios y ahora era un reconocido arquitecto con su propio estudio y un equipo a su mando. Seguía teniendo el carisma de siempre y era un líder nato, además de un hombre muy atractivo. En eso la vida de Javi poco había cambiado. Lo que nadie esperaba eran las desavenencias entre Javi y su prometida. A pesar de llevar tantos años juntos, parecían no tener nada en común y desear seguir rumbos opuestos. Nadie, incluido Guille, comprendía cómo podían seguir siendo una pareja e incluso estar haciendo planes de futuro. Bebé quizá lo hacía porque permanecer junto a su novio le proporcionaba estabilidad y estatus social. ¿Pero Javi? Guille había llegado a la conclusión de que su amigo simplemente se había conformado demasiado pronto. No era él quién para juzgarlo, y de hecho, aunque Bebé nunca le hubiera hecho demasiada gracia, Guille le había aconsejado siempre en lo posible a su amigo por el bien de la relación. De hecho, dando muestras de una sensatez inusitada, había sido él quien le había recomendado lo de la terapia, aunque por lo visto había sido un fiasco: lo estaba comprobando como mientras Javi, al otro lado del teléfono, le ponía al tanto de lo sucedido desde su primera sesión con la doctora Alvarado.

Guillermo esta vez no supo qué decir ni que aconsejarle. Estaba claro que la tal doctora Alvarado debía ser alguien muy especial como para haber logrado despertar ese aluvión de sensaciones en su amigo, consiguiendo incluso alejarlo de Bárbara. Pero Javi quizá se había precipitado. Aquello era inusual en su amigo, que siempre se mostraba prudente y sensato. Le vendría bien distraerse y distanciarse un poco de todo lo sucedido, para ordenar sus pensamientos. Recordó entonces su última conversación por teléfono y el motivo principal por el que estaba llamando a Javi:

-Te tengo el remedio tengo el remedio perfecto: una fiesta por todo lo alto.

-¿Una fiesta ¿Pero es que no te has enterado de todo lo que acabo de contarte? No tengo cuerpo para fiestas.

-Venga, ánimo, que no es una fiesta cualquiera: modelos, celebrities, el

local más guay de la ciudad, bebida y comida, chicas guapas... ¿qué más quieres? Anímate.

-¿Y de dónde has sacado esas fiesta? ¿A quién has engañado esta vez?

-Ja ja... no: me han contratado para el catering. La organizadora debe de ser una peluquera muy famosa, aunque como yo no me muevo en ese mundillo no la conocía de nada. Va a presentar un producto capilar y quiere que preparemos dulces y pastelitos de colores pastel para la fiesta. -Qué original.

-Ya ves. ¿Bueno, te apuntas? Seguro que Lucas y Matías también se apuntan, y hace tiempo que no los ves.

-¿Pero yo estoy invitado?

-Le he dicho a la peluquera que iría acompañado y no ha puesto problema...

-¿Y qué te traes tú con “la peluquera”?

-¡Pero si ya te he dicho que no la conozco de nada! Ni siquiera la he visto. Eso sí, tenía una voz muy sexy...

-Ya sabía yo...

-Venga, tío, vente, que tienes que ser mi *wingman*...

-¿Tu qué?

-Que no estás al loro: *wingman*. Es como... mi compinche para ayudarme a levantar a las tías. Así se dice en inglés.

-Ja, ja... muy bien, sigue construyendo tu diccionario, te voy a dejar ya.

-¿Pero vendrás?

-Me lo pensaré. Alguien tendrá que ayudarte a levantarte a la peluquera, ¿no?

.....

-¡Una psiquiatra! ¿Te lo puedes creer? ¡Poco más y me ponen una camisa de fuerza allí mismo!

-Antes me dijiste que era una psicóloga...

-Qué más da. Es lo mismo.

-Bueno, en realidad...

-¿Es que tú también me vas a llevar la contraria? ¡Creía que estabas de mi parte!

Bárbara, al teléfono, se desahogaba con su hermana Belinda, contándole el bochornoso episodio que había vivido aquella misma tarde. Belinda, en realidad, no estaba completamente del lado de su hermana: sabía lo insostenible que podía ser a veces y compadecía a Javi por tener que aguantar todas sus rabietas. Y no le parecía tan mala idea lo de acudir a terapia antes de la boda. Para todos resultaba obvio que Javi y Bárbara no congeniaban. Podría jurar que hasta sus padres lo pensaban, aunque por nada del mundo lo hubieran confesado. De hecho, su madre parecía estar tan ilusionada con los preparativos de la boda como Bárbara misma. Pero Belinda tenía la sensación que toda aquella parafernalia y derroche eran una farsa. Por supuesto, todo eso no se lo iba a decir a su hermana. Por nada del mundo quería convertirse en ese momento en el objeto de la ira de Bárbara, y además su papel de hermana mayor era el de apoyarla en todo.

-Ah, pero no te creas que me he quedado con los brazos cruzados –siguió Bebé.

-Ay, miedo me das. ¿Qué has hecho?

-Pues cancelar la boda, ¡ja!

-¿Quéeee? ¿Estás loca?

-¿Qué me has llamado?

Belinda tragó saliva. Se podía imaginar perfectamente a su hermana con la mirada desencajada y deseando estrangular a todo aquel que no le llevara la razón como un borreguito.

-Mujer, es... es una manera de hablar. Quiero decir que igual te has precipitado un poco...

-No seas boba, claro que no quiero cancelar la boda, si ya tengo el vestido elegido y las invitaciones preparadas... pero le quiero dar a Javi un poco de su propia medicina. Hacerle ver que no me importa tanto. Que como no tenga cuidado, esto se acaba. Ya verás, volverá a mí con las orejas gachas y manso como un cachorrito.

Puede que Bárbara tuviera razón. En tantos años Belinda no había descubierto el secreto del éxito de su hermana, que parecía doblegar a cualquiera y hacerle cumplir sus deseos con un simple gesto. La última prueba era que hacía poco Bárbara había conseguido convencer a su padre para comprarle un coqueto apartamento en la zona más de moda de la ciudad (mientras que ella había tenido que optar por algo más humilde, hipotecado con su propio sueldo). Javi, no obstante y dando muestras de ser un perfecto caballero, no había querido mudarse con ella. Tras la boda –si es que finalmente se celebraba– quería que Bárbara se mudara con él a su casa, que aunque no estuviera en la zona más exclusiva era igualmente amplia, cómoda y moderna. Belinda pensaba en secreto que Javi merecía algo mejor que su propia hermana. Se sentía fatal al pensar algo así, pero no podía evitarlo. Mientras Bárbara, al otro lado de la línea, seguía relatándole lo ocurrido y desahogándose de lo lindo, ella se llevó un par de galletas a la boca de la caja que reposaba en su regazo. La comida parecía ser el remedio más sencillo para acallar el sentimiento de culpabilidad que en ese momento la roía por dentro.

Belinda en todo aquel tiempo no había conseguido adelgazar un gramo, pero lo cierto es que su aspecto se había pulido y refinado: por fin se sentía a gusto dentro de su cuerpo y entre sus curvas, que no dudaba en lucir con bonitos y alegres vestidos y llamativos complementos. Era la imagen misma de la alegría y la bondad personificada. En el bufete de abogados de su padre se desvivía por sus clientes a quienes atendía siempre de manera desinteresada y ecuánime. Se había labrado una excelente reputación como abogada, lejos de la sombra de su padre, tanto que muchos de sus compañeros de trabajo ni siquiera sabían que era la hija del jefe, el señor Bustamante, y achacaban que compartiera apellido a una simple coincidencia. Todos la respetaban por saber defender a sus clientes a capa y espada, y la adoraban por su talante alegre y afanado. Sin embargo, nadie sabía que Belinda no era del todo feliz en su trabajo: le gustaba saber que prestaba un servicio a los demás, y que una vez ganado un juicio estos podrían seguir con sus vidas, pero lo suyo no era precisamente la abogacía. Donde de verdad Belinda se sentía realizada era en la cocina y entre los

fogones: le fascinaba experimentar con nuevas recetas, buscarlas en internet o en programas de cocina, combinar nuevos sabores o ingredientes exóticos, y sus platos y en especial sus postres hacían las delicias de aquellos que los probaban. Su sueño era tener un negocio de catering, o quizá hasta un local propio, puestos a soñar, una especie de meca de la gastronomía, a poder ser lejos de la ciudad, en el campo, donde atender a sus clientes ofreciéndoles una experiencia completa que fuera más allá del comedor: un fin de semana o unas vacaciones breves en un paradero que fuera el paradigma de la serenidad y el buen gusto. Pero claro, todo eso eran solo sueños, y de momento Belinda debía resignarse a acudir todos los días al bufete de abogados, relegar sus ansias y anhelos y dar lo mejor de sí misma. Siempre lo había hecho.

-Bueno, ¿y qué más ha pasado? –Belinda no solo se moría de curiosidad: sentía pena por Javi y quería saber qué había sido de él o cómo ayudarlo a expensas de su hermana, si fuera necesario.

-Nada más, he dejado a Javi plantado en la calle, a la salida de la consulta.

-Ay, pobre...

-¿Pobre? De eso nada, bonita. Se tiene merecido el escarmiento.

-Espero que el plan te funcione.

-Claro que funcionará. Y voy a ir un poco más lejos.

Belinda se llevó otras dos galletas a la boca. Esa frase no presentía nada nuevo.

-¿Sabes qué voy a hacer? Voy a llamar a Paula y a Vane y nos vamos a ir todas a esquiar.

-¿A esquiar? ¿Pero tú estás loca?

-¿Qué me has llamado?

-Quiero decir... Es que a esquiar... ¡si no va a haber nieve!

-Bah, chica, es un decir... nos vamos a un spa... a hartarnos a masajes, champán, y ver a monitores de esquí aburridos...

-Pero, pero... ¿No piensas que es un poco irresponsable? Después de la

trifulca que has tenido con

Javi, igual lo mejor sería hablar con él, intentar arreglar las cosas, ya sabes, hablando se entiende la gente...

-No, ya está decidido. Estoy con el portátil haciendo las reservas en el hotel. Ah, y tú te vienes. Te paso a buscar mañana a las ocho. ¡Adiós, hermanita!

-Pero, ¡Bárbara! –no obtuvo respuesta. Su hermana ya había colgado. Presa de la ansiedad y la incertidumbre, Belinda se llevó otra galleta a la boca.



## 10.

-¡Me encanta tu fiesta! ¡Es total!

Marc estaba como un niño en la mañana de reyes. No podía creer que estuviera en el local más selecto de la ciudad, rodeado de famosos y celebrities.

-Oye, ¿pero esa no es...? –preguntó señalando hacia una invitada, asidua de las portadas de las revistas del corazón, que lucía un peinado rosa pálido.

-Sí, es –afirmó Punky, divertida.

-Y ese de ahí es... ¡noo! Es...

-Shhh, pero no grites, ¡y no señales!

-¡Ayyy! ¡Es que es tan emocionante! ¡Cuándo se enteren las de la Groupe!  
¡Se van a poner verdes de envidia!

Marc, asesorado por la propia Punky, se había decantado para la ocasión por un tupé verde pálido, mientras que las sienes se las había teñido de plateado. Él no era el único que había transformado su look: Lila lucía una trenza de raíz, sin duda mas discreta que el peinado de Marc, pero en la que igualmente se combinaban distintos tonos de los tintes de Punky en una cascada en una gama de tonos púrpura.

Marc estaba nervioso y exaltado, fuera de sí. Lila no llegaba esos extremos, pero lo cierto es que estaba de mejor talante. Definitivamente había sido una idea estupenda dejar de auto compadecerse, ponerse las mejores galas, y unirse a la fiesta. Aunque el llamativo color de su pelo no acababa de convencerla:

-Oye, Punky, ¿esto se me irá en un par de lavados, no? Mira que si me quedo así, cualquiera se presenta el lunes en la consulta...

-Que sí, tía, qué pesada. Con un par de lavados volverás a ser la misma mojigata de siempre. Eso es lo bueno del producto, que no es definitivo. Que te permite experimentar y no conformarte con lo primero que encuentras.

-¡Uy, eso suena divinoooo! –Marc dio unas palmaditas de entusiasmo.- Lo voy a adoptar como mi lema. Y para ponerlo en práctica, me voy a

mariposear por ahí, que he visto unos modelazos que...

-¡No! –le frenó en seco Punky, que por cierto, era sin duda la más llamativa de todos los presentes. Para algo era la viva imagen de su propia marca. Había optado por una cresta de dimensiones imposibles que lucía la gama entera de todos los tintes de su marca. Lila se había burlado de ella nada más verla, diciendo que parecía un unicornio. Justo lo que Punky andaba buscando.

-¿Qué pasa?

-Pues que antes de irte por ahí a ligar tendrás que acabarte eso, ¿no? –Punky se refería al cupcake a medio devorar que Marc sostenía en una mano. En la otra hacía malabarismos con una copa de champán, que los camareros se apresuraban a rellenar cada varios minutos. La sobredosis de azúcar y el alcohol explicaban en parte su estado eufórico.

-Es que estos pasteles están de vicio, ¿de dónde los has sacado?

-Los he encargado a la pastelería de más postín que he encontrado.

-Pues nada, yo me voy a buscar otro “pastelito”, ya me entendéis... -Marc se mezcló entre la multitud y Lila se excusó para ir al baño. Tanto champán no combinaba bien con la falda ajustadísima que había elegido para la ocasión, y de paso aprovecharía para revisarse el peinado en el espejo. Seguía sin estar segura con aquel pelo multicolor y necesitaba convencerse de una vez por todas de que no parecía otro unicornio psicodélico.

Punky se quedó sola, disfrutando en silencio del éxito que estaba siendo aquella celebración y brindando en su interior con ella misma. Se preguntó entonces si habría llegado el responsable del catering, que seguro que era en sí mismo un pastelito en persona. ¡Qué horror!: se estaba convirtiendo en Marc. Además, atisbando al personal era imposible saberlo. Nunca había visto al chico en persona. Y venía acompañado, se recordó a sí misma, mitigando su pena con un buen trago de champán. En fin, mejor olvidarlo.

A pocos metros de ella, a Guille, que todavía esperaba a Javi, le llamó la atención el peinado voluminoso y multicolor de aquella chica que se había quedado sola junto a la barra. “Qué pintacas”, pensó para sus adentros. Acto

seguido se fijó en su rostro e inmediatamente se dio cuenta de que aquella rarita había sido compañera suya de instituto. De hecho, era la que le había dado calabazas en la fiesta de graduación. Bueno, ni había llegado a eso. Javi le había contado que había tratado en vano en emparejarlos, pero que ella se había negado en redondo. De hecho, ni siquiera habían llegado a cruzar palabra en el Manhattan. Y desde entonces no la había vuelto a ver. Qué cosas tenía la vida. Él, por quien nadie daba un duro, había llegado a ser un empresario exitoso y tenía a cualquier mujer a su alcance, mientras que ella, siempre dándose ese aire de chica especial e interesante... ¿qué habría sido de ella? Con esas pintas, esa ropa y ese pelo, seguro que era cantante de un malparado grupo de rock matándose por conseguir algún número en los antros más dudosos de la ciudad. En fin, no perdía nada por acercarse a ella y charlar un rato mientras llegaba el tardón de Javi, aunque fuera para restregarle en las narices cómo había triunfado en la vida. Mientras se aproximaba a ella intentó recordar sin éxito su nombre, más bien su apodo, ya que si de algo estaba seguro es que nadie la llamaba por su nombre real... cómo era... ¿Rocky? ¿Vicky? ¿Monkey? Había llegado a su altura y el apodo seguía sin venirle a la memoria. En fin, se lo preguntaría directamente.

-Yo a ti te conozco...

Antes de girarse, Punky solo tuvo el tiempo necesario de pensar quién sería el plasta de turno que intentaba ligar con una frase tan poco original. Vaya tontería: todos allí la conocían, para algo era la estrella de la fiesta. En fin, se quitaría al pelma en un segundo. Pero al darse la vuelta con una sonrisa forzada y encontrarse cara a cara con aquel monumento, a quien no tenía el placer de conocer, su rostro mudó y todo lo que se le ocurrió fue presentarse de la manera más educada posible:

-Nuria Ferrer, mucho gusto. La creadora de Punky... –pronunció con un nudo en el estómago mientras le tendía la mano al atractivo desconocido.

Punky notó como el semblante de este, hasta ahora afable y sonriente, (y varios palmos por encima de ella, pues era altísimo, como a ella e gustaba) se tornaba serio, como si su nombre lo hubiera sorprendido. ¿O es que la

palma de la mano le sudaba y el guaperas se había asqueado? ¡Horror!. Nada que ver: Guillermo, al oír el nombre de su antigua compañera de curso, ligado al de su marca (que había sido su apodo en la adolescencia), había caído en la cuenta de que se trataba de la misma persona que organizaba la fiesta y le había pedido que se encargara del catering. La misteriosa empresaria con una voz muy sexy al otro lado del aparato. ¡Punky! Se sintió como un idiota: ¡mira que no haber caído en la cuenta de que se trataba del bicho raro del instituto en el momento en que le hizo los pedidos por teléfono! Lo cierto era que Nuria, o Punky, seguía igual. El mismo rostro infantil y gracioso, el tipito menudo que de pronto se le hizo peligrosamente tentador. No, en realidad no estaba igual: los años transcurridos se habían asentado magníficamente sobre ella: de ser un bicho raro había pasado a ser una mujer fascinante, incomparable y sumamente diferente al catálogo de chicas con las que Guillermo había compartido cama. Sintió un hormigueo en el estómago. Guillermo, tras las calabazas en el Manhattan y esos años en los que su situación había cambiado radicalmente, sucediéndose un éxito tras otro, había relegado a Punky al olvido. Pero ahora, cara a cara, volvían a resurgir recuerdos y sensaciones lapidadas. Se sintió como un adolescente. Un adolescente atraído por la chica más especial y enigmática del instituto Sagasta. Lo que sí quedaba claro es que Punky lo había olvidado a él, a Rata, un chico carente de todo atractivo que nada tenía que ofrecerle por aquel entonces, como no fuera una conversación sobre cómics y alguna que otra ensaimada birlada del obrador de su padre. Pero eso, definitivamente que eso sí había quedado en el pasado. Guillermo era consciente de su cambio, tanto físico como en todo lo demás, y ahora se veía capaz de conquistar a la empresaria triunfadora que tenía enfrente. Decidió aprovecharse de la situación y ocultar, al menos de momento, su verdadera identidad. Él ya no era Rata: era Guillermo Fuste, atractivo, dinámico, fuerte, exitoso, y con una personalidad arrolladora, que debía desplegar de inmediato antes de que Punky se le escapara una vez más.

-Oye, te has quedado muy callado, ¿hay algo mal en la fiesta? ¿Tienes alguna queja?

Guillermo salió de su marasmo.

-No, claro que no. Venía a presentarme. No tenía el placer de conocerte en persona, y quería felicitarte por el éxito de la fiesta y agradecerte el haber contado con nosotros para tu catering.

-¡Oh! ¡Tú eres...!

-Guillermo Fuste, de Hermanos Fuste. Como digo, un placer conocerte y estar aquí –y sin pensárselo dos veces, y aunque ya había estrechado la mano a modo de presentación, Guille le plantó un cálido beso en la mejilla a Punky, que quedó visiblemente azorada.

-Gracias por todo, la verdad es que sí, fue un acierto encargarte los pasteles, como ves están siendo un éxito, las bandejas ya están casi vacías...

-En ese caso, no me importaría encargarme personalmente de otro pedido, o quizá hornearte algo solo para ti... Mi especialidad es el pastel de chocolate y fresas...

Por muy tentadora que sonara la oferta, una alarma se encendió en la mente de Punky. Guillermo Fuste había venido acompañado. ¿Dónde estaba la rubia despampanante (porque seguro que era rubia, y garantizado que era despampanante) a la que había invitado? Tenía que salir de dudas.

-Creía que no habías venido solo... -apuntó Punky, pasando por alto la sugerente propuesta de su interlocutor.

-Sí, bueno, no, no sé: he quedado aquí con mi mejor amigo, pero parece que se retrasa...

¡Amigo! ¡Había dicho “amigo”, acabado en “o”! De repente la noche se presentaba muy, muy prometedora...

## 11.

Javi llegó tarde al local donde había quedado con Guillermo. En primer lugar estaba en una zona de la ciudad con la que no estaba familiarizado: un área hasta entonces industrial donde los almacenes y naves estaban siendo reconvertidos en modernas galerías de arte, locales alternativos y lofts de estilo neoyorquino. Una vez que había dado con el lugar, encontrar

aparcamiento había sido una pesadilla, puesto que la fiesta debía de estar en su máximo apogeo. Javi imaginó el local abarrotado y estuvo tentado de volver a casa: seguía con un estado de ánimo deplorable y un humor de perros. No se quitaba de la cabeza el episodio en la cafetería y la última vez que había visto a Lila. Se le rompía el corazón al pensar que quizá esa había sido la última vez, pero para siempre: jamás sus caminos llegarían a cruzarse de nuevo en una ciudad tan grande, como estaba comprobando en persona al deambular por calles que ni siquiera sabía que existían. Pero ya era muy tarde para echarse atrás y le había prometido a Guille que iría a la fiesta: le tenía que echar un cable con la misteriosa peluquera ser el *wingman* de su amigo, como él lo había llamado. Para acabar de empeorar la cosa, el trayecto en coche había sido tan largo que necesitaba imperiosamente ir al baño. Así que nada más llegar a la fiesta (que, como puedo comprobar, estaba en efecto a rebosar de gente moderna y estrambótica, algo muy diferente a los círculos que estaba acostumbrado a frecuentar), se abrió paso a codazos entre el gentío para poder llegar al baño. Maldita fiesta...

Al salir del aseo masculino, se tropezó de bruces con una loca de pelo morado que a su vez salía corriendo del baño de mujeres. Pero todo su mal humor de disipó de un plumazo al comprobar de quién se trataba.

-¡Lila!

-¡Javi!

-Vaya, estamos haciendo una costumbre esto de tropezarnos en todas partes...

-¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

Javi no pudo hacer otra cosa más que reírse de la ocurrencia. Nada más lejos. Hacía un minuto pensaba que jamás la volvería a ver, y mira por dónde, esa noche el destino parecía haberle guardado la más grata de las sorpresas.

-¡Ya quisieras! No estoy tan loco: puede que necesite una psicóloga, pero no he llegado al punto de acosar a bellas doctoras. Me ha invitado un amigo. Esto es cosa del destino, ¿no crees? ¿Y quienes somos nosotros para

contradecir al destino?

Lila estaba tan maravillada como Javi de la asombrosa coincidencia. Si decía la verdad y no la andaba siguiendo, Javi estaba en lo cierto: su destino era encontrarse mutuamente, en las situaciones más insospechadas.

-Nadie, desde luego. Esta noche debe de estar escrito en las estrellas que nos encontremos.

Y con eso Lila quería dar a entender que estaba dispuesta a arreglar las cosas. Debía dejarse llevar por la magia del momento. Dejar de una vez por todas a un lado sus escrúpulos y reparos por ser (o haber sido) la terapeuta de Javi y por haber desencadenado sin quererlo una ruptura. Debía aprovechar el momento. ¡Carpe Diem! Y aquel lugar y aquel momento, envueltos en la música de fondo y en el animado bullicio, eran sin duda perfectos. Quizá Javi había sido demasiado impetuoso en la cafetería, pero ella había sido demasiado dura. El destino le había puesto en bandeja una segunda oportunidad y aún estaba a tiempo de corregir su conducta. Pero nada de conversaciones serias: no aquella noche. Lo quería pasar bien, sin más, y ver donde iban a parar las cosas. Además, por alguna razón se sentía de maravilla: bueno, “alguna razón” eran quizá las copas de champán que ya llevaba encima, o haber comprobado satisfecha que estaba encantada con aquella nueva imagen que le devolvía el espejo del baño. Javi pareció leerle el pensamiento:

- Oye, ¿qué te has hecho en el pelo?

Lila se alarmó y se llevó las manos a la cabellera trenzada:

-¡Ay! ¿Esto? Ocurrencias de mi amiga, para no desentonar en la fiesta. ¿Qué pasa? ¿estoy hecha un adefesio?

-Eso no lo conseguirías ni aunque te pusieras una bolsa en la cabeza. Me encanta el color. En serio, te queda muy bien. Y esa ropa... wow. Estás... preciosa.

-Bueno, tú tampoco estás mal, me gusta tu... tu corbata -dijo Lila por decir algo, llevando su mano instintivamente a la corbata de Javi. Al posar sus dedos en la prenda, Javi, movido por un inexplicable resorte, tomó

delicadamente la mano de Lila y la desplazó suavemente un poco a la izquierda, a su pecho, sobre el corazón, para ser más exactos.

-¿Lo notas? –susurró Javi en un susurro.

-S-sí, lo noto –Lila, por supuesto, se refería al corazón de Javi, que latía con fuerza, desbocado, como queriendo saltar del pecho.

-Mira, quizá no sea el momento de hablar de lo ocurrido el otro día en la consulta, pero la sesión me ayudó. Mucho. He estado pensando, indagando en mi interior, y quiero contarte algo. Un poco más de lo que pude en el diván, antes de... bueno, antes de que pasara todo lo demás.

Lila contuvo el aliento. Quería obviar ese “todo lo demás” que se precipitó como ellos como una tormenta, y quedarse así para siempre, notando el palpitar desenfrenado del corazón de Javi, su respiración agitada, y escuchando cualquier cosa que tuviera que decirle.

-Una vez me lo rompieron. Esto –enfaticó presionando la mano de Lila sobre su pecho.- El corazón. Algo ya te conté... Fue hace muchos años, yo era un crío, pero no por eso fue menos doloroso. Me enamoré como un idiota, un flechazo rápido y mortal, todo en apenas unos minutos. Ella se fue. Para siempre. Y decidí quedarme con Bárbara. Para que nunca me dañaran más, para protegerme, o por conformista: llámalo como quieras. Enterré lo ocurrido en mi interior, y he conseguido ser feliz, o eso creía. El otro día, primero en tu consulta y luego en la cafetería, reviví lo ocurrido, y me embargaron los mismos sentimientos que ya creía olvidados. Volví a sentirme como un adolescente. Un adolescente idiota y terriblemente enamorado. Ahora estoy dispuesto a arriesgarme y darlo todo de mí. Lila: me he enamorado de ti.

Lila estaba sin palabras. ¿Cómo confesarle a Javi que ella también estaba enamorada, que había intentado en vano sentir con otros chicos lo que había llegado a sentir por él hacía años? ¿Cómo decírselo sin confesarle que ella la misma chica del instituto que no se creía correspondida, y que de haberlo sabido entonces se hubiera quedado a su lado y no se hubiera ido a Estados Unidos? ¿O debería confesárselo y acabar con aquella farsa de una vez por todas? No, eso sí que no: Javi no se lo perdonaría, eso volvería a romperle el



corazón de nuevo. Sabía que Javi se sentía atraído precisamente por su honestidad, y si se enteraba de que le había sentido la dejaría para siempre.

-¿Lila? ¿Me estás escuchando?

-Sí... es que no sé qué decir.

-Pues no digas nada.

Perfecto. Eso era lo que más deseaba hacer. “Nada de conversaciones serias”, se había propuesto hacía solo uno momento. “Nada de conversaciones” sonaba aún mejor. Lila notó la respiración agitada de Javi, que suavemente la atraía más hacia sí, hasta que sus rostros se rozaron. Javi posó sus labios sobre la boca semi abierta de Lila, pero antes de que el gesto cuajara en un beso, Lila reaccionó y se apartó bruscamente de él. Por muy tentador que resultara el momento, necesitaba pensar, necesitaba tiempo, quizá pedirle consejo a Punky o incluso a Marc. Porque ella, por su parte, había perdido la cabeza: estaba claro.

-No, Javi, espera: tengo que ir a buscar a mis amigos, llevo rato sin verlos y seguro que están preocupados.

Javi no se molestó. Quizá se había precipitado de nuevo: Lila era una chica seria y era natural que necesitara un poco de tiempo. Además, estaba claro que la salida de los baños no era el lugar más romántico ni más adecuado para un primer beso. Le daría el margen que necesitara.

-Como quieras. Tengo todo el tiempo del mundo. Te esperaré siempre.

Y con aquellas palabras tan prometedoras, Lila se alejó de su lado, sin atreverse a mirar atrás.

Javi, todavía sonriendo y pensando en lo benévolo que había sido con él el destino, se encaminó en dirección contraria a Lila y se mezcló de nuevo con la multitud, pero esta vez de mucho mejor ánimo. Debía encontrar a Rata y contarle lo ocurrido. Seguro que la excusa sería más que suficiente para perdonarle el retraso. Lo distinguió en la distancia: su amigo desde luego no había perdido el tiempo.

Estaba charlando animadamente con una chica pequeñita con el pelo de todos los colores posibles:

debía tratarse sin duda de la dueña de la marca que organizaba la fiesta, la misma que le había robado el corazón tras una conversación muy formal por teléfono. La cosa debía de estar funcionando, porque a Guille se le veía embelesado y a muy pocos centímetros de su interlocutora, a la que todavía no podía distinguirle el rostro. Al acercarse y poder finalmente verle la cara se quedó de una pieza: ¡si era Punky, su antigua compañera de instituto! ¡Claro! ¿Cómo no haber caído antes? Guille no le había dado detalles de la fiesta ni le había dicho el nombre de la empresa que organizaba el evento, pero los carteles coloridos que anunciaban los productos Punky estaban por todas partes. Era obvio que la chica le había ido muy bien. ¿Quién lo hubiera imaginado? Aquella niña estafalaria se había convertido en una empresaria exitosa que había revolucionado el mundo de la cosmética. Recordó entonces que Punky era la mejor amiga de su antiguo amor: Adela. ¿Habrían seguido las dos manteniendo el contacto? Es más... ¿cabía la posibilidad de que Adela estuviera allí? Le recorrió un escalofrío con tan solo imaginarlo. Muy pronto saldría de dudas: estaba dispuesto a preguntárselo directamente.

-¡Punky! ¿Cómo estás? ¿Te acuerdas de mí? –se presentó Javi una vez que hubo llegado hasta ellos, pasando por alto a su amigo e interrumpiendo lo que fuera que aquellos dos se estaban contando.

-¡Javi! ¡Javier Cortés! ¡Cuánto tiempo! ¡Estás igualito!

-Tú tampoco has cambiado nada. ¡Y es un cumplido!

.¿Pero... pero qué estás haciendo tú aquí? –Punky no daba con la explicación, a no ser que en un acto de locura hubiera seguido a Lila.

-Me ha invitado mi amigo Guille, o Rata, como tú lo conoces. ¿Es que no te lo ha dicho?

El suelo tembló bajo los pies de Punky. ¿Cómo? ¿Que aquel bombonazo con el que estaba hablando – más bien ligando- no era otro que Rata, el chico escuálido y feúcho de sus días de instituto?

-A ver, a ver... un momento... -Punky miró alternativamente a Javi ya Guille, creyéndose víctima de una broma de mal gusto.- ¿Qué tú eres Rata? ¡¿Rata?! ¿Pero de qué vas?

-Ay, me parece que he metido la pata... -se excusó Javi -¿Es que no se lo habías dicho?- le preguntó a su amigo, a quien ya no le quedaba ni rastro de la sonrisa en el rostro.

-Pues no, chaval, no se lo había dicho –confesó por fin Guille, a quien en ese momento le hubiera gustado estrangular a su amigo. Le había chafado el plan y la farsa.- Mira, Punky, yo... no es que te quisiera mentir... -comenzó a excusarse torpemente.

-Ya, pues podías haber empezado diciéndome quién eras. Ya veo que en realidad no has cambiado tanto: sigues siendo el mismo cuentista de siempre.

-Pues tú, bonita, también es verdad que sigues igual: aún no sé cómo no se te ha caído el pelo con tanto tinte y tanta cosa rara que te haces -intentó defenderse Guille atacando donde más podía dolerle a Punky.

-¡¿Quéeee?! Pues tienes que saber, “bonito”, que mis productos son de la más alta calidad y seguro que llevan menos químicos que estos pasteles tuyos, que a saber qué les pones para que tengan esos colores... por lo menos matarratas...

-Pues como tú misma has dicho están siendo un éxito... ya casi no quedan. A ver si puedes decir lo mismo de tus tintes cuando se acabe la fiesta.

-Mi empresa, que lo sepas, ha revolucionado el mundo de los productos capilares y toda mi gama se vende como rosquillas. Rectifico: mucho más que tus rosquillas.

-Hablando de rosquillas, no te vendría mal comerte a ti misma unas cuantas, a ver si echas culo y tetas, que buena falta te hace.

Punky estaba a punto de estallar de la ira. Los que los rodeaban miraban atónitos el espectáculo, mirando alternativamente a uno y otro contrincante, como si se tratara de un partido demencial de tenis.

-¡Yo no comeré rosquillas, pero tú, viendo cómo eres, no te vas a comer ni un rosco!

Rata, obviando la metáfora, siguió atacando por otro flanco:

-Ah, roscos de Reyes, otro de nuestros éxitos de toda la vida. Mi compañía

vende productos artesanales y tradicionales que pasan todos los controles de calidad y satisfacen a nuestros clientes y...

-Ya, ya, corta el rollo. “Artesanales y tradicionales”, qué desfasado. Seguro que te iría mejor vendiendo tus pastelitos a la puerta de un geriátrico. A tu empresa a todas luces le hace falta modernizarse.

-Si por modernizarse entiendes que nos volvamos todos locos haciendo fiestas snob y tiñéndonos los pelos decolores pues...

Javi no sabía dónde meterse. Se sentía responsable: él mismo, sin querer, había provocado aquella batalla dialéctica. Lejos de ser el *wingman* que le había prometido ser a su amigo, había desatado un cataclismo. Lo mejor era cortar por lo sano antes de que aquellos dos acabaran tirándose las copas a la cabeza. Decidió ir al grano.

-Oye, Punky, ¿qué ha sido de tu mejor amiga, Adela, la que se fue a Estados Unidos? ¿No andará por aquí?

Punky, enfrascada como estaba en su particular tira y afloja con Guille, se había olvidado momentáneamente de su amiga. ¿Dónde demonios se había metido? Mejor así, que no apareciera: aunque la presentara como a Lila, la terapeuta que nada tenía que ver con la antigua Adela, ¿cómo explicar que ellas dos, tan diferentes, eran amigas? Javi podía atar cabos y descubrir de quién se trataba realmente. O Rata podía reconocerla, por mucho que hubiera cambiado físicamente. Al fin y al cabo debía reconocer, aunque le doliera en el orgullo, que el chico era más despierto y suspicaz de lo que esperaba. Lo mejor era evitar a Lila a toda costa. Rezó para que estuviera por ahí entreteniéndose con cualquier cosa y no le diera por reunirse con ella.

-Pues no... tras unos meses en que nos carteamos, acabamos perdiendo el contacto -mintió descaradamente.

-Vaya, una pena.

-Sí, una pena, pero estas cosas pasan.

-A nosotros no nos pasan -volvió a atacar Guille.- ¿Ves? Una de las cosas buenas que tenemos los “tradicionales” es que valoramos la amistad y no

perdemos el contacto.

-O será que nadie más te aguanta, chato. Tú, por mucho que hayas dado el estirón, te has quedado anclado en el pasado. Tu pastelería es rancia y está anticuada. Yo, sin embargo, vivo los tiempos que corren. Me gusta relacionarme con gente nueva e interesante y... y ... -Punky se estaba metiendo ella solita en un embrollo y se estaba quedado sin argumentos. Vio entonces a Marc por el rabillo del ojo y se le ocurrió una idea descalabrada.

-¿Y qué más, corazón?

-Y... ¡que mi novio es prueba de ello! ¡Así que no me llames “corazón”, que como te oiga te da una ostia! Espera que os lo presento. ¡Marc, cariño!

Marc se acercó hasta el trío, un tanto mosqueado porque Punky lo hubiera llamado “cariño”, pero sin esperarse lo que le venía encima. ¿Qué estaba pasando allí? Punky estaba con Javi, el paciente de Lila, que sin duda lo reconocería de verse en la consulta. Por lo que sabía, Javi también había sido compañero de escuela de la propia Punky. No tenía ni idea de quién era el otro: un tipo alto y morenazo, todo un monumento. Punky, por su parte, cayó en la cuenta demasiado tarde de que Javi y Marc ya se conocían. A ver cómo salía de esta. Ya se le ocurriría algo sobre la marcha.

-Marc, amor, te presento a Javi y a Guille. Uy, perdón: Rata –el aludido frunció el ceño-. Son dos antiguos compañeros de clase a los que no veía en un millón de años. Les estaba comentando lo bien que me va y a cuánta gente conozco... ¿verdad cariño?

A Marc, motivado por el pisotón que le propinó Punky sin que los otros dos se enteraran, no le quedó otra que seguirle la corriente.

-Sí, desde luego contigo cada día es una aventura. Nunca se sabe con qué ocurrencia o con qué disparate vas a salir... amor –acabó, con mucho rentintín.

Punky prorrumpió en una falsa carcajada y apuró de un trago su copa de champán. Deseaba que se la tragara la tierra.

-Oye, pero yo a ti te conozco. Tú trabajas en la consulta de la doctora Alvarado –Javi, obviamente, había reconocido a Marc al momento.- Aunque

con ese pelo hoy estás algo diferente... -el peinado verde y plateado de Marc, no pasaba desapercibido para nadie.

Punky se apresuró a salir al rescate. Que su supuesto novio fuera oficinista no encajaba nada bien con todo el cuadro que había pintado sobre su fantástica y trepidante vida.

-En realidad Marc es fotógrafo. Trabaja con las agencias de modelos más importantes del país, pero cuando tiene algo de tiempo libre lo ocupa con cualquier cosa... es un chico muy inquieto.

-Ya veo. Pues ya es casualidad, ¿no? Precisamente, acabo de ver a Lila, claro, supongo que la has invitado tú.

-S-sí, eso creo.

-¡Claro! Eso es, Marc ha invitado a la doctora a la que yo por cierto no conozco de nada. ¡De nada! – Punky estaba cada vez más nerviosa.

Intentaba calmar la ansiedad apurando una copa tras otra de champán, pero por lo visto no estaba funcionando.

Javi, por su parte, notaba que allí estaba pasando algo raro. La actitud de aquellos dos era como poco sospechosa: saltaba a la vista que no eran pareja y que Nuria se lo había inventado todo sobre la marcha para molestar a Guille. Pero lo que más le inquietaba era que aquellas eran demasiadas casualidades: se había encontrado con Lila, que había acudido allí invitada por Marc, quien era el supuesto novio de Nuria, su antigua compañera de clase. Guillermo también hubiera notado que aquel cúmulo de casualidades era muy extraño, de no haberse sentido tan picado en su orgullo por la reacción de Nuria. Le molestaba sobre todo la presencia de Marc, quien por cierto, resultaba demasiado afeminado para ser novio de la chica que a él le gustaba, o ya puestos, de cualquier chica.

¿Un novio con un tupé verde chillón? Venga ya. Bah, así de raritos eran en el mundo de la farándula. Él estaba bien orgulloso de quien era, de lo que había llegado a ser: para algunos, simplemente un ligón empedernido, un guaperas, pero él se juzgaba a sí mismo con un dandy a la antigua usanza, todo un don juan de la vieja escuela. A quien por cierto no le hacía falta pintarrajarse el pelo de colores para girar las cabezas a su paso y derretir a

la gran mayoría del género femenino.

-Marc, cariño –apremió Punky a Marc, en un ambiente que se notaba cada vez más tenso- ¿Por qué no vas a buscar al proveedor de champú anticaspa y le dices que vamos a necesitar más de sus productos? Por aquí hay mucho “casoso” – lo que pretendía Punky era que Marc se fuera corriendo a buscar a Lila para advertirle de lo peligroso de la situación, y que no se le ocurriera aparecer por donde estaban sus antiguos compañeros de instituto. Para reforzar la indirecta le guiñó varias veces el ojo a su amigo, cosa que no obtuvo el efecto deseado.

-¿Qué te pasa en los ojos? Hija, parece que te ha dado un tabardillo.

-Se le habrá metido el tinte. Ya lo he dicho: una bomba de productos químicos. Igual te quedas ciega –arremetió Guillermo. Punky no se dio por vencida:

-El proveedor de champú... ese que viene en un bote *lila*, para ser exactos – Punky volvió a guiñar el ojo.- Mejor, dile que se puede ir, si quiere. Ya le llamaré yo por teléfono. Mientras, nos quedamos aquí los tres poniéndonos al corriente. Tú te vas a aburrir con nuestras historias del instituto, cariño.

Marc por fin pilló la indirecta y se perdió entre la multitud con la misión de encontrar a su jefa. No le costó demasiado dar con ella ya que Lila, por su parte, estaba a punto de llegar a la sección de la barra donde había dejado a sus amigos. Una vez que escuchó de boca de Marc lo ocurrido, estuvo de acuerdo: la inesperada presencia de Guille suponía un peligro en potencia, y lo mejor era escabullirse. Aunque no la llegara a reconocer, la situación sería demasiado rara e incómoda (debería fingir que no conocía de nada a Punky y que en efecto Marc era novio de su amiga), y ella, aunque hasta el momento no lo hubiera demostrado, era muy mala actriz. Lo mejor era volver a casa y dar por finalizada la noche. Una pena, con aquel beso de Javi suspendido en el aire... No: mejor no pensarlo más y abandonar la fiesta como Cenicienta, antes de que su príncipe descubriera quién era realmente.

Marc acompañó a Lila a la salida hasta que tomó un taxi, y volvió dócilmente a donde había dejado a los otros tres, dispuesto a meterse de nuevo en su papel de novio de Punky. Cualquier cosa por pasar un ratito

más al lado de aquel pastelero que estaba más bueno que cualquiera de las delicias que salieran de su horno.

-Bueno, pues ya está, amor. El proveedor del champú anticasca en la botella “lila” se ha ido a su casita- anunció triunfante una vez que se reunió con Punky y sus compañeros de instituto. Punky respiró aliviada. Marc por su parte notó que en los escasos minutos en que se había ausentado poco había cambiado en la conversación: Guillermo y Nuria seguían enfrascados en una lucha dialéctica sin visos de acabar bien. Se llevaban como el perro y el gato, y de seguir así la cosa llegarían a las manos. A Javi la situación parecía divertirle, tanto que había optado por esperar unos minutos a ver cómo acababa aquello antes de volver a buscar a Lila. Para distender el ambiente, Marc optó por centrar su atención en el guaperas. Aunque no era gay, nunca se sabía y no perdía nada por intentarlo:

-Guillermo, dime, ¿nunca has pensado en dejar la panadería y hacerte modelo? Con tu altura, tus pómulos, y esas espaldas que parece que sale el sol por un hombro y se pone por otro...

Javi contuvo una carcajada y Punky se atragantó con el champán.

-Te podría hacer un *book* que te mandaría derecho a la portada de Vogue...

-Venga ya, tío. No me interesa la moda. Ni los pelos de colores –dirigió una mirada asesina a Punky. De hecho esta fiesta ya no da más de sí. Me piro a casa. Javi, ¿te vienes?

Pero Javi todavía tenía pendiente una conversación, o más bien un beso, con Lila. ¿Dónde estaría? Se excusó de malas maneras, se despidió apresuradamente de Punky y de Marc, y le prometió a su amigo que le mandaría a su amigo un mensaje de texto cuando estuviera listo para marcharse. Pero no la encontró por ninguna parte. Ni siquiera en el baño de mujeres, donde se coló armando un pequeño escándalo. Simplemente, se había esfumado. ¿Había vuelto a meter la pata? ¿Había dicho algo otra vez que hubiera ofendido a Lila? No lo creía. Esta vez parecía tan relajada, tan dispuesta a arreglar las cosas, a empezar desde cero... ¿o se había montado él solito una película en la cabeza? Maldita sea, pensó. Ahora que fin había intuido algo nuevo en Lila, que había atisbado la posibilidad de estar a su



lado... y todo se había disipado de un plumazo. Qué fácil era tener la felicidad en la punta de los dedos para luego ser arrojado a la realidad y al vacío. ¿Pero dónde demonios se había metido, y sobre todo, por qué? No podía sospechar que en esos momentos Lila, en la bañera de su casa (intentando librarse del tinte y de la cogerza que todavía llevaba encima), pensaba exactamente lo mismo que él. ¡Había estado tan cerca de fundirse con él en el beso que siempre había soñado! Estaba confundida y se sentía atolondrada. Pero a diferencia de Javi, y a pesar de haber puesto los pies en polvorosa (no le había quedado otra opción), sentía la ilusión de un niño con zapatos nuevos. Aquella noche había marcado el comienzo de algo nuevo, y esta vez la oportunidad no le iba a escapar.

Javi finalmente contestó a los numerosos mensajes de Guille (que no veía el momento de dejar ese antro lleno de *hispters* y modernos) y se reunió con él a la salida. Tras comentar escuetamente lo desastrosa que había resultado la noche, pero sin compartir los detalles, ya que cada uno se sentía avergonzado de saberse enamorado de una chica imposible, se despidieron y se fueron por caminos separados a buscar sus coches.

Punky y Marc se quedaron un buen rato más: al fin y al cabo ella es la responsable de la fiesta y era su labor ser la última en abandonarla, una vez que se marcharon todos los asistentes. Marc, a pesar del desaire de Guillermo Fuste, estaba encantado de quedarse allí intentando exprimir al máximo la noche. La fiesta había sido todo un éxito, tanto por el lado profesional (varias peluquerías y tiendas especializadas habían hecho encargos, y los encargados de marketing de varias revistas iban a promocionarlos en sus publicaciones) como en lo personal, al menos para Marc, que se llevaba en el móvil un buen puñado de números de teléfono de modelos que estaban como trenes. Punky, sin embargo, sentía que había fracasado estrepitosamente. Por una parte se sentía irremediamente atraída por Guillermo, alguien tan radicalmente opuesto a ella y a los ligues que se habían sucedido hasta la fecha, pero por otro lado la enfurecía hasta el extremo: le había engañado descaradamente para reírse de ella, y era un estirado y un anticuado. Y ella se había puesto a sí misma en ridículo,

haciendo pasar nada menos que a Marc por su novio. Nadie se lo tragaría, y su farsa no había funcionado. Ah, pero eso no se iba a quedar así. Iba a poner al señorito Fuste, de la panadería Hermanos Fuste, en su lugar. Ella era una mujer de armas tomar, y Guillermo no sabía con quién se había topado. Y por qué no reconocerlo... se moría de ganas de volverlo a ver. En definitiva, aquella extraña noche cada uno se había ido a casa a horas diferentes y sintiendo cosas opuestas. Marc, euforia; Javi, desilusión; y Lila, miedo. Solo Punky y Guille, tan distintos el uno del otro, aquella noche coincidían en lo que les dictaba el corazón. Ambos estaban tremendamente cabreados.

## 12.

Belinda seguía creyendo que no había sido buena idea irse de la ciudad dejando en el aire la delicada situación de la boda de su hermana, pero la verdad es que estaba encantada de encontrarse en aquel paraje. No se podía negar que su hermanita tenía un gusto exquisito. Bárbara había invitado a la escapada a sus amigas de toda la vida, Vane y Paula, y las cuatro chicas se encontraban en un coqueto hotel-boutique a la entrada de las pistas de esquí, que dado el momento del año se encontraban vacías. Al grupo no le importó demasiado la ausencia de nieve: aprovecharían su estancia para agasajarse en el spa, que contaba con un nutrido servicio de tratamientos de belleza, y en los restaurantes y bares del hotel, famosos por sus exquisitos platos y sofisticadas bebidas. Y si entre masaje y menús degustación con los que pensaban mimarse se aburrían, siempre podían salir a hacer algo de senderismo por la montaña, práctica en la que ninguna de las cuatro era precisamente una experta.

-Belinda, esto es una pasada, te habrá costado un pastón –comentó Belinda en la recepción del hotel, mientras les entregaban las llaves de las habitaciones.

-No te creas, querida, de hecho me ha salido gratis –sacudió ante sus acompañantes una tarjeta de crédito.- ¡Invita Javi!

-¡Pero Bárbara! ¿Cómo has podido? –Belinda estaba escandalizada. Paula y

Vane, por el contrario, aplaudieron con júbilo la decisión de su amiga.

-¡Me lo debe! Así que deja de preocuparte, ¡y a disfrutar!

Tras unos momentos debatiéndose conmigo misma, la belleza del lugar acabó ganándole la batalla a la conciencia de Belinda. Lo cierto es que aquel sitio la inspiraba: algo así era precisamente lo que a ella le gustaría regentar en un futuro. Quizá menos lujoso y más acogedor, pero en definitiva el tipo de sitio donde los huéspedes pudiera disfrutar de un entorno rodeado de naturaleza, buena comida, comodidad y toda la hospitalidad del mundo. Qué fácil era soñar... porque lo cierto es que en aquel momento, en que todo lo que deseaba era tumbarse en la enorme cama y darse un baño aromático en la privacidad de su habitación, tenía que lidiar con la presencia de Paula y Vane, a las que no aguantaba, aunque nunca se lo había confesado a su hermana. Aquellas dos no hacían más que parlotear sobre trapitos (por llamarlos de alguna manera, ya que eran capaces de despilfarrar cifras exorbitantes en ropa), maquillaje, o cuchichear maliciosamente sobre su círculo de amigos (por llamarlos de alguna manera, ya que amigas verdaderas solo parecían ser ellas tres). En fin, todo fuera por su hermana, por estar a su lado y apoyarla en esa mala racha, aunque bien mirado, Bárbara no parecía estar pasándolo nada mal.

-Me he comprado un suéter monísimo de cachemira que estoy deseando estrenar esta noche –comentó esta entusiasmada, ya camino de sus respectivas habitaciones.– Y unos botines que van a quedar conjuntadísimos. ¡Otro detallito a expensas de Javi! –rió a carcajadas. Lo dicho: su hermana no estaba precisamente llorando por las esquinas.

-Yo me he traído el vestido de terciopelo que me compré el año pasado y aún no he tenido ocasión de estrenar. ¿Creéis que refrescará lo suficiente esta noche para ponérmelo? –Vane parecía estar realmente preocupada por lo apropiado de su indumentaria.

-Eso espero, porque yo también me he traído las botas altas de tacón-respondió Paula, quien estaba convencida de que los tacones eran lo más apropiado para una escapada al campo.

-A mí me gustaría estrenar las zapatillas de *trekking* que he traído –aportó

finalmente Belinda, por no sentirse fuera de lugar. Las otras tres guardaron silencio y le lanzaron una mirada reprobadora. Menos mal que en seguida llegaron a sus habitaciones, porque Belinda definitivamente no sabía cómo ser parte de la conversación sin parecer un elefante en una cacharrería.

Su incomodidad se disipó nada más poner un pie en la estancia. Su hermana, aunque hubiera sido a expensas de Javi, había tenido el detalle de reservar cuatro habitaciones por separado, con lo cual podría disfrutar de la soledad y la intimidad que tanto ansiaba. Su habitación era amplia, moderna y confortable, con una enorme cama repleta de almohadones de plumas, una magnífica bañera con hidromasaje, y lo mejor de todo: un gran ventanal con espectaculares vistas al campo y a la montaña, en la distancia. Lejos de sentirse como la hermana mayor, feúcha y fuera de lugar, Belinda se transformó en una princesa de cuentos de hadas.

-Nos arreglamos y nos vemos en un par de horas en el restaurante, ¿os parece chicas?

Buf, solo un par de horas para disfrutar de todo aquello antes de una larga sesión de frivolidades y lo que imaginaba como casi casi una pasarela de moda. Lo dicho: todo fuera por su hermanita.

.....

A muchos kilómetros de distancia, Guillermo en la oficina, lugar que frecuentaba poco ya que pasaba la mayoría de tiempo viajando para visitar en persona sus varias franquicias, recibía una llamada de su secretaria: había una persona que no quería identificarse esperando al otro lado del teléfono. Mosqueado, Guillermo recibió la llamada de mala gana.

-¡Ni siquiera tienes Facebook! –fue el saludo de Punky.

-¿Qué pasa, eres una acosadora cibernética? ¡Me has buscado en la red! – Guillermo pretendía sonar ofendido, pero lo cierto es que una gran sonrisa se había dibujado en su rostro.

-Ya quisieras, guapo. Y lo de guapo es un decir.

-No pasa nada, puedes reconocerlo. Les pasa a muchas.

-Ya. A muchas incautas. Mira: solo pretendía ayudarte. Que un negocio

como tuyo no cuente con presencia en las redes sociales es... inaceptable.

-Que llames a mi oficina y te niegues a identificarte también lo es.

-Es que si no, no hubieras aceptado la llamada.

-Es probable. Nuestro último encuentro no me dejó precisamente con buen sabor de boca.

-Ni a mí. Más que nada por esos cupcakes que trajiste... qué empalagosos.

Guillermo no pudo evitarlo y soltó una sonora carcajada.

-Venga ya, que no reconozcas que me andas acosando, pase. Pero reconoce que mis dulces te gustaron.

-Es probable. Vale: eran deliciosos. Por eso voy a lo que voy: tus productos se merecen mayor promoción, y hoy en día tienes un montón de herramientas al alcance de tu mano, sin moverte del ordenador...

-Interesante...

-Así, además, no tendrías que viajar tanto.

-¿Para quedarme más tiempo en la ciudad?

-Por ejemplo.

-Y por ejemplo, ¿cerquita de ti?

-¡Oye! ¡Por ahí no van los tiros!

-Vale, vale, lo retiro. Pero la verdad es que me interesa. Reconozco que estoy un poco verde en esos asuntos. ¿Y si quedamos en persona y me explicas más? Prometo que seré un alumno aplicado.

Punky, al otro lado de la línea, sonrió satisfecha.

-Ya verás. Prepárate, porque voy a renovar tu empresa...

.....

Javi salía del despacho de arquitectos cuando le llegó un mensaje de Guillermo.

“Me ha llamado Nuria”

“¿Eso s bueno o malo?”

“Creo q malo. Quiere renovar mi empresa. Bufff”

“Lo q hacen algunas para tenerte amarrado ”

Javi, aunque estuviera bromeando, tenía razón. Y es que Punky, bajo la premisa de “renovar la empresa” escondía toda una agenda. No era el tipo de chica que se diera por vencida tan fácilmente, y aunque no hubiera empezado con buen pie con Guillermo, pensaba llegar a extremos insospechables para ganarse la simpatía (y algo más) de ese chico tan clásico y mujeriego que a su pasar la tenía obsesionada. Pero Guillermo, a pesar de su olfato nato para las conquistas, no lo tenía tan claro. Y es que hasta la fecha no se había topado con una chica como Nuria: normalmente sus conquistas caían en sus redes con inusitada facilidad, sin proyectos de trabajo ni desaires de por medio.

“No sé yo... Nuria es muy rarita. A esta chica no sé cómo entrarle. Y hablado de chicas... quieres q le pida q se ponga en contacto con Adela?”  
Guillermo no solo tenía la buena voluntad de ayudar a su amigo; se le ocurrió que lo de hacer de casamentero (aunque no fuera plato de su gusto), les daría a él y a Nuria la oportunidad de hablar de otros asuntos que no estuviera relacionados con el trabajo. Podría ser algo divertido e íntimo, algo en lo que sentirse cómplices y que borrara las distancias que entre ellos se habían impuesto.

“Gracias pero no”

Lo que Javi quería dar a entender es que, ahora que sentía algo tan fuerte por Lila, estaba dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva, a olvidar todo su pasado. Lo que sentía ahora por Lila se parecía mucho a lo que había sentido siendo un adolescente por la simpática chica de gafas a la que invitó a la fiesta de fin de curso, pero también era diferente: más intenso, más prometedor. Guillermo más o menos captó la indirecta.

“¿Has vuelto a saber algo de Lila?”

“Aún no. No quiero atosigarla. Pero cuando llegue el momento hablaré con ella”

“Y Bb lo sabe?”

No. No, Bebé no lo sabía, pero pronto iba a tener cosas más urgentes de las

que preocuparse.

.....

A pesar de la comida exquisita, el trato excelente por parte del servicio, y el ambiente acogedor y agradable, que invitaba a la ensoñación, la noche y la compañía de Paula, Vane y su hermana, había sido una pesadilla para Belinda. Las tres no habían parado de cotorrear sobre los modelitos escogidos por cada una, aprovechando para recriminarle lo pésimo de su elección: unos vaqueros gastados y cómodos, y una amplia camisa de leñador. ¿Pero qué iba a ponerse si estaban en la montaña? Buf, esas tres, incluida su hermana, por más que le doliera, no tenían remedio. Aquello, en vez de una cena entre cuatro adultas, se había asemejado más a una reunión en los pasillos del instituto, una época que Belinda prefería no recordar. Lo que más le dolía es que sus compañeras de viaje no supieran apreciar como ella lo privilegiadas que eran por poder disfrutar de una escapada en un lugar como ese. No habían reparado en la cuidada decoración, en el menú confeccionado con esmero, y en el respeto y atención por parte de todo el servicio del coqueto hotel, sin mencionar la belleza del paraje donde se encontraban. Así que entre bocado y bocado Belinda, que no sabía cómo aportar nada a aquella conversación frívola e insulsa, se había dedicado a evadirse, y ensimismada había empezado a trazar planes quizá imposibles del tipo de negocio que le gustaría regentar algún día muy similar a aquel en que se encontraba. Una masía o un viejo establecimiento remodelado, por ejemplo. Cocina rústica hecha con ingredientes locales de la huerta que ella misma tendría en el terreno. Pocas habitaciones, sencillas, pero cómodas y acogedoras. Con sábanas, toallas y cubiertas de cama de la mejor calidad. Una pequeña vinoteca con una chimenea... a Belinda ya le parecía estar escuchando el crepitar de la leña y la conversación de fondo de los huéspedes, que tomaban una copa de vino relajados en las butacas...

-¿Y qué hacemos mañana? ¿Qué os parece un baño de esos de barro? – preguntó Vane. Había llegado el final de la cena y era hora de hacer planes para el día siguiente.

-A mí me da un poco de asquito. Prefiero un masaje, y si lo da un sueco de manos fuertotas, mejor – aportó Paula llevándose un enorme trozo de

brownie de chocolate a la boca.

-¿Creéis que harán las uñas? Necesito una manicura de-ses-pe-ra-da-ment-te.

-Bebé, como siempre, de lo más dramática.

Pero la que de verdad estaba desesperada era Belida: sería imposible aguantar otra jornada como la que ya acababa. Así que, sacando su lado más malévolo (algo que no acostumbraba hacer), atacó a las chicas donde sabía que más les dolía:

-Chicas, ¿no habéis pensado la de calorías que nos estamos metiendo con esta cena? Eso –señaló al brownie de Paula, del que solo quedaban unas migas –va directo a la cartucheras. A este paso cuando volvamos se van a pensar todos que nos hemos pasado estos días encerradas en casa, llorando y atiborrándonos a helado y ganchitos. ¿Qué tal si salimos a explorar los alrededores? No nos puede hacer mal una buena caminata...

Había dado en el clavo. Pudo leer la culpabilidad en el rostro de Paula, con los carrillos llenos. De repente le costó mucho seguir masticando su brownie.

-Así además nos dará algo de sol... a mí ya se me está yendo la marca del bikini que tanto me costó conseguir en Ibiza –apuntó Vane.

-Y a mí a este paso no me va a caber el vestido de novia ¡me muero de pensarlo! –Bárbara parecía haber olvidado que había cancelado su boda –Me parece una idea chachi. ¡No nos puede hacer daño una excursión!

Pero en eso Bebé se equivocaba...



## 13.

Punky y Guille habían quedado en un lugar que ambos habían juzgado como “neutro”: un Starbucks en el centro. Era aquel un sitio un tanto impersonal, que no resultaba ni alternativo como los lugares que frecuentaba Punky, ni ostentoso, como los restaurantes en los que Guillermo se encontraba con sus citas. Además, tenía Wifi, algo imprescindible para que Punky aleccionara a su improvisado alumno (por mucho que aquello solo fuera una excusa).

Punky esperaba a Guille en una de las mesas más apartadas, saboreando un frapuccino enorme al que le había añadido una montaña de nata montada. Mientras hacía tiempo había devorado una magdalena de arándanos, y una segunda la esperaba sobre la mesa. Cuando estaba nerviosa le entraba hambre, algo que le sucedía muy a menudo. El cómo seguía siendo un palo era todo un misterio. Para la ocasión había elegido un atuendo, tratándose de ella, de lo más recatado: sandalias planas, unos jeans gastados y una camiseta blanca, sin logo alguno de una banda de rock o algún mensaje reivindicativo. Además, las rastras, que ahora lucían un color castaño muy natural, se las había recogido en una casi discreta coleta. Si la hubiera visto así cualquiera de los miembros de su equipo, no la hubieran reconocido, y eso la mortificaba. “Antes muerta que discreta” era su lema, y no dejaba de pensar que había sido una idiota llegando a esos extremos por alguien que, a todas luces, la detestaba.

No podía imaginar que Guille había hecho lo mismo, o en este caso, justo lo contrario, es decir, las había pasado canutas para “modernizarse” y a estar a la altura de su cita. Había pasado un buen rato desesperado frente al espejo, debatiéndose internamente para escoger el atuendo apropiado. No quería que Nuria pensara era un carca y un pasado de moda, así que debía rebuscar bien en su armario para encontrar algo más juvenil y más informal que la ropa que solía llevar. Al final se decidió por unos vaqueros que se le habían quedado estrechísimos tras innumerables lavados, y que gracias a Dios no había tirado. En la fiesta había observado que los pantalones peligrosamente ajustados parecían ser uno de los atuendos favoritos de los modernillos que pululaban por ahí, así que juzgó que esa debía ser la última moda. Incómoda

y ridícula, pero moda al fin y al cabo. Se calzó unos botines puntiagudos que había comprado en un arrebató y que no había llegado a estrenar, y que en su opinión no pegaban ni con cola con los pantalones, pero había que arriesgarse. Seleccionó una camiseta de entre las pocas que poseía, acostumbrado como estaba a lucir camisas hechas a la medida. Se la habían traído sus hermanos de un concierto de un grupo de rock que él desconocía, y la guardaba por su valor sentimental más que por otra cosa. Al igual que los vaqueros, era viejísima: “mejor, un toque retro”, se dijo. Finalmente, estuvo a punto de encasquetarse un sombrero de fieltro que había heredado de su padre y que nunca había usado, pero tras comprobar en el espejo que le venía pequeño, lo descartó. Se miró de abajo arriba y pensó que estaba ridículo. Mejor cambiarse, menuda facha... pero comprobó alarmado que ya era la hora en que había quedado con Punky, así que se aplicó el famoso “de perdidos, al río” y salió escopeteado de su coqueto apartamento de soltero, a solo unos minutos del Starbucks. Pero tras cerrar la puerta se encontró con sus hermanos, que justo iban a llamar al timbre.

-¡Tío, pero qué pintacas! –exclamó Lucas, antes de soltar una carcajada.

-¿Pero a dónde vas con esa facha? –Matías estaba tan asombrado que era incapaz de echarse reír como su hermano.

-¿Has pasado por un programa de esos de *make-over* de la tele, y no nos lo has dicho? ¿O te acabas de escapar de un circo?

-Menos guasa, hermanitos –les recriminó Guillermo, visiblemente azorado.

-Ay, me parece a mí que esto tiene que ver con algún ligue... -dedujo Matías, a quien no se le escapaba una.

-¿Y quién es la víctima? Aunque a juzgar por tu ropa, esta vez la víctima eres tú.

-Quienquiera que sea, te tiene pillado.

-Bueno, ya os vale, que tengo prisa. Ya os lo explicaré... en otro momento – se excusó Guille, deseando que ese momento no llegara nunca.– Y a todo esto, ¿qué hacéis vosotros aquí?– Lo que más deseaba Guille era cambiar de tema y, a ser posible, escaparse del escrutinio de sus hermanos lo antes

posible.

-Veníamos a presentarte las nuevas recetas de mazapán, pero ya vemos que tienes asuntos más importantes en tu agenda.

-Si os parece mandádmelas por email y ya las revisaré en otro momento, ¿vale? -Guillermo ya estaba escaleras abajo, dejando a los gemelos con la palabra en la boca.

-Vale tío, ¡cuidado con los pantalones! ¡No vayas a reventarlos trotando por la escaleras!—Aún alcanzó a escuchar a sus hermanos desternillarse de risa mientras llegaba hasta el portal. Mal comenzaba la cosa...

Sin embargo, y al contrario de lo que había pronosticado, Punky pareció gratamente sorprendida de su inesperado look cuando lo tuvo frente a ella. Esbozó una tímida sonrisa y alabó su atuendo, o así lo interpretó Guillermo, que necesitaba urgentemente una inyección de autoestima:

-¡Qué cambiado estás! Me gusta tu camiseta. Los “Carniceros del Rock” son lo máximo.

-Tú también estás muy guapa. Con el pelo de cualquier color, no importa. — Quizá Guillermo se había precipitado, pero fue lo primero que le salió de la boca, cualquier cosa antes que ponerse a hablar de esos carniceros de los que no había oído hablar en su vida. En cualquier caso, consiguió su propósito: que Punky se ruborizara como una colegiala y se llevara la mano instintivamente a la coleta en un coqueto gesto de lo más prometedor. Había empezado con buen pie y el hacha de guerra parecía definitivamente enterrada. Estaba claro que Nuria se había presentado en el Starbucks de lo más formalita, mientras que él, por el mero hecho de complacerla, iba de lo más moderno. De aquella manera tan poco convencional se estaban dejando claro que se intentaban agradar mutuamente.

Nuria, se dijo Guillermo, caería en el bote. Pero esta no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente. Aunque ya lo había hecho, no quería poner de manifiesto que había caído tan fácilmente en las redes de ese conquistador nato, así que pronto se repuso y recordó el motivo (el falso motivo) por el que había concertado esa cita.

-Mira, te he preparado aquí un Powerpoint con varias ideas para promocionar tu negocio online. Podemos empezar con Instagram... podrías organizar un concurso. Tus clientes pueden subir fotos de los productos de tu panadería y...

En ese momento se acercó a ellos una camarera dispuesta a tomar el pedido del recién llegado, y cortó en seco a Punky (para alivio de Guillermo):

-¿Vas a tomar algo? Normalmente hay que ir al mostrador, pero como no hay mucha gente...

-Un café solo. Sin azúcar.

“Clásico hasta para eso”, se dijo Punky, mirando un tanto avergonzada a su enorme café lleno de virutas de chocolate que parecía la golosina favorita de un niño de parvulario.

-Vale. ¿Y tu novia? ¿Te traigo algo más?

-No, esto... no somos novios. Y no quiero nada más, gracias.

Punky se ruborizó de nuevo. Sin embargo Guillermo sonreía pícaramente: le había encantado aquella salida de la ingenua camarera.

-Ah, disculpa, es que... como hacéis tan buena pareja...

La camarera se alejó balbuciendo algo del café que traería en un momento, mientras Punky fingió estar de repente súper interesada en la imagen que le ofrecía el monitor de su portátil.

-Oye, no es mala idea –comentó Guillermo, una vez que la camarera no podía oírlos.

-Lo de Instagram, ¿verdad que sí? –replicó Punky, aliviada.

-No, lo de ser pareja –contestó Guillermo firmemente. Cerró el portátil fucsia de Punky ante sus asombradas narices.

-Déjate de Powerpoints e Instagrams y mejor empieza hablándome de ti.

.....

A primera hora de la mañana Belinda esperaba a las chicas lista y equipada para la ansiada caminata por el campo: botas cómodas, ropa deportiva, cantimplora y una mochila con lo imprescindible. Se quedó horrorizada

cuando sus acompañantes por fin se dignaron a hacer acto de presencia, ataviadas de manera más propia para irse de compras por el centro comercial que para una excursión a la montaña. Las tres iban maquilladas, con bolso, y su hermana había osado a calzarse tacones.

¡Tacones!

-¿Qué pasa? No es para tanto... son una cuñitas de nada, que parece que no pero estilizan que no veas –se justificó Bárbara, cuando su hermana osó a hacer la observación de que quizá ese no fuese el calzado más apropiado.

-Di que sí, que vas muy mona, y una nunca sabe si va a encontrarse con un fornido montañero por el camino... ¿llevo el pelo bien? Es que me he dejado la laca en casa. No me van a aguantar las ondas... -contribuyó Paula.

-Si quieres subimos a mi habitación y te dejo la mía. Y de paso te pones un pelín de corrector de ojeras, que se te marcan un poco –sugirió Vane.

-¡No fastidies! Es que en cuanto bebo una copa de más, amanezco hecha un espantapájaros.

-Chicas, que se nos va a hacer tarde. ¡Si vais las tres estupendas! –las animó Belinda, con el tono más entusiasmado que le fue posible.

Las tres miraron a Belinda de arriba abajo y parecieron reparar por primera vez en ella. ¿Pero adónde iba? ¿A escalar el Himalaya? O más bien, ¿de dónde venía? ¿de pasar una semana entre cabras montescas? A juzgar por su pelo, al que le hacía falta urgentemente una buena sesión de peluquería, parecía precisamente eso. Las tres, en tácito silencio, parecían pensar lo mismo, y resolvieron que, en efecto, en comparación con ella estaban estupendísimas. Así que por fin salieron caminando del hotel y recibieron los tenues rayos de sol de aquella mañana que anunciaba prometedora.

No habían avanzado ni un kilómetro y Belinda ya estaba hasta el gorro de escuchar las quejas de las tres intrépidas montañeras, constantemente a la zaga.

-Tengo sed. Me vendría de perlas un martini del bar, o mejor un mojito...

-¡Me ha picado un mosquito! Esto es peor que el Amazonas. Como me deje marca...

-Llevo los pies reventados. ¿Y si paramos y nos hacemos unos selfies?

-Eso, antes de que se me derrita el maquillaje porque estoy sudando a maaaAAAAA!!!!

Aquella era Bárbara, que cerraba la comitiva. Las otras tres se volvieron alarmadas por su grito, pero no la vieron por ninguna parte. Belinda trotó hasta un pequeño terraplén que se abría donde debía de haber estado su hermana, y la encontró varios metros más abajo, totalmente despatarrada. Profería unos leves gemiditos, señal de que al menos, estaba consciente y la caída no había sido demasiado grave. Se apresuró hacia ella, pero al intentar ayudarla para incorporarse, vio que era inútil. Los gemiditos se tornaron en aullidos cuando hizo amago de ponerla en pie.

-¡Aaaayyyy! ¡El pie! ¡El tobillo! ¡La pierna! ¡Me lo he roto todo!

-¿Estás segura? No parece tan grave, nada parece estar fuera de sitio.

-¡Claro! ¡Como no te ha pasado a ti! ¿Qué sabrás tú? ¡Aaah! ¡Cómo duele!

Belinda aguantó estoicamente los desaires de su hermana y la serie de improperios que soltó cuando intentó hacerle una rudimentaria exploración de la pierna. De buena gana le hubiera soltado que ya le había advertido que llevar tacones, o cuñas, o lo que diantres fuera aquello, no era buena idea. Se tragó un “te lo dije” sintiendo rabia y lástima a partes iguales. El caso es que su hermana parecía estar pasándolo realmente mal y quedaba claro que ni entre las tres iban a ser capaces de llevarla de vuelta al hotel. Para empeorar la cosa, en aquel paraje aislado no tenían cobertura. No podían llamar ni al hotel ni a una ambulancia. Belinda resolvió que lo único que podía hacer era llegar hasta la carretera, y parar el primer coche que parara. Ya se le ocurriría entonces si pedirle al conductor que la llevara de vuelta al hotel o al hospital más cercano. De momento no podía perder más tiempo. Si Bárbara tenía razón y aquello era más grave de lo que aparentaba, los minutos eran preciosos. Así que dejó a Vane y Paula como pasmarotes, al cuidado de su hermana, y salió al trote hasta la carretera, que si no había calculado mal quedaba a menos de un kilómetro de distancia, y además cuesta abajo.

Llegó a su destino jadeante y con el rostro enrojecido, justo cuando se aproximaba a ella una furgoneta a toda pastilla. Belinda no se lo pensó dos

veces y se paró en medio de la carretera, dando saltos y haciendo aspavientos con los brazos. El conductor del vehículo no tuvo más remedio que parar en seco para no llevarse por delante a esa loca que parecía haber salido de la nada. Bajó la ventanilla y Belinda se aproximó a él rezando para que no fuera un psicópata de esos que salen en las películas, el tipo de lunático que habita en una remota cabaña en medio del bosque donde se dedica a torturar a sus víctimas y desmembrarlas con un hacha.

-¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Mi hermana se ha caído por un barranco y está muy grave!

El rostro del conductor, un chico joven y por cierto bastante atractivo, reflejó al momento la misma alarma que se leía en la pobre desconocida. Quizá Belinda había exagerado un poco con lo del “barranco”, pues apenas se trataba de un terraplén, y lo de “muy grave”, pues Bárbara había dado sobradas muestras de ser la misma de siempre después del tozolón.

-¿Está consciente? ¿Respira? ¿Tiene señales vitales? ¿Alguna herida visible en la cabeza? –preguntó en conductor, que ya se había apeado de la furgoneta y aproximado su imponente figura a la altura de Belinda.

-Sí...

-¿Sí qué? ¿Qué tiene algo en la cabeza?

-No: sí a lo demás, que respira, y habla, y tal... -reconoció Belinda avergonzada, callándose que “y tal” se refería a que se quejaba e insultaba con la misma facilidad y verborrea que de costumbre. Empezaba a quedar patente que quizá se había excedido un pelín en su actuación al parar la furgoneta. Bueno, mejor así: había obrado el efecto deseado y el extraño parecía dispuesto a ayudar a toda costa.

-Lo que pasa... -prosiguió- es que somos tres más y ni aun así hemos podido moverla de donde está.

-¿Pero habéis intentado moverla? Eso es lo último que hay que hacer con un herido grave: hay que esperar a que llegue los servicios de rescate y hagan un debido reconocimiento.

Belinda se preguntó entonces quién sería ese fornido tipo que daba muestras

de ser todo un experto en asuntos de montaña. Este, a su vez, mirando a Belinda de arriba abajo y sospechando la causa de la inmovilidad de la chica herida, se atrevió a preguntar:

-Tu hermana... ¿es como tú?

-¿Qué si está tan gorda como yo? –preguntó a su vez Belinda sin cortarse un pelo. Aquello era una insolencia, pero no era el momento para hacerse la indignada– Pues no: está hecha un palo, pero como te digo no puede dar un paso. De verdad, se ha hecho algo gordo y no sabemos qué hacer.

-En ese caso, pongámonos en camino. Perdona si he insinuado algo que te haya sentado mal... estoy seguro que de podré cargarla en brazos sin problemas. Chicos, vosotros quedaos aquí y avisad por la radio al campamento para decir que llegaremos un poco más tarde.

Belinda reparó entonces que en la parte trasera de la furgoneta había cuatro chiquillos de unos diez años, que no se había perdido ni un ápice de la escena y parecían emocionados y felices por la aventura que estaban viviendo. También se fijó entonces en la leyenda inscrita en un costado del vehículo: “Aventuras Valle. Tours y campamentos”, rezaba esta.

-¿Estáis muy lejos? –preguntó el aguerrido montañero.

-No: a cosa de un kilómetro, cuesta arriba.

-Bien, vamos.

-¿Eres monitor de campamentos? Lo he leído en la furgoneta –preguntó Belinda, una vez iniciada la marcha.

-En realidad soy guía de montaña. Tengo una compañía que organiza excursiones y actividades de riesgo. Lo de los campamentos para niños es algo extra que hacemos en los meses de verano. Con los tiempos que corren no nos viene más cualquier ingreso de más para la empresa. Ah, y no te preocupes por tu hermana: tengo licencia en primeros auxilios, así que está en buenas manos.

Pues vaya suerte había tenido, pensó Belinda para sus adentros. En kilómetros a la redonda había dado a parar justo con la persona que más estaba buscando. Todo un príncipe azul que sacara a las cuatro damiselas de



su apuro. A ver si la buena estrella le seguía acompañando y al final lo de Bárbara no fuera más que una incómoda torcedura de tobillo.

-Por cierto, me llamo Belinda. Gracias por lo que estás haciendo. Espero que no te suponga un gran inconveniente, ya sabes, con los niños ahí esperando...

-Tomás Valle, encantado –se presentó a su vez el montañero, sin perder tiempo en dar un apretón de manos o los dos besos de rigor. Estaba claro que tenía la mente puesta en la misión que le esperaba. –Y por los críos no te preocupes. Además, me estaban volviendo loco por el camino avasallándome a preguntas.

-¿Preguntas? ¿A qué te refieres? –cuestionó a su vez Belinda, sin resuello. Le estaba costando un esfuerzo sobrehumano seguirle el paso a Tomás, que recorría en una zancada lo mismo que ella en cuatro pasos.

-Tonterías de críos, ya sabes: que si tengo novia, que si me gusta alguna chica...

-¿Y?

-¿Y qué?

-Pues eso, que si tienes novia, que si te gusta alguna chica...

-¿Tú también? ¡Eres peor que ellos! –Tomás no parecía para nada ofendido. De hecho, no tuvo más remedio que parar en seco para soltar una carcajada, provocando que Belinda se diera de bruces con su espalda, lo que equivalía a estamparse con un muro.

-Oye, que es simple curiosidad. No te vayas a pensar que te estoy echando los tejos –se explicó Belinda. Y era verdad. Tomás era demasiado dinámico e inquieto para su gusto. Ella buscaba a un alma gemela de espíritu sosegado y soñador. Alguien que ya se había resignado a no encontrar nunca. Y para qué negarlo, el intrépido montañero era demasiado atlético y atractivo para ella. No es que no se mereciera a alguien así (a pesar de su físico poco agraciado, Belinda tenía una gran autoestima), pero a ella le atraía el tipo de chico cuyos atributos hubiera que buscarlos más allá del físico. Sin embargo Tomás resultaba perfecto para su hermana, si es que su relación con Javi

realmente había llegado a su fin. Ante ella tenía una persona que podría insuflarle a su hermana el espíritu de aventura, el amor por la naturaleza y el gusto por lo agreste, lejos de la civilización y comodidades de las que bien sabía rodearse Bárbara. Podrían hacer una buena pareja, pero ese no era el momento de ponerse a hacer de Celestina. No solo porque la elección, como en todo lo demás, recaía exclusivamente en Bárbara, sino que en ese momento lo primordial era el estado de esta. Rezó para que se encontrara bien y Tomás supiera cómo proceder. Este la sacó de sus cavilaciones.

-Pues para saciar tu curiosidad, te diré que no.

-¿No qué?

-Que no tengo novia, ni pareja ni nada. El amor de mi vida es esto que ves aquí: el aire fresco y la montaña bajo mis pies.

Muy buena respuesta. Estaba claro que aquello lo llevaba en la sangre, y como muestra estaba lo proverbial de su apellido, “Valle”, muy acorde con la personalidad ecológica del chico. Pero en fin, siempre había la posibilidad de que aquellos dos polos opuestos se atrajeran mutuamente nada más verse. Y a todo esto, ¿no deberían haber llegado ya a donde se encontraban las chicas? El trayecto de subida se le estaba haciendo mucho más largo e infinitamente más penoso que el de subida. No había alcanzado a atisbar a sus compañeras ni a escuchar sus voces. ¿Y si las habían pasado? Pero Tomás, conocedor de aquel terreno, sabía exactamente a qué altura quedaba la senda señalizada que utilizaban los excursionistas. Tras unos minutos más que a Belinda, sin aliento, se le hicieron horas, la pareja llegó por fin a donde se encontraba la mal parada Bárbara y sus amigas.

-¡Bárbara! ¡Ya estoy aquí! ¡Y te traigo al séptimo de caballería! –anunció triunfante Belinda en cuanto distinguió al grupo.

Ambos se deslizaron por el terraplén hasta llegar al punto exacto donde se encontraba Bárbara, aún en el suelo, gimoteando y con el pelo alborotado. Para sorpresa de Belinda, que imaginaba que Tomás iba a ponerse manos a la obra sin perder un momento, el montañero se tensó nada más ver a la herida a la que debía prestar auxilio. ¿Qué pasaba? ¿Así a simple vista la cosa pintaba tan mal que Tomás se veía incapaz de actuar? Nada más lejos.

Lo que pasaba es que el herido ahora Tomás: una flecha de cupido le había dado de lleno en el corazón. Quedó inmediatamente eclipsado por la belleza de Bárbara. Turbado y titubeante, se acercó a ella, y sintió que una corriente eléctrica lo recorría de los pies a la cabeza al posar su mano sobre la pierna herida de Bárbara. Esta, sin decir palabra, sintió a su vez una calidez inusitada en cuanto sintió aquella palma enorme recorriéndole con extremo cuidado y delicadeza la pantorrilla y el tobillo. Tomás, que turbado como estaba, no se atrevía ni a mirar a Bárbara a los ojos, dio su veredicto:

-No es tan grave como pensaba. Una esguince. Bastante fea, pero esguince y al fin y al cabo. Os llevaré al hospital más cercano, no queda lejos de aquí.

Y sin mediar más palabra cargó a Bárbara en sus brazos y el grupo de excursionistas, para alivio de Belinda, comenzó el descenso hacia la furgoneta. Todos parecían relajados y contentos de que la cosa no hubiera sido tan grave. La más feliz, aunque nadie lo imaginara, era Bárbara: a pesar de su lamentable estado se creía la princesa de un cuento, rescatada por un príncipe maravilloso, y en volandas hacia un destino prometedor.

## 14.

-¡Tía! ¡Menos mal que Marc te encontró y te escabulliste a tiempo! ¡Menudo papelón con aquellos dos!

-Sí, pero fue un marrón lo de tener que salir corriendo como si fuera la Cenicienta... ¿qué te dijo Javi?

Las dos amigas conversaban por teléfono. Lila había aprovechado la mañana radiante para salir a trotar por el parque (se había propuesto cuidar su físico ahora que su situación con Javi prometía), mientras que Punky, a pesar de que era domingo, se encontraba para variar trabajando.

-Pues la verdad, no mucho. Ya sabes, lo típico de cuánto tiempo y tal y cual... eso sí, se le veía de muy buen ánimo. No quiero fastidiarte, pero no me pareció que estaba muy afectado por el desplante que le diste el último día que lo viste.

-Es que hay algo que no te he contado...

-Suelta.

-Pues que cuando os dejé para ir al baño, ¿te acuerdas? Bueno, pues al salir me lo encontré de bruces.

-¡Ay Dios! ¿Y?

-Nada, estuvimos charlando, arreglando las cosas –Lila se calló que lo de “arreglar las cosas” significaba que habían estado a punto de liarse allí mismo, frente al servicio de mujeres.

-¡Ahora me explico la sonrisa de estúpido que tenía! Estaba de lo más dócil. Sin embargo Guillermo, Rata, bufff...

-Algo me ha contado Marc del numerito que montaste, haciéndolo pasar por tu novio. Pero mujer, ¿cómo se te ocurre? ¡Marc, que se estaba comiendo con los ojos a la mitad masculina de los invitados!

-Pues sí, no sé en qué estaba yo pensando...

-¿Y qué es eso de que improvisasteis un ring de boxeo sobre la marcha? Qué pena haberme perdido el numerito... pero cómo se te ocurre, enzarzarte en una pelea con el pobre de Rata...

-Ya sabes cómo soy, no me lo recuerdes, qué desastre... Pero oye, al final la táctica no me dio tan mal resultado. También hay algo que yo no te he contado...

Punky puso al corriente a su amiga de la reciente cita con Guille y del éxito que había sido. Las dos amigas estaban nerviosas y entusiasmadas a partes iguales por el cariz que estaba tomando los acontecimientos. ¿Qué pasaría a partir de entonces? ¿Volverían Punky y Guille a quedar con otra excusa tan tonta como la anterior? ¿Llamaría Javi a Lila para terminar aquella conversación pendiente y pedirle, por fin, una cita oficial? Todo se presentaba muy prometedor... solo una sombra parecía planear por encima de Lila amenazando con echar al traste todas sus ilusiones. ¿Qué había sido de Bebé?

.....

El grupo de excursionistas, tras un corto trayecto apretados como sardinas en la furgoneta, llegó al hospital más cercano. Tomás sacó en volandas a Bárbara del vehículo, ante la mirada envidiosa de Paula y Vane y la divertida de los chicos, que preferían mil veces estar participando de aquella improvisada aventura que volver al campamento.

-Tomás, es muy guapa, parece una princesa –opinó una chiquilla menuda y pecosa.

-¡Igual te da un beso, como en los cuentos! ¡O mejor bésala tú! –se aventuró el más pillo.

-Eso, eso, ¡que la bese!, ¡que la bese!

Para tormento y mortificación de Tomás, los cuatro críos se había puesto a corar al unísono.

-Vosotros a callar, enanos, o esta noche os quedáis sin yincana. Esperad aquí sin mover un pelo, que volveré enseguida.

En el hospital había muy poca actividad, de manera que a los pocos minutos de presentarse en recepción, un doctor salió al encuentro de Tomás y de las chicas.

Bárbara y Belinda se quedaron de piedra al ver quién lucía la bata blanca.

¡Qué casualidad! ¿Cómo podía ser el mundo tan pequeño?

-Iván, ¿eres tú? ¡No tenía ni idea de que trabajabas aquí!

-¡Bárbara! ¡Vaya sorpresa! ¡Cuánto tiempo! ¿Pero qué te ha pasado?

Lo cierto es que Bebé, con el cúmulo de sorpresas, prácticamente había olvidado el lamentable estado de su pierna y había dejado de quejarse hacía rato. En brazos de Tomás estaba tan campante.

-Oh, ¿esto? Un mal paso, nada más. Estaba de excusión con las chicas, seguro que te acuerdas de ellas, y de mi hermana, y en fin, ya ves...

Las aludidas, tan sorprendidas como la paciente, saludaron a Iván escuetamente. Este a su vez les dirigió una leve inclinación de cabeza y por un momento reparó en Belinda, en segundo plano, a la que sin saber por qué le ilusionó especialmente ver de nuevo.

-Pero bueno, ¡qué alegría! Y dime, ¿qué haces tú por aquí, tan alejado de la ciudad? Hacía años que no sabía de ti. ¡Te echaba de menos!

Tomás, que cargaba estoicamente con Bárbara mientras charlaba como si nada con aquel doctor, sintió una punzadita de celos. Aquello era ridículo: apenas conocía a Bárbara y no podía tener nada contra aquel doctor que seguramente, por conocer a las chicas, les atendería más rápida y eficientemente que al resto de los pacientes. Pero sospechaba, por la actitud de ambos, que aquellos dos se había traído algo entre ellos en el pasado, y desde luego no iba mal encaminado. Sin embargo la alegría de Bárbara era genuina y pura. No quedaba en ella ni rastro de la llama amorosa del pasado, si es que alguna vez había existido. Era sabido por todos que Bárbara había accedió a salir con Iván presionada por sus padres y simplemente para dejarse ver. Iván por aquel entonces, era muy atractivo. Sin embargo su físico había sufrido un cambio drástico en los últimos años. A Bárbara, cuya frivolidad seguía siendo la de siempre, le resultaría imposible sentirse atraída por el hombre de bata blanca que tenía frente a ella. No quedaba ni rastro de las trazas atléticas ni de la abundante cabellera rubia que habían hecho suspirar a más de una cuando se paseaba con Iván con el descapotable blanco. El doctor Torrenueva se había echado unos cuantos kilos al cuerpo y

tenía unas prematuras entradas donde antes lucía una espesa cabellera rubia. Sus mejillas rellenas le daban un aspecto apacible y bonachón, que lo asemejaban más a un afable san Bernardo que al conquistador que inconscientemente había sido en otros tiempos. No, definitivamente Bebé no sentía atracción alguna por aquel doctor respetable, ni Vane, ni Paula, muy afines en gustos a sus amigas. Belinda, por el contrario, sintió una sensación extraña que le cosquilleaba el cuerpo: pensó que quizá el físico de Iván estaba ahora más acorde con la persona que realmente era, y que en el pasado, por culpa de las circunstancias, no había sabido ver.

Iván y Tomás depositaron a Bárbara en una silla de ruedas, y el doctor y la paciente se dirigieron a la consulta, mientras que los cuatro acompañantes quedaron a la espera. Tomás estaba abatido. No había podido despedirse de Bárbara como le hubiera gustado: era reacio a cualquier demostración de afecto en público, y se sentía cohibido por la presencia de las chicas y del doctor, exnovio o lo que fuera. Había sentido el corazón encogiéndosele viendo a aquella desconocida alejándose a espaldas de él, por el pasillo. Pero por favor, ¿qué hubieran pensado de él sus rudos compañeros, si lo hubieran visto en ese estado tan patético, comportándose como una colegiala prendada? ¿Y los chicos, con lo maliciosos que podían ser? ¡Los chicos! No podía demorar más la espera. Se debatió unos minutos más, mirando el reloj marcando los minutos mientras las chicas cuchicheaban junto a él. Una de ellas (Vane, si mal no recordaba) en un momento de la conversación mencionó el nombre del hotel donde se hospedaban, y con ese dato, y un plan rondándole la cabeza, se despidió apresuradamente de ellas y abandonó el hospital.

.....  
-O sea, que la peluquera te ha transformado.

-Hombre, yo no iría tan lejos...

-No lo niegues, te tiene cogido por los...

-¡Vale, vale, lo reconozco! Anda, prueba uno de estos mazapanes, que con la boca llena estás más guapo. Estamos haciendo pruebas para Navidad, ya me dirás qué te parecen.

Javi y Guille se habían reunido en las oficinas centrales de Hermanos Fuste, donde Guille había montado un bufet digno de un rajá con los productos más selectos de la casa. Por sugerencia de Punky, había organizado una degustación para posibles patrocinadores, y la reunión tendría lugar en un momento.

-Mmm, *está buenísimo*, pero no me *cambief* de tema –opinó Javi, hablando a duras penas.

-Hablando de “temas”, ¿y tú qué? ¿no has vuelto a ver a la doctora?

-Ni la he visto, ni la he llamado, ni nada. Le estoy dando su espacio, como me pidió. Me estoy comportando como un perfecto caballero.

-Como un idiota, diría yo. Una chica así, si es tan atractiva como dices, inteligente y soltera... yo no esperaría para atacar. Si te duermes en los laureles, en el momento menos pensado aparece otro, y sin el equipaje que tienes tú. Yo mismo, si no fuera por cierta peluquera que tú ya sabes, sería un perfecto candidato.

-¡Oye!

-No, en serio: tienes que hacer algo.

-Sí, tienes razón, además ella también parecía... “predispuesta” –Javi recordó el “casi beso” que había tenido lugar hacía un par de días.- ¿La llamo?

-No, mejor ve más allá. Una mujer así necesita que sorprendan, que el hombre tome la iniciativa.

Mejor preséntate en su consulta.

-¿Sin avisar?

-Sin avisar, pero con un buen ramo de flores. Rosas rojas. ¿es que te tengo que dar lecciones? Actúa, como tú dices, como un perfecto caballero.

-No es mala idea.

-Claro que no. Dará resultado. Palabra de don Juan.

-Anda, don Juan, pásame uno de esos bombones, que tienen una pinta...

.....



Al cabo de un rato que las chicas se les hizo eterno (sobretudo a Belinda, preocupada por el estado de su hermana, y aguantando la conversación insulsa de aquellas dos) reapareció Bárbara en el pasillo. Iba en la misma silla de ruedas, arrastrada por Iván, y lucía una aparatosa venda que le llegaba hasta la rodilla.

-¡Ay! ¿Se ha roto la pierna? –preguntó Belinda, angustiada y sintiéndose responsable.

-Nada de eso –le tranquilizó Iván, conmovido.- Es solo una esguince. Eso sí, bastante fea. Ha de guardar reposo y caminar lo indispensable, con ayuda de esto. –Mostró una muleta y ayudó a Bárbara a incorporarse, hasta que esta se sintió lo bastante cómoda para atreverse a dar unos pasitos y reunirse con sus amigas.

-¡Qué cuqui! –aplaudió Vane.

-¡Ahora sí que vas a poder lucir minifaldas! –sentenció Paula.

-No me queda tan mal, ¿eh chicas?

Mientras las tres amigas seguían celebrando el nuevo look improvisado de Bebé, Iván llevó a Belinda a un rincón más apartado, ya que la había notado realmente trastornada. Allí la tranquilizó y le dijo que ya le había hecho cita a Bárbara con un doctor en la ciudad; en unos días le quitarían la venda y quedaría como nueva. Una vez que Belinda se tranquilizó, Iván se atrevió a llevar la conversación por otros derroteros.

-Bueno, ¿y tú qué tal? Ya sé que nunca llegamos a hablar mucho, pero ¿qué ha sido de ti? ¿Hiicte derecho, no?

-Sí, trabajo en el bufete de abogados de mi padre. ¿Y tú?

-Ya me ves... -Iván hizo un gesto señalando su bata blanca que no dejaba lugar a dudas sobre lo que le había deparado el destino. Belinda se sintió repentinamente como una idiota. ¿Qué le estaba pasando? Normalmente era una excelente conversadora en cualquier ámbito y en cualquier situación, pero en ese momento se sentía como una pazguata.

-Bueno, claro, ya veo que eres doctor, y que no te ha ido tan mal...

-Sí, doctor, también lo que quería mi padre.

-Vaya dos estamos hechos.

-Y que lo digas... -Iván rio. Se sentía cómodo en presencia de Belinda, por mucho que en el pasado –ella le había parecido siempre tan seria, distante y madura- su presencia lo hubiera intimidado. Repentinamente, quizá debido a que su vida social por aquellos parajes era nula, o quizá debido a algo más, se sintió propenso a hacer confesiones que a nadie le había hecho, por más que Belinda fuera poco más que una desconocida. Pero los ojos amables y la actitud piadosa de su interlocutora le daban pie a decir mucho más que unas meras palabras banales.

-¿Sabes? Esto no se lo he dicho a nadie nunca, pero la verdad es que lo de ser doctor no es lo mío. He intentado alejarme lo más posible de la ciudad, y tuve suerte de encontrar plaza aquí, en un destino rural, que de verdad me encanta, pero..

-¿Pero? –Belinda no quería presionarlo; se sentía intrigada y afín con el dilema de Iván, que intuía muy parecido al suyo propio.

-Pero, en realidad, a mí me hubiera gustado ser veterinario. Veterinario rural. Estar con los animales, en su medio y en pleno contacto con la naturaleza. O no sé, tener algo así como una granja. No lo tengo muy claro, pero por ahí va la cosa. Estoy como una regadera, ¿verdad?

-Para nada –Belinda no solo pensaba que Iván no estaba loco: no podía creer que aquel chico que había juzgado como un cabeza de chorlito en el pasado, tuviera unos gustos y un proyecto de futuro tan afín al suyo propio. Aunque se hubiera visto truncado. Quizá, quién sabía, aquello era el comienzo de algo, algo en común...

-¿Sabes? Yo también tengo que confesarte algo.

El tiempo en ese momento pareció detenerse para Iván y Belinda.

Precipitadamente, entre risas y una sensación de complicidad para ambos desconocida, Belinda le confesó a Iván su sueño de abrir un negocio de turismo rural que ofreciera a sus huéspedes un remanso de paz y una experiencia inolvidable. Iván aportaba sus propias ideas: una huerta propia, un pequeño corral, quizá un taller donde impartir clases de artesanía.

Belinda aplaudía todas las ocurrencias y así, en apenas unos minutos, los sueños de ambos habían cuajado en un proyecto perfecto. Un proyecto imposible, común, y disparatado. ¿Pero quién les impedía soñar un poco?

-¡Belindaaaa! –Bárbara, a grito pelado, reclamaba la presencia de su hermana desde la recepción. Belinda consultó su reloj: los minutos habían volado; era hora de reunirse con las chicas, antes de que les diera por pensar algo raro: la mortificaba pensar en tener que aguantar un interrogatorio de tercer grado en lo que quedaba de día.

-¿De qué hablabais vosotros dos?

Belinda, tras haberse despedido precipitadamente de Iván, llegó sofocada a donde la esperaban las otras tres.

-De nada, de qué va a ser, de ti y de lo que te espera. ¡Ni se te ocurra abrir la boca que tienes que guardar reposo ¡Vamos a llamar a un taxi! ¡Me muero por llegar al hotel!

En eso estaban todas de acuerdo. La actitud nerviosa de Belinda era, como poco, sospechosa, pero pronto las tres la olvidaron pensando en el baño de espuma que se darían apenas pisaran el hotel.

.....

-¿Y aún no has sabido de él?

-No. Pero no quiero hablar del asunto. Mejor cuéntame tú, ya que por lo visto es imposible verte.

¿Qué tal lo del otro día?

Con “lo del otro día” Lila se refería al evento de promoción de los productos navideños de los Hermanos Fuste: Punky se había ofrecido para supervisar que todo marchara como había previsto, aunque realmente al que deseaba “supervisar” no era otro que el dueño de la panadería. Lila había aprovechado su hora de lunch para salir de la consulta y ponerse al corriente por teléfono de las andanzas de su amiga, a quien no había visto desde la fiesta.

-Pues, déjame decirte que la promoción ha sido todo un éxito.

-Ya. La “promoción”. Me parece a mí que la promoción de las chucherías te trae a ti sin cuidado, y que lo que quieres eres promocionarte a ti misma. Y

dime, ¿está funcionando?

-Ayyy, me has pillado. Y sí, ¡todo marcha viento en popa! Mira, reconozco que Guille me gusta, aunque no podría ser más diferente a mi tipo ideal.

-Bueno, hija, es que tu tipo ideal se parece a una simbiosis entre troglodita, forzudo de circo y ex presidiario. Y así te ha ido. Te va a ir muy bien el cambio.

-Sí, y por una vez quiero hacer las cosas bien, con calma. Y hablando de hacer las cosas bien, y no me cambies de tema, ¿qué vas a hacer con Javi?

-No lo sé. Tampoco sé qué habrá pasado con Bebé, y eso me asusta.

-Pues no tengas miedo. Ataca tú. Toma la iniciativa. Llámalo.

-¿Tú crees?

-Sí. Hoy mismo. No sea que la bruja de Bebé se te adelante. Hazlo en cuanto llegues a la consulta.

-No eres la mejor *manager* en estos casos, pero te voy a hacer caso. Al fin y al cabo, parece que se ha obrado el milagro y hasta tú estás sentando cabeza. Prometido: lo llamo en cuanto vuelva. Ya estoy casi en la consulta... luego te cuento.

-Hecho.

Lila, ya en camino tras haber tomado un sándwich rápido en la cafetería que quedaba justo debajo de la consulta, se retocó en su pequeño espejo de mano e intentó infundirse ánimos. Prefería no preparar un discurso telefónico e improvisar sobre la marcha. Haría lo que le había prometido a su amiga: llamaría a Javi y que fuera lo que Dios quisiera.

Se sentía radiante. Pero el tiempo la apremiaba: disponía solo de unos minutos para hacer la llamada, ya que pronto sería la hora de su siguiente consulta. Así que nada más poner el pie en su oficina le anunció a Marc escuetamente:

-Voy a estar ocupada los siguientes minutos. No me pases llamadas, sea quien sea.

-Pero Lila, oye, que...

-Luego te cuento –le cortó Lila tajantemente. Estaba dispuesta a coger el toro por los cuernos.

.....

Javi estaba dispuesto a coger el toro por los cuernos. Tal como le había sugerido Guille, aprovechó su hora de almuerzo para acercarse a una floristería y hacerse con la mejor selección de rosas rojas que la dependienta pudo encontrar. Se dirigió con paso firme a la consulta de Lila, pero todo su aplomo se vino abajo cuando Marc le informó de que Lila no estaba, había salido a almorzar, aunque no tardaría. Sin sintió un poco estúpido cargando el enorme ramo ante la mirada traviesa del secretario, que parecía estar pasándosele pipa a su costa. Decidió que aquel era solo un pequeño inconveniente y que la esperaría en su consulta. Y antes de que Marc le pusiera algún reparo, se coló dentro y depositó el ramo sobre el escritorio de Lila. Ya que al parecer disponía de unos minutos, se dedicó a curiosear los tomos que la doctora almacenaba en la estantería y los adornos y recuerdos de a saber qué momentos especiales o qué viajes; quizá todas aquellas pistas diseminadas le ayudarían a saber cómo era la mujer de la que en realidad tan poco conocía y sin embargo y sin quererlo se había enamorado perdidamente.

Algo entonces llamó poderosamente su atención. Sobre el escritorio, pulcramente ordenado, había una fotografía en la que hasta entonces no había reparado, por haber estado siempre de espaldas a él o porque –eso le pareció- hasta entonces no la había visto allí. Era Adela. ¡Adela! Tal y como la recordaba en su memoria intacta; una instantánea de aquella noche que había quedado marcada en su recuerdo para siempre, pues era la última vez que la había visto. ¡Él mismo había tomado aquella foto en la vieja cámara de la madre de Adela! No cabía duda, era ella: el mismo vestido, la misma sonrisa tímida, el mismo flequillo tupido que no lograba ocultar su mirada tierna e inteligente. Junto a ella estaba su madre, que si no recordaba mal se llamaba Isabel. Tenía esta la misma ilusión dibujada en el rostro antes de comenzar aquella noche que debía ser tan especial para su hija. Y que lo había sido, también para él,

aunque su recuerdo doliera pertinazmente a lo largo de los años. Pero entonces... ¿cómo era posible? ¿Por qué Lila tenía aquella foto? ¿Cómo la había conseguido? ¿Conocía a Adela? ¿O es que Adela era...? ¿Lila era...? ¡Adela y Lila! Pero ¡claro! No cabía duda... el pelo ahora era totalmente diferente, pero aquellos eran los mismos ojos, aquella era la misma boca, el gesto, todo, aunque ahora ese todo estuviera revestido de madurez y seriedad, de sofisticación, de la seguridad y el aplomo que a la Adela de entonces le faltaba. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? ¡Era ella! ¡Adela era Lila! ¡Pero por qué! ¿Por qué le había engañado de aquella manera? Repentinamente se sintió el ser más idiota y miserable sobre la faz de la tierra. En un arrebato tronchó el ramo de rosas y lo arrojó con desdén a la papelera.

En ese momento se abrió la puerta y Lila irrumpió en la consulta. La presencia de Javi la tomó totalmente desprevenida, pero en realidad fue una grata sorpresa. ¡Estaba allí mismo! Pues muy bien, mucho mejor así. Le diría en persona todo lo que segundo antes pensaba soltarle por teléfono. Y sin embargo... algo no andaba bien. Javi, más sorprendido si cabía que ella, la miró con aire sombrío. Había una dureza en su rostro difícil de interpretar. ¿Qué estaba pasando? Javi la sacó pronto de dudas. Con aplomo, se dirigió al escritorio y tomó la foto en sus manos. ¡La foto! Por supuesto, como no esperaba la visita de Javi, no se había molestado en ocultarla en el cajón como en otra ocasiones.

Lila no pudo hacer otra cosa que quedarse paralizada y esperar lo que fuera que le viniera encima. Esperaba que Javi le gritara, entrara en cólera, que, por otro lado, era lo normal. Sin embargo su tono era sereno, y terriblemente frío. Si mirada, dura como el acero, le dolió más que todos los gritos e improperios que podría haberle lanzado.

-¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿Por qué me has mentado, así, Lila? ¿O mejor debería decir Adela?

-Yo, Javi, yo... -pero Lila no tenía respuestas.

-No, no me digas nada. No hace falta. Espero que te lo hayas pasado bien. A mis expensas.

Javi, con paso tranquilo, se dirigió hacia la puerta.

-Espera, Javi, yo... déjame explicarte.

-No hace falta. Ya me rompiste el corazón hace muchos años, dejándome sin darme ninguna explicación. Esta vez también te la puedes ahorrar. Seré yo el que me vaya. Y para siempre.

Y así, sin más, Javi abandonó la consulta, sin dignarse siquiera a dar un portazo.

Y Lila se quedó allí, en medio de la consulta, sintiendo como un frío inexplicable se le colaba por los huesos y le calaba en el corazón. Solo tras unos minutos reparó en las flores deshechas en la papelera, y solo entonces se permitió el lujo de echarse a llorar.

## 15.

Bárbara había olvidado por completo el dolor que hacía unas horas le había atenazado la pierna. Ahora le dolía otra cosa: era un malestar callado e insistente, que no sabía identificar. Nunca había sentido algo así. Al salir de la consulta de Iván, Tomás se había esfumado. Estaba decepcionada, abrumada, y se sentía melancólica. Sentada a la mesa donde las chicas cenaban y conversaban animadamente, apenas probaba bocado. Tampoco participaba de la charla. Claro que la gran cantidad de calmantes que se había echado al cuerpo igual tenía algo que ver con todo aquello y con su estado de ánimo tan nefasto y tan inusual en ella. Eso sería, se intentó convencer a ella misma, sin mucho resultado.

-Entonces qué, chicas, mañana tempranito de vuelta a la ciudad, ¿no? ¡Me muero por ponerme una minifalda y taconazos! ¡Esto de estar en el campo me está asilvestrando!

-Ay, Vane, chica, qué exagerada eres, ni que hubieras pasado una semana en Vietnam. A mí esto de la naturaleza me está sentando hasta bien. Creo que esta mañana me ha dado el sol y tengo un morenito que no veas, ¿verdad, Bárbara? ¡Mírame el cutis!

-Mm.

-Bárbara, ¿qué te pasa? ¿te encuentras bien? ¿te sigue doliendo la pierna? – Belinda era la única que había reparado en que su hermana no parecía ella misma.

En ese momento algo llamó la atención del grupo. El camarero que les estaba atendiendo señalaba hacia su mesa. Se encontraba junto a un hombre imponente, trajeado, y que portaba un enorme ramo de flores silvestres. ¡Era Tomás! ¡Y estaba irreconocible! No solo había cambiado el atuendo de montañero por un elegante traje que parecía hecho a su admirable figura, sino que se había afeitado y peinado el pelo rebelde, lo que le daba un aire absolutamente sofisticado.

Bárbara se atragantó con el agua que justo entonces se llevaba a la boca, pero se recompuso justo a tiempo en el momento que Tomás, con paso



firme, llegó hasta la mesa.

-Hola chicas. Hola Bárbara -se presentó- ¿Cómo te encuentras?

-¡Súper bien! –de hecho, la modorra se le había disipado por completo- ¿Son para mí? –preguntó con el rostro iluminado, señalando a las flores.

-Si, claro, ¡qué tonto! Me había olvidado –Tomás se sonrojó.

-¡Margaritas silvestres! ¡Mis favoritas!

Las chicas sabían que mentía. La flores favoritas de Bárbara siempre habían sido las orquídeas salvajes, mucho más sofisticadas, y por supuesto más caras. Pero la mentira resultaba enternecedora.

-Las he recogido yo mismo... -apuntó Tomás sintiéndose como un niño.

A Belinda se le escapó un suspiro y sin saber por qué recordó a Iván. Y también se dio cuenta de ellas tres allí sobraban.

-Chicas, ¿qué os parece si nos acercamos al bar? De repente se me ha antojado una margarita sugirió, esperando que Paula y Vane captaran la indirecta. Pero no funcionó.

-Pues pídesela al camarero. Aquí se está muy bien –respondió Paula, que no quería perderse detalle de la escena. A Belinda no le quedó otra que recurrir a otra táctica. Le propinó a Paula una patada por debajo de la mesa.

-¡Ay! Digo, sí, ahora que lo dices, lo del bar suena súper bien.

Varias margaritas más tarde, las chicas se dirigieron a sus habitaciones. En el camino estiraron el cuello para ver si Bárbara y Tomás seguían allí. Y allí estaban, muy acaramelados: los dos únicos clientes que quedaban en el restaurante.

Belinda se despidió de Paula y Vane a la puerta de su habitación. Las tres iban bastante achispadas: Belinda supuso que las chicas, como iba a hacer ella, se darían un buen baño o verían la televisión antes de meterse en la cama. Suponía mal.

Una vez que se vieron libradas de la presencia juiciosa de Belinda, las chicas comenzaron a tramar un plan. ¡Aquello que estaba pasando no era justo! ¡Pobre Javi! ¡Si supiera! Por supuesto, se intentaban engañar a ellas mismas.

Lo único que les pasaba era que se sentían celosas del éxito de Bárbara con el guapo montañero. ¡Ella era siempre la que se llevaba a todas las conquistas! ¡No era justo! ¡Pero esta vez iban a impedirlo!

.....

Javi sintió su móvil vibrar en el bolsillo. Se encontraba en un bar oscuro y prácticamente vacío que quedaba muy cerca de su casa. Estaba solo y ya se había echado unos cuantos whiskeys entre pecho y espalda. Su disgusto era tal que no se había visto con ánimos de encerrarse en casa a pensar en lo ocurrido, así que había recurrido al último recurso que parecía funcionar en situaciones como aquella: ponerse a beber solo en un bar. Al menos eso era siempre lo que salía en las películas.

Echó mano a su móvil, desgano. No le apetecía hablar con nadie y pensaba rechazar la llamada que sería seguramente de Guille o del trabajo. Pero pertenecía a un número desconocido, así que llevado por la curiosidad, aceptó la llamada.

-¡Javi! ¿Eres tú?

-Sí. ¿Quién es? –Javi no reconoció la voz estridente de Vane, la última persona del mundo en la que hubiera pensado en ese momento.

-¡Ay, Javi! ¡Menos mal que te encuentro! ¡Ha pasado algo terrible!

Vane, al otro lado del teléfono, relató lo sucedido aquella mañana en el campo, omitiendo lo que no le interesaba y exagerando hasta el límite lo que le parecía conveniente. En resumidas cuentas, según su versión de lo sucedido, Bárbara había sufrido un horrible accidente en la montaña. En su afán por olvidar a Javi, ella misma había insistido en escalar una montaña impracticable, y por andar pensando en él y solo en él, un mal paso la había descalabrado por un enorme precipicio, y estaba muy grave, prácticamente al borde de la muerte. No, no estaba ingresada porque... porque el equipo médico había dado el caso por perdido. Ella misma, antes que considerar un tratamiento, había pedido el alta porque prefería morir antes que vivir sin Javi. Así que Javi debía presentarse lo antes posible en el hotel donde se encontraban, para solucionar las cosas. Era, desde luego, cuestión de vida o

muerte.

Javi, lívido por la noticia, no alcanzó a oír la risa ahogada de Paula al otro lado del aparato.

.....

-¿Pero no te ha dicho nada más?

-Ay, no, nena, pero esto pinta muy mal...

Marc no sabía a ciencia cierta lo que había pasado en la consulta de Lila. Había visto a Javi salir como un rayo, con una cara que no auguraba nada nuevo. Presintiendo lo peor había llamado quedamente a la puerta de la doctora y sin esperar respuesta se había colado dentro. Se la encontró de pie, como un pasmarote, con el rostro pálido, el rímel corrido y aferrada a la foto que solía estar sobre su escritorio. Reparó en el ramo de flores que había traído Javi, ahora en la papelera. ¿Pero qué había pasado allí? No le dio tiempo a preguntar nada, ya que Lila se le adelantó. Con la voz quebrada le pidió que le cancelara todas las citas de la tarde y salió como una exhalación. Ahora esto, que era todo lo que sabía, se lo relataba a Punky, al otro lado del teléfono. Punky también estaba en ascuas. Ella pensaba llamar a Lila en un rato, para preguntarle qué tal había ido la supuesta llamada que iba a hacer a Javi, pero lo que le contaba Marc en ese momento lo cambiaba todo.

Entonces Marc le contó el detalle de la foto.

-¿De qué foto hablas?

-Una vieja, en que sale Lila, muy cambiada, de adolescente, con su madre.

Punky ató cabos. Javi había descubierto la identidad de Lila y seguramente se había sentido engañado y dolido. Pero ella aún podía hacer algo por arreglar las cosas. Por algo era la mejor amiga de Lila. En un segundo tramó un plan, pero se dio cuenta de que no iban a ser capaces de llevarlo a cabo ellos dos solos.

-Tengo que hacer una llamada, Marc. Creo que aún podemos arreglar esto – anunció firmemente.

-Que Dios te oiga, nena. O mejor Cupido...

-Tú déjame a mí.

.....

-Deja, Bárbara, yo te ayudo.

-Gracias , Belinda, eres un sol. No sé qué haría yo sin ti. Esto de la muleta es un fastidio. ¡Con lo que me gustaría salir hoy a dar una buena caminata! ¿No hace un día precioso?

Belinda no salía su asombro. ¿Esa chica amable y repentinamente amante de la naturaleza era su hermana? Sospechaba que lo ocurrido la noche anterior tenía mucho que ver con su súbito cambio. Se moría de ganas de saber todos los detalles de lo ocurrido, pero prefería estar de vuelta en la ciudad y a solas con Bárbara para tener una visión total, y más fiable de los hechos, lejos de las cotillas de Paula y Vane. Ella también había disfrutado de una noche estupenda y de un sueño reponedor en el que había soñado con Iván. Un poco a su pesar, ya que en el sueño (imposible como siempre solían serlo) los dos vivían en una acogedora cabaña en medio del bosque, con huerta y corral incluidos. Todavía podía oler el aroma a pastel de manzana del que estaba impregnado su sueño. Se sentía melancólica, ya que aquello estaba lejísimo de ser algún día una realidad, pero aún así se sentía bien. Era temprano. Bárbara, dando de nuevo muestras de un comportamiento totalmente inusual en ella, se había presentado puntual en recepción, y en ese momento las hermanas esperaban a Paula y Vane, a quienes seguramente debido al exceso de margaritas, se les habían pegado las sábanas.

-Oye, Belinda, pero... ¿pero ese de ahí no es Javi?

En efecto, era él. Belinda estaba tan sorprendida como su hermana. ¿Pero qué diablos hacía él ahí?

Javi, a su pesar, había tenido que esperar varias horas para ponerse en camino hasta el hotel que le había indicado Vane, a muchos kilómetros de la ciudad. Había bebido, y a pesar de la gravedad de lo que le había dicho la amiga de Bárbara, le podía la responsabilidad. No podía ponerse al volante en ese estado: eso solo habría empeorado las cosas. Así que tras una ducha reparadora y un poco de ejercicio para espabilarse (le hubiera sido imposible

pegar ojo), había decidido ponerse en marcha. Estaba muy preocupado por el estado de su exnovia, del que se sentía responsable. Al menos, la preocupación había hecho que relegara el cúmulo de emociones que sentía por Lila (o por Adela) a un segundo plano: la rabia, el rencor, la humillación, el amor que por mucho que no quisiera sentía por ella... todo parecía velado por el accidente de Bárbara. ¿Cómo estaría? ¿Sería realmente tan grave como la había pintado Vane? ¿Debía volver con ella? Si eso suponía su recuperación y su salud, la respuesta era clara: sí.

Ya de madrugada, y hecho aún un manojo de nervios, había llegado al coqueto hotel. No le había sorprendido demasiado que Bárbara hubiera escogido aquel destino tan lujoso para olvidarse supuestamente de él. Otras chicas se habrían refugiado con sus seres queridos, o hubieran recurrido – como había hecho él- a abandonarse una noche al alcohol, pero Bárbara era así. En recepción le habían informado de que las huéspedes dormían tranquilamente y de que no podía interrumpir como tal cosa en las suites. La amable recepcionista pareció sorprendida de lo que Javi le contaba: juraría que había visto a la chica descrita por el recién tan campante hacía unas horas, en el restaurante, y además muy bien acompañada, pero dada la discreción que requería su puesto, no había dicho nada.

Varias horas más tarde, y ya cuando Javi dudaba la veracidad de lo que Vane le había relatado, Bárbara y su hermana Belinda habían aparecido en recepción. Bárbara, en efecto, llevaba una aparatosa venda en la pierna. Pero, por lo demás, se la veía tan feliz.

-¡Bárbara! ¡Qué susto me has dado! ¿Estás bien?

-Sí, Javi, estoy bien, pero ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo has sabido...?

Las risitas de Paula y Vane, que acababan de presentarse en recepción, pronto los sacaron a todos de dudas. Bárbara se sentía confundida. Había conseguido justo lo que se había propuesto con aquella escapada: que Javi volviera corriendo a su lado. Y sin embargo, ahora todo aquello le parecía un capricho absurdo e innecesario. Su mente, y su corazón, se encontraban en otro sitio: rememorando la velada pasada junto a Tomás, y anhelando el momento de volver a verle.

Javi estaba tan confundido como ella, pero por diferentes motivos: ¿qué estaba pasando allí? ¿era el estado de Bárbara tan grave como se lo habían pintado? Obviamente, no. Paula y Vane le habían tomado el pelo, pero por otro lado ver a Bárbara en buen estado fue un alivio. Sin embargo, ¿por qué parecía contrariada al verlo? ¿o estaba más bien simplemente indiferente?

Belinda, para variar, se sentía culpable. No cabía duda que la noche anterior, una vez que se había despedido de ellas, las chicas habían llamado a Javi instándolo para que viajara hasta el hotel. El pobre había recorrido kilómetros y kilómetros, de noche, en vano: no solo Bárbara se encontraba estupendamente, sino que además, ahora que solo tenía a Tomás en mente, no estaba interesada en verlo en absoluto. Si hubiera vigilado más de cerca de aquellas dos arpías todo aquello no habría pasado.

Paula y Vane, por último, se lo estaban pasando de lo lindo. La aparición de Javi no solo había cortado de raíz la relación de Bárbara y Tomás, sino que además, ¡se ahorran el engorroso viaje en tren, y disponían de coche para volver cómodamente a la ciudad!

.....

-Espera, espera, ¿qué la doctora Alvarado es quiéeen? ¿Pero cómo puede ser? ¿Y cómo es que Javi no se dio cuenta antes?

Marc, Punky and Guille se encontraban en el sofisticado piso de este último. Punky lo había llamado, muy alterada. Guille no había entendido nada de lo que le había contado al otro lado del aparato, así que la había invitado a venir (junto a Marc, a regañadientes) a su casa. Punky, más tranquila y armada de paciencia, le refería todo lo ocurrido a Guille, mientras que Marc se paseaba a sus anchas por el salón admirando el buen gusto de aquel chico. Qué pena que fuera *straight*... qué derroche de hombre...

-Bueno, en realidad solo había que sumar dos y dos. Yo estaba allí, Javi y tú sabíais que Adela era mi mejor amiga de toda la vida, Lila desapareció repentinamente...

-Qué retorcidas sois las mujeres.

-¡Oye!

-Tú no, princesa.

-Me revientan que me llamen princesa.

-Ya estamos –intercedió Marc, interrumpiendo momentáneamente su observación de la colección de máscaras africanas que colgaban de una de las paredes.- Nuria, me dijiste que tenías un plan para volver a juntar a estos dos, ¿no? Pues suelta.

En efecto, Punky tenía un plan, algo descabellado –como cualquier cosa que se le ocurría- pero que podía funcionar. Dejó de un lado todo aquel lío de falsas identidades y fue al grano.

-Guille, ¿te acuerdas del Manhattan?

.....

-Bárbara, cariño, ¿te acuerdas de que este fin de semana es el cumpleaños de los gemelos, no?

-Ehhh, claro que sí, cari.

Pero Bárbara se había olvidado completamente de la fecha. Como de muchas otras cosas desde que había vuelto de la montaña. Levaba unos días totalmente distraída y de un humor terrible, aunque de manera inusual en ella, no lo pagaba con los demás. Se había encerrado en ella misma y a cada segundo se encontraba abstraída, desinteresada de lo que le rodeaba, a kilómetros de allí. En realidad, en un punto muy concreto, aquel en donde había conocido a Tomás, a quien no lograba olvidar. Este, tras la velada en el restaurante y el regreso de Bárbara a la ciudad, le había llamado unas cuantas veces, pero ella no había tenido el valor de decirle que había vuelto con su novio. Javi había acudido al hotel tan preocupado, tan atento, perdonándola por el escándalo que había montado en la consulta de aquella psicóloga... Bárbara se sentía avergonzada de su conducta y, antes que pedirle disculpas a Javi, había preferido hacer como si nada hubiera ocurrido. Pero ahora no sabía qué hacer: su corazón le pedía que dejara aquella farsa que a todas luces era su relación con Javi, pero su cabeza le decía que lo correcto para todos era seguir adelante con el compromiso, como si aquel viaje a la montaña jamás hubiera tenido lugar. Pero sí había

ocurrido, y había dejado secuelas imborrables: no lo de la pierna, que estaba en mucho mejor estado. Ya no usaba las muletas y la venda provisional desaparecería en unos pocos días. Pero la huella que había dejado Tomás en su corazón, esa tenía no sabía como borrarla por mucho que quisiera. Pero no podía dejar a Javi así como sí: estaba mucho en juego, eran muchas las personas involucradas y que aprobaban aquel compromiso: sobre todo sus padres, entusiasmadísimos con la boda y con el inminente matrimonio. Tampoco quería hacerle daño a Javi, con lo bien que se había portado con ella teniendo en cuenta todos los desplantes que le había dado. Pero aquella situación era insostenible, y aquellos a su alrededor ya se había percatado de que algo andaba mal.

Javi, sin ir más lejos, se preguntaba qué demonios le pasaba a su novia. No parecía ella. Otros años, a medida que se acercaba el cumpleaños de los hermanos de Javi (siempre se celebraba por todo lo alto), Bárbara se encargaba con afán y entusiasmo de todos los preparativos: de seleccionar el local, contratar a un DJ, llamar a un catering, enviar las invitaciones, y por supuesto seleccionar el modelito que llevaría ella misma en a fiesta. El cumpleaños, como cualquier acto social, era una excusa más para lucirse; ella era así. Pero este año hasta se había olvidado de la fecha. No le quedó otro remedio que atribuirlo a otros motivos: la preocupación por el estado de su pierna, o el estar muy ocupada con los otros preparativos, los de su propia boda. Eso tenía que ser. ¿Qué más si no? Belinda, por su parte, sabía muy bien lo que le pasaba a su hermana. La podía leer como un libro abierto. Sin embargo, se sentía atada de pies y manos. Y ella misma también se sentía de un humor muy parecido al de su hermana. La razón de su pesar no era otra que Iván, cuyo reencuentro la había dejado trastornada.

-Mira, yo me encargo si quieres del regalo, tu cómprate lo que te apetezca, sin reparar en gastos – propuso Javi para levantarle el ánimo-. Guille me dijo que se está encargando del local.

-Bueno, ¿qué tal si entramos en esta tienda y me pruebo algo?

Bárbara lo dijo por el simple hecho de satisfacer a Javi. La pareja en ese momento paseaba por la calle: Bárbara se ayudaba de la muleta, que en



pocos días no usaría. A diferencia de lo habitual, no se detenía en cada escaparate para exasperación de su novio. Así que por una vez este aceptó de buen grado acompañarla en la tienda. Pero en ese momento sonó su móvil.

-Mira, hablando del rey de Roma: es Guille. Ve entrando tú y ahora me reúno contigo.

-Vale –Bárbara entró en el local. No le apetecía ni pizca andar probándose modelitos, pero quizá eso la distraería y alejaría de sus pensamientos a Tomás. No perdía nada intentándolo.

-Guille, ¿qué te cuentas? ¿ya tienes el local?

-Claro, tronco. Para eso te llamaba. Cuando te cuelgue te mando un mensaje con la dirección. Sé puntual, ¿eh? Y ponte guapo.

-¿Qué me ponga guapo? ¿Y qué les importa a los gemelos si voy guapo?

-Nada, no importa. Y oye, otra cosa... ¿Bárbara va a venir?

-¿Bárbara? Pues claro. Nunca se ha perdido el cumpleaños de tus hermanos. Oye, estás muy raro.

¿No estarás tramando algo?

-¿Yoooo? Qué va, lo preguntaba por preguntar –se excusó Guille. Javi no debía sospechar nada de lo que él, Nuria y Marc andaban tramando. Un plan que podía irse al traste con al presencia de Bárbara, pero aquello era algo que no podían evitar. Aquello olía a desastre. No le quedo otra que confiar ciegamente en Nuria. ¿En qué lío se estaban metiendo?

.....

-Punky, ¿en qué lío me quieres meter ahora? Mira que no tengo ánimos de nada, y menos de una fiesta.

-Si no es una fiesta, mujer. Son negocios –mintió descaradamente Punky – Lo de siempre, una promoción, pero me da muchos ánimos que estés ahí.

-Mientras no te de por ponerme otra vez el pelo como una explosión pirotécnica...

-Prometido. Pero de todas formas, ponte guapa, ¿eh?

-¿Y qué más te da que me ponga guapa? Además, ya sabes que no tengo

ánimo para nada. Por mí iba en pijama.

-Bueno, lo importante es que vengas.

-Vale, muy a mi pesar, pero no te fallaré.

-Ahora te mando la dirección del sitio.

-¿La dirección? ¿No es más fácil que me digas el nombre del local, y ya lo “gugleo” yo?

-Es que no me acuerdo... -volvió a mentir Punky. No quería confesar que se trataba ni más ni menos que del Manhattan: ese dato podría despertar las sospechas de Lila y echar a traste todo el plan.

-Bueno, chica, qué rarita estás. Como tú quieras.

Las dos amigas se despidieron y Lila pensó que aquella reunión social promoción o lo que fuera, no le vendría mal. Llevaba unos días para el arrastre sin poder quitarse a Javi de la cabeza, así que arreglarse, salir y socializar un poco quizá fuera la medicina que necesitaba para su deplorable estado de ánimo. Solo esperaba que aquello no fuera a causar precisamente lo que más deseaba evitar: recordar como una boba a Javi, puesto que las circunstancias eran muy similares a las de la última promoción a la que había acudido con su amiga. Sin pensárselo más, se puso a rebuscar en el armario a ver si encontraba algo decente que ponerse.

## 16.

Llegó la fecha del cumpleaños de Lucas y Matías. Los días se habían sucedido de manera muy diferente para todos los que en unos minutos se reunirían en el Manhattan. Los cumpleaños habían aceptado de buen grado que su hermano mayor se encargara de buscar un local apropiado. Bárbara era siempre la que solía hacerlo, pero ese año parecía que la situación con Javi (al que prácticamente consideraban como otro hermano) estaba muy delicada. Ni siquiera sabían a ciencia cierta si alguno de los dos acudiría a la fiesta. Sentían que Javi estuviera atravesando una mala racha, pero por otro lado se alegraban ante la perspectiva de que pasara a formar parte del exclusivo club de solteros. Su hermano Guille quedaba excluido: se había echado novia y parecía estar sentando cabeza. Por otro lado, nunca les había hecho demasiada gracia Bárbara, pero después de tantos años aguantándola también pensaban en ella como en otro miembro más de su familia extendida. También lo sentían por ella. El hecho de que Guille hubiera buscado un garito, por otro lado, les había dejado más tiempo para ocuparse de lo que para ambos era lo más importante: la firma Fuste. Llevaban varias semanas centrados en el diseño y la preparación de la selección de dulces navideños, que sacarían al mercado en unos meses, y pensaban aprovechar la fiesta no solo para darse un merecido respiro, sino también para presentar en primicia una surtida selección de golosinas. Y además había otro motivo por el que estaban entusiasmados por la celebración, más incluso que otros años: por fin iban a conocer en persona a la misteriosa novia de su hermano mayor, pues ellos ya la denominaban así, “novia”, por mucho que Guille, el soltero de oro, se negara aún a usar ese apelativo. Pero tarde o temprano habría de dejar de negarlo y rendirse a las evidencias: la peluquera había provocado un cambio radical en su hermano mayor. Este ya no mostraba interés por ninguna de las chicas que pululaban a su alrededor, por muy atractivas que fueran, y era el primero en retirarse cuando quedaban en un bar, alegando que tenía cosas que hacer, cuando esas “cosas” no eran otras que llamar a Punky o quedar con ella. Y eso por no mencionar la transformación en su apariencia e indumentaria: había dejado de usar

gomina y los rizos rebeldes se precipitaban sobre su rostro y se le arremolinaban en la nuca, dándole un aire más informal. Su vestimenta también era un poco más bohemia, o simplemente “rarita”, en opinión de los gemelos. Le había dado por usar camisetas viejas (o “retro”, como decía Guille, para defenderse), y vaqueros, que hasta entonces solo se ponía para estar por casa. Hasta había adquirido en un mercadillo de segunda mano una chaqueta de cuero. ¡Inaudible! Los trajes de marca y camisas a la medida habían quedado definitivamente olvidados en el fondo de armario.

Guillermo, por su parte, no había confesado a sus hermanos que iba a utilizar la excusa de la fiesta para hacerle un favor a su mejor amigo; aunque él mismo eso de “favor” seguía sin tenerlo muy claro. Nuria, Marc y él mismo (él a regañadientes, pero es que cualquiera le llevaba la contraria a Nuria) habían organizado a espaldas de Javi y de los gemelos todo un complot de consecuencias insospechables. Era muy probable que Javi se cabreara al enterarse de todo, por no hablar de Lucas y Matías, a los que claramente había utilizado. Así que no le había quedado otra que aguantar estoicamente durante unos días los chascarrillos y alusiones a su look renovado y a su supuesta “novia”. Porque tenía que reconocerlo: Nuria era su novia. Y de repente, la sola alusión de la palabra, para sus adentros, le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda hasta la nuca. Pero no se trataba de rechazo o de miedo, sino que, por el contrario, era una sensación nueva y muy, muy agradable. ¿Pero qué le estaba pasando? Bah, seguramente no eran más que los nervios por lo que podría pasar en apenas un rato, en la fiesta, a la que por cierto ya llegaba tarde. Más le valía apurarse si quería llegar antes de Javi y no perderse nada de lo que pudiera suceder.

El estado de ánimo de Bárbara no había cambiado desde que volviera de la montaña. Ni siquiera había mostrado el menor entusiasmo al verse capaz, precisamente esa noche, de quitarse la venda, deshacerse de la muleta y lucir una minifalda de escándalo. Javi no se encontraba mucho mejor, pero estaba haciendo todo lo posible por borrar definitivamente a Lila de su cabeza centrándose en su novia. Su prometida. Al pensar en todo lo que esa palabra conllevaba, un escalofrío le recorría la espalda. Y no precisamente placentero. En el fondo sabía que seguir adelante con aquella farsa era una

equivocación, el error más grande que había cometido en su vida. O no: quizá el error más gordo había sido dejarse llevar por sus sentimientos y enamorarse de Lila. Aquello sí que había sido una farsa, en la que él había sido la víctima. ¿Qué debía hacer? ¿Hacerle caso a lo que le dictaba el corazón, y correr como un loco a buscar a la mujer que lo había engañado, para afrontar un futuro incierto? ¿O escuchar a la voz de la razón, hacer lo que todos esperaban de él, y darle el “sí quiero” a una mujer por la que en realidad no sentía nada, mas con la que el futuro resultaba seguro y predecible? Lo único que tenía claro es que esa noche cedería a los dictados de la razón. Y ahora lo importante eran los gemelos, como todos los años por esas fechas. Para Javi eran como sus hermanos pequeños y se sentía algo más animado al pensar en la ilusión que a aquellos dos les hacía la fiesta. Y en su afán por seguir complaciendo a Bárbara, él mismo había sugerido que se trajera a Vane y Paula, a ver si esas dos cotorras conseguían animarla un poco. Así que en ese momento los cuatro estaban en el coche de Javi. Vane y Paula no dejaban de parlotear animadamente sobre lo que les esperaba en la fiesta: aquella era el primer cumpleaños de los gemelos al que asistían y se morían de ganas por conocerlos. Bárbara, en el asiento del copiloto, le daba instrucciones a Javi para llegar al local.

-Ahora a la derecha, y después de nuevo a la izquierda.

-¿Pero cómo dices que se llama el sitio?

-Espera, que lo busco en el mensaje que me mandó Guillermo... mmm... aquí está: “Manhattan”.

Javi se aferró al volante hasta que sus nudillos se tornaron blancos. ¿El Manhattan? ¿Pero en qué demonios estaba pensando Guillermo? Un viaje por la memoria hasta esa fatídica noche en que había comenzado todo era lo último que le apetecía. ¡Precisamente ahora! Pensaba ahogar a su amigo en una de sus propias tartas. Se lo merecía.

Lila había accedido ante la insistencia de Marc de ir en el coche de este hasta la fiesta. No sabía por qué su amigo se había empeñado tanto en llevarla. ¡Si no le costaba nada buscar ella misma el sitio y acercarse hasta allí en taxi! ¿Es que tenía miedo de que le dejara colgado y no acudiera a la fiesta? Pese

a no estar precisamente para celebraciones, les había prometido tanto a Marc como a Punky que haría acto de presencia. Y nunca faltaba a su palabra. Haciendo acopio de fuerzas y de ganas, había decidido sacudirse el malestar de encima a cualquier costo. Era el momento adecuado de recurrir a su armario y al preciado tesoro que allí conservaba: los vestidos de Pura. La dulce ancianita había fallecido hacía algunos años, y sabiendo lo mucho que Adela apreciaba su exquisita colección de ropa y complementos, se lo había dejado todo a ella como herencia, sabiendo que la joven nunca vendería o se desharía de nada para buscar provecho, sino que lo apreciaría como merecía y haría uso de los atuendos si se daba la ocasión. Y definitivamente, la ocasión había llegado. Lila, ejemplificando la expresión “en casa del herrero, cuchillo de palo”, cuando atravesaba por alguna crisis, no recurría a otros colegas psicólogos en busca de asesoramiento. Prefería el método tradicional: una buena charla reconfortante con su mejor amiga, un hartón de helado frente a la tele, tonificantes baños de espuma. Ya había probado los tres recursos y de momento no le habían dado resultado. Pero aún le quedaba una última baza: su exquisito fondo de armario. La madre de Lila había conservado la colección de Pura desde su fallecimiento hasta el momento en que su hija había regresado definitivamente de Estados Unidos. Y ahora Lila poseía todos esos magníficos vestidos y los atesoraba como oro en paño, aunque eran muy pocas las ocasiones en las que podía hacer uso de ellos. Había llegado el momento. Quería sentirse como una princesa. Pasó horas deleitándose con el tacto de los tejidos y ante la visión de zapatos, blusas, lentejuelas y brocados, igual que lo había hecho la noche en que había accedido al armario de Pura por primera vez, acompañada por su madre, sintiéndose las dos como privilegiadas exploradoras que accedieran por primera vez a una mina de piedras preciosas que no había visto la luz en años. Por fin se decidió por un vestido plateado, de corte sencillo pero que debía de haber resultado muy provocativo en su época, puesto que a pesar de ser largo, dejaba los hombros y la espalda totalmente descubiertos. Seguro que Pura, en sus buenos años, había causado más de un revuelo y hasta algún infarto luciendo aquella prenda. Hacía muy buena noche y el modelo, arriesgado pero elegantísimo, resultaba perfecto. Sin duda desentonaría con

la concurrencia que solía atender a los eventos de Punky, mucho más informal y moderna, pero cuando Lila pensaba que era perfecto lo hacía refiriéndose exclusivamente a ella misma y a lo que en ese momento necesitaba. Tras un buen baño reparador y una sesión de maquillaje, se embutió el vestido y se calzó los zapatos a juego, y el resultado la dejó satisfecha: se sentía como una reina y aquella noche no solo iba a cumplir con sus amigos: iba a pasárselo bien. Marc ratificó que la elección de la indumentaria había sido la correcta. Nada más verla soltó un silbido y preguntó dónde había quedado la recatada jefa que él conocía. La noche prometía.

Pero ahora lo imperante era buscar el sitio que con tanto recelo guardaba Marc. ¿Dónde estaban? Aquella zona del centro le era familiar. Ella había estado allí, hacía muchísimos años. ¿Pero esa no era...? No, no podía ser. ¿La puerta del Manhattan?

-Oye, ¿esto no es el Manhattan?

-Ay, nena, pues no sé. No me he quedado con el nombre del garito. Pero qué más da, ¿no? ¿Qué pasa, conoces el sitio? –Marc intentó disimular como pudo que estaba al tanto de todo lo que había sucedido en el Manhattan hacía unos años. Con la mirada fija en la calzada, no se atrevía a mirar a Lila a la cara: seguro que llevaba la culpa pintada en el rostro.

-Marc, ¿qué está pasando?

-Mira, ahí hay un hueco. Voy a aparcar antes de que nadie me robe el sitio...

Punky esperaba ansiosa a sus amigos. Sus uñas ralas y mordisqueadas eran la prueba del estado de nerviosismo por el que estaba pasando. Para empeorar la cosa, Guillermo aún no había llegado, y hacía unos minutos que los gemelos habían cruzado la puerta. Aún no los conocía en persona, pero por razones obvias (eran dos gotas de agua) ella los había reconocido nada más verlos. Por suerte, Lucas y Matías, ocupados en saludar a todos los presentes, aún no habían reparado en ella. Y era como para no verla: para la ocasión había elegido unas extensiones degradadas, de un rojo pasión en las raíces y que palidecían paulatinamente hasta adquirir un rosáceo en la parte baja de la espalda. Iba embutida en un sofisticado vestido negro de cuero. Al

ver aparecer a Lila se mostró más animada. Al menos una pequeña parte del plan había salido bien: su amiga no solo estaba allí:

¡además estaba preciosa! ¿De dónde había sacado ese vestido?

-¿De dónde has sacado ese vestido?

Lila giró sobre sus talones para mostrarle la prenda en todo su esplendor, con una sonrisa radiante.

-¡Es de los que me dejó Pura! ¿Te gusta?

-¿Qué si me gusta? ¿Pero a qué habías esperado para ponértelo? Bueno, la verdad es que no podías haber elegido mejor ocasión –se le escapó sin querer.

-¿Qué quieres decir?

-Errr, esto, nada, es que ya ves, la fiesta es esto... muy elegante.

Lila miró a su alrededor. Era cierto que los invitados, bastante diferentes a los que acostumbraba a ver en las promociones de Punky, iban muy elegantes. De hecho, todo allí era muy diferente a lo que esperaba encontrarse: ni stands con los productos Punky, ni melenas de colores (menos, obviamente, la de la propia Punky), ni nada parecido. Aquello era para mosquearse. Reparó entonces en una gran pancarta de letras de colores que rezaba “Feliz cumpleaños”. ¿El cumpleaños de quién? ¿Pero qué era aquello? ¡Y sin olvidarse de que encima estaba en el Manhattan! Allí estaba pasando algo, algo que a todas luces llevaba el sello de Punky y de Marc, a los que la cara de culpa comenzaba a delatarlos.

-Punky, Marc, –se dirigió Lila a sus amigos, con la actitud de la maestra severa reprendiendo al alumno más taimado- o me decís qué está pasando aquí, o, o...

-¡Hola guapa!- Guille, que acababa de llegar, se había acercado al grupo sin que ninguno se percatara. El “guapa” iba dirigido a Punky, a quien le estampó un beso de miedo en la boca. A Lila la repentina aparición de Guille la tomó por sorpresa, y se dejó la frase en el aire.

-Nena, estás de miedo, pareces una vampiresa de lo más sexy –reparó entonces en Lila, a su lado.



-Y tú debes de ser Lila. Encantado de volverte a ver después de tanto tiempo. O si quieres te llamo Adela. Tranquila: estoy al corriente de todo.

-Yo, esto... no, Lila está bien –Lila se sentía avergonzada de que alguien más estuviera al tanto de su fallido intento por ocultar su antigua identidad, que tan nefastos resultados le había dado. –Yo también me alegro de volverte a ver, Guille.

Sus palabras eran sinceras. Sabía, por referencias de Punky, que le había ido bien en la vida, y encima trataba a su mejor amiga como una reina. A pesar de ser tan dispares Punky y él hacían muy buena pareja, y se alegraba por ellos. Pero la presencia de Guille en aquel cumpleaños (¿el cumpleaños de quién?) conllevaba un gran peligro: ¿y si aparecía por allí Javi, su mejor amigo?

-Guille, ¿y a mí no me das a decir nada? –ese era Marc, cuya pregunta delataba una punzadita de celos.

-Caballero... -Guille propinó un apretón de manos de lo más cómico a Marc. La situación alivió el ambiente tenso que se había creado en el grupo. Y a eso colaboró la estrepitosa aparición de los gemelos, que acababan de divisar a su hermano mayor. No dudaron en agarrarlo en volandas montando un jaleo que llamó la atención de todos los presentes.

La fiesta se estaba animando por momentos, y Lila, olvidando momentáneamente su confusión y la probabilidad de que Javi apareciera, decidió dejarse llevar por la alegría contagiosa de los gemelos.

-¡Feliz cumpleaños, enanos! –celebró Guille una vez repuesto del sobresalto. El misterio quedaba resuelto para Lila. El motivo de aquella fiesta no era otro que el cumpleaños de los hermanos de Guille: sabía de su existencia por Punky, pero ella tampoco los había conocido en persona. Miró de reojo a su amiga: por una parte deseaba estrangularla ya que la excusa de la promoción era a todas luces un embuste, pero por otro lado la vio tan cohibida por la presencia de aquella rama de la familia de su novio que prefirió no decir nada. Ya habría tiempo para rendirle cuentas a su amiga y a Marc.

Preferiblemente cuando los tres estuvieran a solas. Y dado lo concurrido que estaba el lugar, aquello debería esperar.

-Vaya pintacas, colega –se burló Lucas de su hermano mayor. Matías le propinó un mal disimulado codazo.

-Estás muy... interesante -intentó corregir Matías. Se dirigió entonces a Punky, que abrumada con la escena fraternal, había quedado en un segundo plano.- Y tú debes ser la responsable del cambio de nuestro hermanito. Cambio a mejor, qué conste. ¿Nuria?

-S-sí. Encantada. ¡Feliz cumpleaños!

-¡Guau! ¡Qué pelazo! –Lucas, sin cortarse un pelo, extendió la mano para tocar aquella larguísima melena de color imposible.

-Gracias, supongo.

-Mi hermano siempre ha tenido muy buen gusto, ¡se nota! –Punky enrojeció hasta las orejas. Menos mal que la conversación cambió entonces de tercio:- Y hablando de buen gusto, ¿ya habéis probado los turrone que hemos traído? ¡Están de muerte! ¡Necesitamos vuestra opinión ¡No os cortéis!

El animado grupo se encontraba enzarzado en una discusión sobre qué era mejor: el turrón de chocolate o el de frutos del bosque. Lila no lo tenía muy claro. El voto de Punky era tajante. Marc intentaba decidirse metiéndose en la boca trozos alternativos de ambos sabores. Para aquel entonces Lila se encontraba tan a gusto con Guillermo y sus hermanos (a los que se habían sumado varios amigos) que para entonces había olvidado sus resquemores y la posibilidad de que Javi hiciera acto de presencia. A ella no le gustaban los mazapanes, pero podría vivir tranquilamente durante un mes alimentándose exclusivamente de los que había probado. ¿Y las trufas! Divinas, como acababa de exclamar Marc, que ya había dado el veredicto de los turrone por imposible. Lila decidió que debía poner punto final al atracón de golosinas navideñas ¡apenas estaban a final de verano! Si seguía así reventaría el vestido esa misma noche. Pero eso de ahí que eran, ¿tocinillos de cielo? Intentando distinguir la bandeja que portaba uno de los camareros, sus ojos se toparon con el pequeño grupo que acababa de atravesar la puerta. Le llamaron la atención las piernas larguísimas y bien torneadas de una chica con un vestido mínimo pero de un gusto exquisito. La melena rubia y lisa se

giró dejando ver un rostro bello pero terriblemente serio. ¡Era Bárbara! Le seguían dos chicas que le resultaban familiares del instituto y que en ese momento se le antojaron como sendos perritos falderos. Quien cerraba la comitiva no era otro que... Javi. Aquello fue como un jarro de agua fría que disipó todo su buen humor. Deseó que se la tragara la tierra, pero era demasiado tarde para escabullirse. El jaleo que estaba armando su grupo, y su propia presencia, con aquel vestido exuberante, habrían llamado la atención de cualquiera. Por si eso no fuera poco, los gemelos, que también habían divisado al recién llegado grupo, comenzaron a silbar y a llamar a gritos a Javi.

-¡Eh, tío, que estamos aquí!

La sonrisa resplandeciente de Javi se borró de un plumazo al ver quién se encontraba junto a Lucas y Matías. ¡Era Lila! O mejor dicho, ¡Adela! ¡Lo sabía! Aquello era una encerrona en toda regla magistrada por Guille. Pero no era el momento de armar un escándalo. Intentó reponerse sin que Bárbara o las arpías de sus amigas notaran su cambio de humor, y con la actitud del perfecto caballero que podía ser, se aproximó al grupo que reclamaba su presencia.

-¡Chicos! ¡Feliz cumpleaños! Ya tenéis qué, ¿catorce años?

-Jaja, muy gracioso. Déjate de tonterías y preséntanos a tus bellas acompañantes. -Lo cierto es que desde que se habían percatado de su presencia, los gemelos no les habían quitado los ojos a esas dos chicas nuevas a las que no conocían.

-A Bárbara ya la conocéis, y estas dos Vane y Paula. Y tenían muchas ganas de conocer a los cumpleañoseros.

-¿Quién es Vane y quién es Paula? –preguntó Lucas, plantando dos besos a las amigas y deteniéndose más de lo necesario en su cálido saludo a la segunda.

-No, la pregunta es, ¿quién es Lucas y quién es Matías? –preguntó a su vez Vane, con un tono pícaro.

-¿Por qué no jugamos a adivinarlo? –propuso Matías a las dos amigas. Él,

por su parte, ya había decidido que la que le gustaba era Vane.

Los cuatro se desentendieron del resto, creando una situación tensa entre los que quedaban.

Lila, abrumada por la presencia de Javi y Bárbara, temía que esta volviera a armar un numerito como el que había tenido lugar en la consulta. Sin embargo, para su sorpresa Bárbara se mostraba distante, apática. No podría haber adivinado que Bárbara, lejos de estar furiosa por la presencia de la psicóloga, se sentía en realidad aliviada. No le había costado atar cabos y llegar a la conclusión de que se trataba de Lila: con razón le había sonado tanto su cara. Al ver ahí a Nuria, la que fuera la chica más estafalaria del instituto, de la que era imposible olvidarse, había reconocido en Lila a la mejor amiga de aquella: Adela, si mal no recordaba. La misma que casi le roba a Javi durante la fiesta de fin de curso. El hecho de que, para mayor inri, se encontraran en el mismo lugar donde aquello había sucedido, le había ayudado a refrescar la memoria. Sin embargo ahora las circunstancias eran muy diferentes: ya no veía en Javi a su novio, ni se moría de celos, ni la invadía el capricho de tenerlo para ella sola, como un juguete, que era exactamente lo que le había pasado hacía más de diez años en aquel mismo lugar. De hecho, se arrepentía de todo lo que había tenido lugar por aquel entonces. Si esa noche no hubiera hecho lo posible por volver con Javi como una niña caprichosa, seguramente ahora estaría soltera y sería libre: libre para volver corriendo al lado de aquel nuevo chico que había aparecido en su vida y le había arrebatado el corazón: Tomás. No dejaba de pensar en él. Pero era mejor no hacerse ilusiones. No volvería jamás a ver al montañero del que sin proponérselo se había enamorado. Así que se desentendió de todo y de todos, y sin molestarse en saludar al grupo ni de pedirle explicaciones a Lila, o a Adela, qué más daba, se dirigió a la barra para pedirse algo. Quién sabía, quizá era su oportunidad de oro. Igual si les dejaba espacio a la pareja, Javi quedaría libre de su presencia y se daría por fin cuenta de que el compromiso era un error. Y ella no tendría que hacer nada.

Punky, Guillermo y Marc, por su parte, no sabían qué hacer ni dónde

meterse. El plan había salido como lo habían planeado, era cierto: el encuentro entre Lila y Javi había tenido lugar. Pero a ninguno de los tres se les había ocurrido pensar qué hacer llegados a ese punto. Por suerte Guille reaccionó a tiempo y se dio cuenta de que lo mejor era dejarles espacio: lo que pasar de ahí en adelante ya no era responsabilidad suya.

-Nuria, cariño, Marc: ¿por qué no me ayudáis a sacar más bandejas? Parece que las provisiones por aquí se están acabando...

-¡Encantada!

-¡Me apunto!

Cualquier cosa parecía mejor que esperar ahí como pasmarotes lo que ocurriera entre la pareja, aunque eso supusiera hacer varios viajes hasta la furgoneta de las provisiones. Javi y Lila quedaron cara a cara. Los dos estaban visiblemente incómodos. Y los dos sintieron un vacío indescriptible en el estómago, similar a la sensación de estar a punto de precipitarse cuesta abajo en una montaña rusa vertiginosa. Se miraron a los ojos, y sin poder evitarlo ambos esbozaron una tímida sonrisa.

-Pues aquí estamos... en el Manhattan –se atrevió finalmente a decir Javi.

-En el Manhattan... quién nos lo iba a decir.

-Adela, estás preciosa.

-Y tú estás... acompañado –Lila se arrepintió al momento de haber dicho eso. No quería olvidar que seguía enfadada y decepcionada con el rumbo que habían tomado los acontecimientos, pero no era ella quién para hacer reproches. Javi hizo un mohín de disgusto. A él tampoco le gustaba la situación.

-Mira, en cuanto a eso... solo he intentado obrar por el bien de todos. Seguir con mi vida tal y como estaba antes de conocerte. Pero ahora te tengo aquí a mi lado y ya no sé qué está bien y qué está mal.

-¿Y qué propones que hagamos?

A Javi se le encendió la bombilla. Recordó lo que acababan de hacer los gemelos, más avispados que él.

-¿Y si jugamos?

-¿Qué quieres decir? –Lila estaba desconcertada.

-Mira, imagina que estamos en el mismo punto donde lo dejamos hace diez años. El sitio ya lo tenemos, ¿no? Tú eres Adela, la estudiante tímida y aplicada, y yo soy Javi, el chaval responsable que he sido siempre. Quizá la Woodstock no esté presente, pero todo lo demás parece igual que cuando nos despedimos. Solo hay una cosa muy, muy diferente: esta vez no te me vas a escapar a Estados Unidos.

A Lila se le escapó la risa. La verdad es que el plan no sonaba nada mal.

-No, esta vez no pienso irme a ningún sitio...

-Tú déjate llevar, ¿vale?

-Vale –aceptó Lila encantada.

Javi respiró hondo. Lila lo imitó.

-Así que dime, ¿qué planes tienes para el verano?

.....

La fiesta se encontraba en su apogeo. La pista estaba llena y la música sonaba atronadora, animando a los pocos que quedaban dispersos por el recinto a echase a bailar. Las bandejas estaban vacías: los dulces habían sido todo un éxito. Para Lucas y Matías aquel estaba siendo el mejor cumpleaños que recordaban, sobre todo porque había recibido un regalo inesperado en la forma de Vane y Paula, aquellas dos chicas alegres y atolondradas con las que habían conectado de inmediato. Los cuatro andaban ya bastante achispados producto del alcohol y del ambiente general. Se lo estaban pasando genial, pero los cuatro ansiaban para sus adentros no dejar las cosas en aquella fiesta y continuar la recién comenzada relación en los días venideros. Punky y Guille bailaban frenéticamente, acoplándose a la perfección en cada uno de sus pasos, como si se se tratara de una coreografía que hubieran ensayado con antelación. Por una vez, encontraban en el baile una actividad que ambos disfrutaban en común y a la que se entregaban con el mismo ímpetu. Incluso Bárbara se había contagiado del ambiente festivo y se había atrevido a dar unos tímidos pasitos de baile animada por Marc, que se sentía algo apenado por ella. Lástima que estar acompañado de una

chica diera al traste cualquier tentativa de ligar, pero en fin, era su manera particular de hacer penitencia. De todas formas no había visto por allí nada que mereciera la pena. Eso hasta que divisó al hombretón que acababa de entrar en el Manhattan y al que no tenía el placer de conocer. Venía acompañado por una pareja: una chica gordita que parecía abrumada por aquel escándalo, y un chico alto que le aferraba la mano intentándole infundir aplomo.

-Guau, menudo ejemplar acaba de entrar por la puerta. ¡Por fin esto se pone interesante!

Bárbara no se molestó en volverse. Acababa de conocer a Marc, y aunque el chico le había caído realmente bien, estaba claro que a él cualquier representante del género masculino le parecía atractivo. Por eso no se percató de que el ejemplar en cuestión avanzó directamente hasta ella y le posó suavemente la mano en el hombro, para sorpresa de Marc, que no había tenido ni tiempo de advertirle.

-¿Bárbara? ¡Vaya, ya veo que tienes la pierna bien!

Bárbara se giró extrañada. ¿Pero quién...? ¡Tomás! ¡Era Tomás! ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo la había encontrado? Sin pensar en lo que estaba haciendo, se lanzó a sus brazos:

-¡Tomás! ¡Qué alegría! ¡No he dejado de pensar en ti!

Tomás se sintió abrumado y enternecido por la reacción de Bárbara, y tomó su rostro delicadamente entre sus manos:

-Yo tampoco he logrado olvidarme de ti. ¡Lo que no sabía es que tenías unas piernas tan bonitas!

Bárbara reparó entonces en la presencia de Iván y de Belinda, que observaban conmovidos la escena. Se sorprendió al ver que los dos iban cogidos de la mano. Aunque Iván hubiera sido su antiguo novio, eso no le molestó en absoluto. ¡Por fin Belinda había encontrado a alguien a su altura! Porque lo cierto era que, aunque ella misma nunca hubiera estado enamorada del que en otro tiempo había sido un chico atractivo, atlético e inteligente, Iván seguía siendo todo un partidazo. Un caballero salido de las

páginas una de esas novelas románticas con las que a Belinda se podía pasar horas junto a la piscina. Pero eso ahora no venía al caso: era hora de responder algunos interrogantes: ¿qué estaba pasando allí? ¿Cómo era que los tres habían aparecido inesperadamente en la fiesta? Los recién llegados, entusiasmados y atropellándose entre sí, le explicaron todo. Tomás, tras haber dejado a Bárbara en el hotel, se había reprochado a sí mismo el no haberle pedido más datos sobre ella misma. Solo tenía su número de teléfono, lo cual no le había servido de mucho, porque al aparato, por alguna razón, Bárbara se había mostrado distante y fría. ¿Era culpa suya? ¿Había dicho algo en el restaurante que le hubiera molestado? ¿O por el contrario debería haberse mostrado más atrevido? ¿Y si tenía novio? ¿Cómo no haberle preguntado eso antes!

Lo cierto es que no sabía nada de ella: lo único que podía hacer era acercarse al hospital con la poca esperanza de que allí le proporcionaran algo de información sobre la paciente. Para su sorpresa daba la casualidad de que Iván, pues así se llamaba el doctor que la había atendido, había sido su antiguo novio. Y para su alivio este no mostró ninguna reticencia a la hora de facilitarle la información que buscaba sobre el paradero de Bárbara en la ciudad. Iván no sabía en realidad su dirección actual, pero sí dónde vivían sus padres: estaba seguro de que en todo esos años los señores Bustamante no habrían cambiado de residencia. Pero Iván hizo mucho más que facilitarle unos simples datos a ese perfecto desconocido, con cuya desazón se sentía identificado. Iván abrió su corazón a Tomás, y le confesó que no solo su idilio con Bárbara había acabado hacía muchos años, sino que ahora se sentía prendado de la hermana mayor: Belinda. Reconoció que, de hecho, siempre había sido así. La más callada y taciturna de las hermanas Bustamante siempre había sido su debilidad, pero sus padres nunca hubieran aprobado una relación con una chica que tenía tan pocas habilidades sociales. Ahora ya ni sus padres ni nadie se podían interponer a sus deseos. Una vez acabado el turno de Iván en el hospital, los dos, que habían conectado de inmediato, se fueron a tomar unas cervezas. Entre cervezas y confidencias idearon un plan: al día siguiente viajarían a la ciudad hasta el único punto de referencia que Iván conservaba, la casa de los Bustamante. Y



allí simplemente preguntarían por el paradero de las hermanas. El destino se puso de su parte, puesto que nada más llegar a la casa (seguía tan impresionante y señorial como Iván la recordaba), dio la casualidad de que Belinda acababa de llegar, como hacía todos los fines de semana, pues le gustaba aprovechar ese tiempo para pasar un rato con sus padres. Como Belinda estaba en el porche, Iván y Tomás ni siquiera tuvieron que entrar en la casa, ahorrándose las aparatosas explicaciones a los señores Bustamante. Belinda e Iván, por su parte, no se deshicieron en explicaciones ni en declaraciones de amor: no les hizo falta.

Con un simple intercambio de miradas se dijeron todo. Belinda supo por qué Iván estaba allí, y Belinda lo aceptó de buen grado. De lo único que ambos se arrepentían era de haber malgastado tantos años, tan solo por el qué dirán. Al menos, podían evitar que algo así les sucediera a Bárbara y a Tomás. Era hora de ponerse en marcha. Belinda sabía que su hermanita estaba en el Manhattan, en el cumpleaños de los hermanos de Guillermo. Iván recordaba el sitio: habían acudido allí hacía muchos años, a aquella fiesta de final de curso en que lo pasó fatal y se sintió como un estúpido. Recordaba también a Javi, el chico por el que, por suerte, Bárbara lo había dejado plantado. Algo bueno había sacado de la fiesta al fin y al cabo. Le sorprendió que el sitio no solo siguiera abierto, sino que incluso hubiera conservado el mismo nombre. Pero no era el momento de perderse en los recuerdos: era el momento de actuar.

En la distancia, Javi y Lila se percataron del revuelo que acababa de montarse a causa de los recién llegados. Javi vio cómo un perfecto desconocido tomaba a Bárbara entre sus brazos, ¡y ella parecía encantada! El gesto no le molestó en absoluto, por mucho que, en teoría, Bárbara siguiera siendo su novia. Estaba claro que nadie ya se creía esa farsa.

Repentinamente se sintió libre, y llevado de la euforia del momento, él también tomó a Lila entre sus brazos, y sin dejarle tiempo a reaccionar, la besó apasionadamente. Lila recibió sorprendida aquel beso, que prolongó por un tiempo indefinido deleitándose en cada segundo y dejando que todas sus preocupaciones desaparecieran entre los labios del hombre que amaba.

## 17.

El día era espléndido. Aunque estaban a las puertas del otoño, la temperatura era agradable y lucía un sol radiante. Los invitados iban llegando y parecían encantados de encontrarse en aquel entorno idílico. Guirnaldas de flores blancas y rosas, la mayoría silvestres, engalanaban las sillas dispuestas en fila en el jardín, así como un coqueto y sencillo arco allá donde los asientos terminaban. En el otro extremo del jardín varias mesas amplias lucían manteles de lino y centros florales. La paz reinaba en el ambiente, pero no era así en el interior de la casa rústica que se erguía en medio de la bella finca. En especial en la cocina reinaba el caos. Belinda andaba como una loca de un lado a otro, intentando no tropezar con los camareros cargados con bandejas, platos y cubertería. ¿Y los langostinos, dónde estaban los langostinos? ¡Se le iba a quemar la salsa de ciruelas! ¡Y el suflé no subía! Para colmo, Iván aún no había regresado de la floristería. ¿Pero dónde se había metido ese hombre! ¡Las flores silvestres no les habían alcanzado y aún quedaban varios arreglos por colocar! Belinda, que normalmente era la tranquilidad personificada, ese día estaba transformada y parecía que un torbellino de revolviera furioso en su interior. ¡Y es que la ocasión no era para menos! Decidió preguntarle a Guillermo, que ajeno a todo, estaba en un rincón de la amplia cocina dándole los últimos retoques a un magnífico pastel de tres pisos. Se encontraba tan abstraído en la tarea que ni siquiera escuchó a Belinda. Como si el cielo se hiciera eco de las súplicas de esta, en ese momento apareció Iván por la puerta de la cocina, luciendo una sonrisa radiante y cargado de flores.

-¡Hola preciosa!

Su presencia actuó como un bálsamo para Belinda. Al menos flores no faltarían. Iván separó una enorme rosa blanca del ramo y se lo colocó con cariño a su novia detrás de la oreja.

-La flor más bonita para la más bonita de todas.

Belinda agradeció el gesto y, a falta de espejos, se observó coqueta en el reflejo que le devolvía una de las cacerolas. ¡Dios mío! ¡Estaba hecha una

adefesio y con aquellos pelos parecía una loca! ¡Aún se tenía que arreglar! Iván traía además algo especial en el bolsillo. Dejó a Belinda a su suerte (a su juicio, ya estaba preciosa y no le hacía falta ni cambiarse) y se dirigió al rincón donde estaba Guillermo, que había acabado con la tarta y observaba satisfecho el resultado. Le entregó el pequeño objeto que guardaba en el bolsillo: un figurín que representaba una pareja de novios. Guillermo lo colocó sobre el último piso de la tarta.

-¡Perfecto!

Alguien más irrumpió escandalosamente en la cocina, para desesperación de Belinda. ¿Quién era aquella loca con los pelos de colores? Ah sí, la recordaba de la fiesta que había tenido lugar unos meses atrás. Se llamaba Nuria, y era la novia de Guillermo.

-¡Guau! ¡Qué pedazo de sitio! ¡Me encanta! ¡Y qué pedazo de tarta! ¡Te has pasado, cariño! –exclamó la recién llegada, ante la visión del enorme pastel.

-¿De verdad te gusta?

-¡Que si me gusta! Pero espero que la que prepares para nosotros me guste incluso más...

-Mmm... ¿qué quieres decir?

-Ya sabes lo que quiero decir, tonto...

Los novios se miraron acaramelados, pero Belinda rompió el idílico momento.

-Siento interrumpir, tortolitos, pero aquí ya hay mucho jaleo y...

-¿Y tú quién eres? –preguntó Punky sin cortarse un pelo.

-¿Qué quién soy? La dueña de todo esto.-Belinda intentó imponer su autoridad, sin mucho éxito.

Punky la miró de arriba abajo, emitiendo para sí un juicio negativo.

-¿Y aún estás así?

-Es que... con todo este lío no he tenido tiempo y...

-Yo puedo ayudarte. ¿Dónde está el baño?

Javi y Lila acababan de llegar. Todavía no habían estado en la finca, y

tuvieron que reconocer que la decisión de Belinda e Iván, aunque había sido arriesgada, definitivamente había sido la correcta. ¡Qué paraje! ¡Y qué casona! Lila conocía a Belinda solo por referencias, pero estaba segura de que aquella mezcla entre rústico y chic se adaptaba perfectamente a sus gustos. En realidad a los de Belinda y a los de cualquiera. Aquel sitio era impresionante. Se adentraron en la casa: el interior todavía mostraba un aspecto algo destartado: las cajas de la mudanza se apilaban aquí y allá, y habían comenzado las reformas, a juzgar por los cubos de pintura y los aparejos desperdigados. Menos mal que el clima ese día había jugado a su favor y habían podido organizar sin problema la celebración en el exterior de la casa, que lucía mucho mejor. A Iván y a Belinda aún les quedaba mucho por delante para cumplir su sueño de abrir una casa rural, restaurante y paraje destinado a diversos eventos, amén de una pequeña huerta de productos orgánicos e incluso un pequeño establo. Pero el potencial quedaba claro: en pocos meses aquél sería un negocio exitoso. Lila y Javi tuvieron que reconocer la valentía y el espíritu emprendedor de la pareja. Eran un ejemplo a seguir, no solo por el negocio, sino sobre todo por la manera en que habían llevado adelante su relación, sin dramas de por medio. En cuanto Belinda e Iván se reencontraron, no habían perdido el tiempo. Bastantes habían sido ya los años que habían estado el uno sin el otro. Lo suyo con Javi, por el contrario, había estado lleno de desengaños, mentiras, obstáculos y lágrimas. Pero todo eso quedaba ahora atrás. Miró sonriente y embobada Javi, que estaba impresionante con su mejor traje, y le apretó la mano.

-¿Qué te pasa?

-Nada. Que todo es perfecto.

-Simplemente perfecto –acordó Javi, sabiendo que no se refería solamente al día radiante y al maravilloso enclave.

Vieron entonces a Punky y a Belinda salir precipitadamente de la cocina.

Lila hizo un amago de saludar a su mejor amiga, pero esta la paró en seco:

-¡No hay tiempo, no hay tiempo! –y dejando a Lila y a Javi con la palabra en la boca, las dos chicas salieron escopeteadas escaleras arriba.

-Mejor no preguntar- dictaminó Javi.

Resolvieron salir de nuevo al jardín, donde los invitados eran ya abundantes y podría relajarse y tomar un cóctel mientras esperaban al resto de sus amigos. Y a los protagonistas de aquel día memorable, por supuesto. Los minutos avanzaban y siguiendo las amables indicaciones de Iván, los invitados se acomodaron en las sillas dispuestas en fila frente al arco floreado. A Lila y a Javi se les unió Marc, que había llegado hacía un rato pero al que habían preferido no interrumpir, pues estaba “muy ocupado” charlando animadamente con un invitado al que no conocían. Este, un chico alto, moreno y apuesto, se sentó al lado de Marc.

-¿Y este quesito? –susurró Lila a Marc, sin que el aludido se enterara.

-Di mejor este bombón. Es que trabaja en la pastelería con los gemelos. Lo acabo de conocer. ¿A que es total?

Lila tuvo que reconocer el buen gusto de su secretario. Los gemelos, acompañados de Paula y Vane, también estaban presentes. Amén de un nutrido número de familiares, amigos y conocidos. ¡Ya no quedaba nadie! Ah, claro que sí: ¿dónde se habían metido Punky y Belinda? Lila se fijó en que Iván debía estar pensando lo mismo, pues consultaba su reloj con aire preocupado. Justo en ese momento llegaron las dos sofocadas, causando cierto revuelo entre los presentes. Y no era por lo menos. Y en esta ocasión, para variar, la causa de los cuchicheos no era Punky, sino Belinda. ¡Estaba guapísima! Punky le había hecho un elegantísimo recogido en la nuca usando varias extensiones y florecillas silvestres, y se había esmerado con el maquillaje, que apenas se notaba, y sin embargo le daba al rostro de Belinda un aire juvenil, fresco y muy favorecedor. Las chicas, junto con Iván, que miraba a su novia embelesado, se sentaron entre los presentes. Ahora sí que estaban todos. No quedaba ni una sola silla vacía. Solo quedaban por llegar, claro está, aquellos que eran el motivo de esa espectacular reunión. ¡Los más importantes!

## 18.

Tomás fue el primero en llegar. Se veía muy diferente con traje y el pelo largo recogido en una coleta. Además, se le notaba nerviosísimo, algo que

no casaba bien con su carácter siempre templado y relajado. Claro que no era para menos. Tomás, que pasaba la vida en la montaña, no estaba acostumbrado a aquel lujo y a ser el protagonista y el punto de mira. Y, por supuesto, aquel era el día más importante de su vida. Era completamente comprensible que tuviera el estómago en un puño y que le sudaran hasta las palmas de las manos. Acompañado por su madre, una mujer dicharachera que estaba encantada de que su hijo se hubiera decidido a dejar parecer una cabra en la montaña y sentar cabeza, saludó a sus amigos y familiares, y se detuvo a charlar unos minutos con Iván y Belinda, que en unos minutos pasarían a ser parte de su familia, aunque ya los consideraba integrantes de esta. Además a ellos les debía el haber encontrado al amor de su vida.

Pero el tiempo apremiaba. Con paso decidido, y del brazo de su madre, caminó con aplomo hasta el altar. No tuvo que esperar mucho. Al poco rato llegó la más esperada. Bárbara llegó en un Rolls Royce impresionante, acompañada de los señores Bustamante. No se podía esperar menos de ella. Todas las cabezas se giraron hacia ella, provocando suspiros y expresiones de admiración. Estaba preciosa. Con un vestido, a diferencia del coche que les había llevado hasta allí, más sencillo de lo que todos hubiera esperado. La gasa fina, sin adornos, pedrerías ni encajes, caía en una cascada hasta los pies. La cintura alta resaltaba su figura espigada y unos finos tirantes dejaban a la vista los hombros delicados. Como todo complemento, lucía una delicada diadema de flores silvestres, salpicada de campanillas azules, a juego con un sencillo ramo: la melena suelta le caía sobre la espalda. Pero sin duda lo mejor de su imagen era el rostro y la sonrisa: se la veía relajada, segura de sí misma y completamente feliz. Al igual que había hecho Tomás, a su paso hacia el altar se detuvo a saludar a los invitados, y llegó entonces a la altura de Javi y Lila. Esta no sabía que espera de ese momento: su relación con Bárbara había sido cuando menos complicada: al fin y al cabo le había robado el novio. Pero la actitud de Bárbara la sacó de dudas. Esta, desprendiéndose del brazo de su padre y tomando a ambos de las manos, les miró directamente a los ojos, y les dirigió un escueto “gracias” que parecía decirlo todo. Era completamente sincera. Y antes de continuar su paso hacia el altar, añadió en tono pícaro: “espero que seáis los siguientes”.

Y entonces dirigió toda su atención hacia el hombre que la esperaba en el altar. Estaba decidida a dejar atrás no solo una parte importante de su vida, sino una parte de sí misma. Tomás la había cambiado. La decisión de no cambiar la fecha establecida para su boda con Javi había sido sin duda la mejor que había tomado en su vida, aunque muchos hubieran pensado que aquello era un disparate. ¡Apenas hacía un mes que había conocido a Tomás! Pero en realidad, había sido lo más práctico: al fin y al cabo, ya se había enviado las invitaciones, y solo hubo que hacer unos cuantos ajustes (como trasladar el emplazamiento a la granja que acababa de adquirir su hermana y cambiar su vestido por uno mucho más sencillo) para que todo estuviera listo. Y no solo era una cuestión práctica: Bárbara sabía en lo más profundo de su corazón que quería estar con Tomás el resto de su vida, así que, ¿por qué no comenzar aquel viaje junto a él lo antes posible? Sabía que aquella decisión de una boda precipitada era la primera de muchas más que habría de tomar y que cambiarían la comodidad en la que hasta entonces se había sumido su existencia, siempre rodeada de lujos y de un ejército de personas a su servicio, dispuestas a complacerla. Pero no le importaba. Por Tomás, estaba dispuesta a mudarse a la montaña si hacía falta. Y no lo pensaba resignada ni lo veía como un sacrificio:

¡aquello era una aventura y se moría de ganas por embarcarse en ella!

La celebración había sido un éxito. Habían comido, bebido, bailado como locos, y la comitiva había despedido a los recién casados rumbo a su luna de miel, entre vítores, las lágrimas de felicidad de Belinda, y una lluvia de pétalos blancos. Los invitados, exhaustos, se encontraban ahora repartidos en la inmensidad del jardín, y las parejas, en aquel ambiente romántico, se dedicaban arrumacos y palabras de amor. Una de ellas era la formada por Javi y Lila. Habían encontrado un rinconcito apartado y encantador, sobre un pequeño muelle destartado que se extendía en la superficie de una pequeña laguna. Lila se había quitado los tacones, que la estaban matando, y dejaba que sus pies chapotearan en el agua. Pero, a diferencia de las otras parejas que hacían planes e intercambiaban promesas, estos dos guardaban silencio. No hacía falta decir nada: ya se lo habían dicho todo, confesado todo, extenuado todo argumento en contra de aquella relación en un

principio descabellada. Tan tanto drama, malentendido y discusiones... ya estaba todo aclarado. Solo la luna llena era testigo mudo de aquel amor tan callado ahora como los dos integrantes que lo componían. Así que Javi se limitó a tomar entre las suyas las manos de Lila. No hizo falta más. Con aquel simple gesto los dos supieron que serían los siguientes, en aquel mismo paraje de belleza incomparable, en tomar siguiente paso, emulando el ejemplo de Tomás y de Belinda. Ellos serían los siguientes, lo sabía la luna, las estrellas, el lago, en dar el “sí quiero”.

*Fin*

*Esta novela se acabó de escribir el 25 de abril de 2018.*



## Sobre la autora

Todas protagonistas de las novelas de Martina Minkoff se parecen en algo: ¡son unas mentirosas empedernidas! Lo cierto es que tienen sus motivos para esconderse bajo falsas identidades: lo hacen siempre movidas por el amor. Lo malo es que tanto embuste desencadenará una serie de enredos y acontecimientos inesperados para los que las pobres no están preparadas.

¿Te atreves tú?

A la escritora también se le ha contagiado el gusto por la mentira de sus heroínas: Martina Minkoff ni siquiera es un nombre real. ¿Quién se esconde tras este seudónimo?

¡Gracias por comprar este libro! Tu lectura es lo que me ayuda a seguir escribiendo. Si te ha gustado

¿*Te acuerdas de mí?* por favor recomiéndalo a tus amigos y conocidos.

Encontrarás *¡Tierra trágame!*, y *Mejor Sole que mal acompañada*, mis otras dos novelas románticas, también en Amazon para Kindle. Y si tienes preguntas, sugerencias o comentarios, puedes mandarme un correo a:

[MartinaMinkoff@gmail.com](mailto:MartinaMinkoff@gmail.com).